

**Rokia: Dakar (Senegal); Sonia e Ivette; Carla y Jussa:
Río de Janeiro (Brasil): marzo 1978.**

En algún otro sitio de mis Memorias he dejado señal de la frondosidad de realizaciones que, afectadas a mí, tuvieron lugar a lo largo de aquel tremendo año de 1978. ¿Tremendo? Pues sí, tremendo en el más enaltecedor de los sentidos. Tras la culminación de mi preceptivo examen de Licenciatura de Derecho en noviembre 1977, había reservado yo el primer cuatrimestre de 1978 para liquidar, en las variadas formas y contenidos que todo ello llevara consigo, los seis cursillos de Doctorado, como trámite previo al asalto definitivo y directo a la Tesis. No es cuestión ahora de insistir, ya que, repito, aquí y allá he ido dedicando a cada pasaje específico la oportuna explicitación. Pero sólo como recordatorio de compendio, con el fin de servirnos de él como referente inmediato, tenga en cuenta el lector que, además de todo lo ya referido, ese verano lo dediqué a mi tercera estancia de ocho semanas con el Goethe Institut, esta vez en Berlín; y a mi también tercera visita a la URSS. Entre la conclusión de los citados cursillos de Doctorado y mis viajes a Berlín y la URSS, había colocado yo mes y medio de portentoso esfuerzo heurístico sobre mi tema de Derecho civil matrimonial, dándome maña a fichar más de cien obras fundamentales, y a trazar desde ellas un esbozo de plan de trabajo riguroso y válido. Ya a fines de año, y para adentrarme en las fechas iniciales de 1979, acometería mi segunda visita mayor a las Españas de América...

Pues bien, esto sobre lo que todavía no he hablado; esto que queda por referir y que se desarrollaría, de momento, en el mes de marzo de 1978, como solamente parte de mi primer gran encuentro con Suramérica..., esto es el objeto de la presente

viñeta o capítulo de *Mujeres, lugares, fechas...* ¡Se imagina el lector, de nuevo, el siguiente botín: seis cursillos de Doctorado; un ambicioso viaje a la América del Sur; cimentación sólida de una Tesis doctoral jurídica; ocho semanas en Berlín, en el Goethe Institut; una semana, a continuación, en Moscú; segunda gran excursión a Suramérica repartida entre los días finales de 1978 y primeros de 1979! A esto llamo yo un año tremendo de realizaciones. Y acaso me quede corto en rotundidad terminológica.

Pero como casi siempre suele ocurrir, las motivaciones más eficaces, más decisivas, residían en unos estratos más profundos de mi conciencia y de mis inquietudes, y pertenecían a un linaje, por así decirlo, más insobornable y menos sujeto a la transacción de lo que un asunto de viaje supuestamente parecido hubiese dado a entender. Por aquel entonces me hallaba en posesión, valga la fórmula, de buena parte de los países de Europa, incluyendo mis dos primeras visitas a la URSS; mi expedición a África de 1969 había incorporado aspectos substanciales e inéditos de Marruecos, Argelia, Malí, y Níger; o sea, que de negritud había yo tomado un buen curso de iniciación. La América anglosajona del Norte había sido mi residencia y lugar de trabajo durante diez cursos académicos; allí me había encontrado con decenas y decenas de “españoles” de las Américas; ciudadanos y ciudadanas hispano-parlantes, aspecto éste que exacerbaba aún más si cabe la profunda disfunción que suponía para mi espíritu haber coincidido con tantos portadores de la substancia hispánica, y sin haberme, por otra parte, trasladado a ninguno de sus países. Se trataba en todo caso de un vicio de criterio enquistado inconscientemente en mis presupuestos vitales. Estudioso de la cultura y de la forma de ser anglosajonas, la parte de Reino Unido de Gran Bretaña en

Europa, y los Estados Unidos de América del Norte, y Canada, habían establecido la cota máxima en cuanto a instancias desiderativas respecto de todo aquello que, desde la óptica de un español nacido en 1936, bien podía considerarse el compendio de lo apetecible.

Por otro lado, África se conformaba en realidad a lo que nos habíamos imaginado, y en ese aspecto el juego de adecuaciones quedaba establecido. Iberoamérica resultaba clausurada, a modo de emparedado, entre las dos cotas maximalistas anteriormente citadas, como un “in between”. El atraso y desinterés que la proyección especulativa de un posible viaje a las repúblicas hispanas me habían inspirado desde América del Norte, por ejemplo, acaso se debiera a ese mismo hecho de aplicar un tipo de medidas erradas, y desde la perspectiva errada, a unos países cuyas realidades transcendían mucho más allá de la posible entidad o inanidad que algunos de sus nacionales pudieran haber despertado en mi espíritu durante nuestros encuentros en ambientes tan neutrales y exigentes como los de América del Norte ya referidos. La verdad es que nunca pude proporcionarme una justificación satisfactoria para mi negligencia, para mi dejadez de fobia por las naciones de la Hispanidad. Hoy, ahora, me es grato confesar mi abultado error; y me es aún más grato alegrarme de que si bien dediqué mi primer viaje a América del Sur pasados los cuarenta, a partir de entonces sería una secuencia variada, insistente, persuasiva, con la que espero haber llevado a cabo mi reconciliación con esos magníficos pedazos de tierra y alma de nuestra hermandad espiritual.

Las formidables y soterradas convocatorias del azar que como instancia zapadora se encarga de socavar y suscitar, ni fueron excepción en este caso mío, ni se hicieron esperar. Ante

mí, aquella vacación de Semana Santa de 1978 desplegaba una llamada de invitación a la que muy difícilmente podía yo negarme. Desde el año anterior en que había superado las pruebas de Profesor Adjunto numerario de Universidad, por concurso-oposición libre nacional para Filología inglesa (Lengua y Literatura), ya era prácticamente funcionario, a falta del preceptivo y simbólico “nombramiento”, toma de posesión y esas zarandajas del varieté administrativo de nuestro procedimiento. Podía, pues, dedicarme a trabajar y a estudiar con el desahogo que proporciona saber que una cosa inevitable acababa de ser hecha. También, lo que dije antes: los tres primeros cursillos de doctorado en Derecho habían “caído”. Y a todo esto, yo estaba cansado y con cierto grado de satisfacción y me dispuse a concederme una recompensa; un obsequio de mi espíritu a mí; o al revés, que tanto monta.

Un día de primeros de año, siempre en 1978, me encontraba yo por el centro de Madrid y decidí dejarme caer por el Ministerio de AA.EE, sito en el Palacio de Santa Cruz, para interesarme por el paradero de Juan Nieto, nuestro benefactor en Sofía en aquella excursión del verano de 1972, y al que, al tiempo, en homenaje íntimo e institucional, había yo dedicado mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro*, que vería la luz con un sobretítulo espurio, imposición unilateral del belitre y chorizo del editor, nada menos que en 1997, en Granada, España.

Pues bien, tras las oportunas pesquisas y comprobaciones, he aquí que me informan de que don Juan Nieto está destinado en el Consulado General de España de Río de Janeiro, sito en la Rua Duvivier, en el mismo corazón de Copacabana. Otra de las cuestiones que durante todo aquel primer trimestre de 1978 me tuvieron la mente exacerbada de curiosidad fue el desarrollo en alza de la red tentacular de destinos que el avión supersónico

Concorde anglo-francés iba estableciendo. Las dos grandes metrópolis, Londres y París, se repartían los despegues y las llegadas de los vuelos. El Concorde, que había iniciado su “voladura” el mismo año del primer alunizaje humano-terrestre (o sea, en 1969), en 1978, aparte de los dos destinos por antonomasia de New York y Washington, alcanzaba las ciudades de Caracas, Tokyo..., y Río [Algo más tarde, y antes de su declive definitivo en razón de la feroz competencia de las megacasas voladoras de las empresas norteamericanas, el Concorde en su época más estelar también llegaría a Ciudad de Méjico, Dallas (USA), Singapur, Sydney (Australia), etc. con las oportunas escalas, y conforme a un reparto congruo de los destinos a cargo de British Airways y de Air France, en virtud de sus áreas de interés y de influencia[.

Pero a lo que íbamos. He dicho bien: Río. La Air France protagonizaba un vuelo desde París a Río, con escala técnica en Dakar (Senegal). Lo único que yo sabía entonces del Concorde es que disponía de una autonomía máxima de vuelo por debajo de los 7,000. kilómetros. De ahí que en los desplazamientos hacia el más lejano Este, la isla de Bahrain en el Golfo Pérsico sirviera de escala, y de paso, de recogida y dejada a los magnates del petróleo. Los destinos de Dallas y de Méjico quedaban asegurados mediante los servicios previos tanto a New York como a Washington. El vuelo de Caracas no sé si se llevaba a cabo sin escalas, apurando al máximo la autonomía del pajarraco; o si la escala técnica, de producirse y en todo caso, se realizaba en Santa María de las Azores. En lo tocante a Río se imponía una escala intermedia (la de Dakar), y con un mapa siquiera mostrando aproximadamente el peralte curvo y de todo el espacio de globo terráqueo comprendido entre el África Occidental y las Américas, es decir, la totalidad del Atlántico

Norte y la manga del mismo océano pegada a la costa oriental de América del Sur..., se visualiza perfectamente esta escala, permitiendo así al Concorde volar por encima del agua prácticamente todo el tiempo, y al máximo de prestaciones, o sea, a una velocidad de crucero de dos veces la del sonido. Ni que decir tiene que España quedaba fuera, no sólo de conexiones tan superferolíticamente selectas, sino aun de la gran mayoría de aquéllas que trasladaran al viajero a cualquier país del Extremo Oriente asiático. El españolito se veía en la necesidad de iniciar el viaje propiamente dicho en alguna de las grandes capitales europeas, más o menos por este orden: Frankfurt; Londres; París; Roma... Y en lo que respecta a mi pretendida arribada en Concorde a Río de Janeiro [so pena, por ejemplo, de subir hasta París y duplicar gastos, extremos éstos que no entraban en mis cálculos logísticos, mucho menos financieros] , la única combinación era la de esperar al Concorde de la Air France en su escala de Dakar, con la particularidad añadida de que para tal conexión en cualquiera de sus fechas de vuelo había que llegar a Dakar con dos días de anticipación. Como lo digo: Había que volar a Senegal, hacer dos noches allí y esperar al Concorde de la Air France, para ya acompañarlo en la segunda mitad de su vuelo desde París a Río.

El viajero por naturaleza [y entonces a mí me parecía que dicho síndrome me afectaba decididamente] hasta encuentra satisfacción en el hecho de que..., de la pura dinámica de las situaciones se produzcan motivos de... poder ser más viajero. Yo no había buscado lo de la escala en Senegal, pero puesto que no había más remedio... pues a Senegal!! Por aquel entonces Meliá me agenciaba todos mis asuntos relativos al turismo. En Granada su pequeño cuchitril situado dentro de las dependencias del Hotel homónimo [antes Nevada Palace] y regentado por los

Fermín Ramírez, Espejo, Miguel Manzano, etc., era un formidable búnker de gestión, con su mostrador principal abierto al Hall del Hotel, y su única puerta a la calle Ganivet. Como entonces la Agencia Meliá tenía predicamento, y yo también la encargaba mis papeles en Alcalá de Henares a la oficina del Paseo de la Estación, no choca que tramitara mi billete a Río con los de Meliá en Granada. Fermín Ramírez me dijo sentirse muy satisfecho por la oportunidad que se le presentaba de expedir el primer billete en su vida para un vuelo Concorde [Creo que no despachó ninguna más ya]. Hasta Dakar se nos presentaban dos únicas alternativas: Vía Casablanca con Air Maroc; o vía Las Palmas con Iberia, ambas con idéntico coste y con horario muy parecido. Opté por la segunda. El precio para las 3 horas 30 minutos de vuelo desde Dakar a Río, 80,000.- pts. que entonces era una cantidad importante. Considerando que aquél sería mi único vuelo en avión supersónico, porque ya nunca se me presentó una oportunidad lógica parecida a la que estamos tratando; considerando que la red de los Concorde, tanto por parte de British Airways como de Air France se iría reduciendo drásticamente hasta descartar por mi parte toda virtualidad de viajar a ningún punto servido por este tipo de aparatos; considerando todo lo considerable, ahora, siempre con la debida perspectiva, me felicito por aquel tremendo acierto, por aquella inusual experiencia. Pero, bueno; de todo esto es de lo que precisamente estamos hablando.

Despego para Las Palmas y Dakar el 10 de marzo de 1978, a bordo de un Boeing 727 de Iberia. Las advertencias que la amable, rubita, guapa y comunicativa azafata me iba dando sobre Dakar, mientras ella comía algo que le dejaba un espolvoreo blanco en las comisuras de la boca, sacudieron hacia atrás mi memoria. Claro que yo conocía algo de África; quiero

decir África... África, no el África de pacotilla que se halla a tiro de piedra del Estrecho; ni tampoco el África algo más distanciada, bajo anterior tutela española, que toma el nombre equívoco de Sahara. Parte de ésa mi África era precisamente el Territorio de Malí, vecina de Senegal, a donde ahora nos encaminábamos [El avión culminaba en Monrovia su recorrido antes de volverse a España]. La azafata rubia, mi amiga de circunstancias, tomó respiro y siguió mientras aventaba de unos suaves tientos el rastro blanco de su comida...

--¿Sabe? No puede Vd. salir a la calle. Le persiguen, le acosan, ¿verdad? -- buscaba confirmación en una compañera-- Se tiene que quedar en el hotel sin más remedio. Por la calle no hay más que vendedores que le ofrecen a Vd. todo tipo de cosas.

Bien. Hasta aquí la amable azafata, rubia, bonita y comunicativa. Y ahora empezaba mi recuerdo tercamente horadando todo un muro de tiempo atrás, nueve años ya, nada menos. Pero todo lo que pudiera hilvanar sobre aquella pasada peripecia estaba escrito y bien escrito; y no era cosa de volver a ello. Así que me arrellané en el asiento y disparé mi imaginación hacia delante: Dakar, Senegal, que era lo que estaba próximo, como mi punto de destino y escala de dos días. Miro por la ventanilla y en efecto, al tiempo que el avión está decididamente en descenso, observo la geografía típica del semidesierto africano: vegetación rala sobre una tierra cremosa y yerma. Hay nubes de polvo que parecen hacer el papel de nubes de las otras; como si por debajo de nosotros soprase un siroco. Pero ya hemos aterrizado. Ya estamos en Dakar, capital senegalesa, escala obligatoria del Concorde en su ruta a Río de Janeiro. La mitad, o más, de los pasajeros permanecen en el avión, por ser Monrovia, la capital de Liberia, la sede africana de la negritud más negra, su término de viaje. Es el caso que la llegada a Dakar de nuestro

avión es algo pasada la hora local de comer y funcionan pocos servicios en el aeropuerto. Ni oficinas de Air France, ni mucho menos de Iberia, a las que, sobre todo a las primeras, me han recomendado que me dirija para la reconfirmación de mi vuelo del Concorde dos días más tarde. Una negrita de detrás de un mostrador de Información General me da los primeros detalles sobre cómo hacer: Además, se ofrece a reservarme habitación desde allí, a lo que accedo gustosamente. Resulta que el hotel recomendado por la tripulación de Iberia viene a salir por unas 6,500.- pts. diarias, pensión completa, me dicen. Se trata del Hotel Teranga, el primero en rango de Dakar; pero allí no hay sitio, y la empleada opta por reservarme otro aún más céntrico, el Cruz del Sur, a unas 5,000.- pts. Según se desarrollaron los acontecimientos, ahora constato que tuve que reservar alojamiento tan sólo, sin ningún tipo de comida, para más independencia de acción.

Hay dos medios normales de ir a la ciudad de Dakar desde el aeropuerto: el autobús, que cuesta 50 francos CFA; y el taxi, que cuesta 1,200. Las veinticuatro veces más de precio están, creo, justificadas. Una peseta en el aeropuerto equivale a 2'80. francos CFA; y el franco francés, consiguientemente, a unas 18 pesetas, y a 50 francos CFA. En teoría aceptan cambiar pesetas, supongo que por el hecho de que Iberia toca en este país. Cogí el autobús por la cosa de hacerme con una experiencia más. Y tengo que decir que lo logré de sobra. Los 15 kms. de recorrido duraron 45 minutos entre paradas, desvíos y revueltas. Dentro del autobús, de pie, la gente se apilaba sin compasión, y allí, pegado a los cogotes y a las cabezas de los pasajeros, pude observar a mis... ¡estrechas! las fisonomías de esta gente. Lo más encantador son las caras de los pequeñines, monísimos; tanto, que a uno le dan ganas, si pudiera, de llevárselos, quiero decir,

traérselos, a casa y hacer una colección con un millón de ellos. Ya ha empezado a inundarme el olor característico de badana negra o cuero al que hubieran remojado y dejado liberar su tufillo especial por efecto del sol. El “personal” por la calle araña un palito con los dientes, mascándolo, y escupe con mucha gracia. Parece que tal es el medio más natural de higiene odontológica. Llego al hotel, me aseo y me salgo a la calle. Nubes de chavales, en efecto, le asaltan a uno, intentando venderme cosas, sobre todo collares y algo así como nueces que ellos dicen ser nada menos que de oro, y no es sino una capa de estaño con purpurina. Lo primero que hago antes de que cierren las tiendas es acercarme a la oficina de Air France y re-confirmar mi billete para el Concorde. Por fortuna, no tengo más que continuar la Avda. Albert Sarraut, donde se encuentra el Cruz del Sur. Reparo en que me he puesto la camisa caqui militar que me compré en El Rastro de Madrid hace nueve años, para el viaje de entonces al Sahara. Es algo basta pero funcional, porque tiene dos bolsillos grandes con solapa y botón. Siento, así, la satisfacción de haber encontrado una salida a la prenda que permanecía colgada en un armario de mi casa tanto tiempo. El empleado, al reparar que se trata de un vuelo Concorde, y lo mismo la empleada, que me había visto con amabilidad pero no había exteriorizado ningún síntoma de diligencia hacia mí..., el empleado, digo, me atiende con marcada solicitud. Resulta que se llama Ramos también y es de las Islas Cabo Verde, portuguesas hasta hacía bien poco. Empieza a accionar las teclas de un ordenador-computador hasta que su sonrisa refleja el éxito. Estoy en lista y desde ese momento mis acciones suben. Además le pregunto si puede reservarme hotel en Río, cosa a la que accede complacido. Manipula en la máquina y me dice que en el Meridien, de Copacabana, tengo habitación. Resuelto el asunto

del billete, regreso un momento al hotel para ponerlo a buen recaudo en la caja fuerte. Mi billete del Concorde es ahora el documento por excelencia. El recepcionista me informa de que también admiten pesetas, a 2'50 francos CFA. Ya se ha devaluado treinta céntimos desde la paridad del aeropuerto!

Me pongo a pasear y a ver cosas. Con el fin de no desairar las ofertas de los mozalbetes que me asaltan, les saco del bolsillo una tarjeta de esas de magnificación turística que acabo de comprar en el vestíbulo de mi hotel, con la foto típica de una muchacha joven negra, de bellos y amplios senos, y les digo que eso es lo que quiero, y que se dejen de pretender limpiarme el calzado y de venderme chismes. Por supuesto que mi estado de ánimo no requería, y mucho menos urgentemente, proveerme en aquel momento de compañía fornicadora; pero la práctica me había puesto de manifiesto que la mejor manera de desembarazarse de ofertas oficiosas y cargantes es demandando algo discriminantemente especial. Y tal era el modelo de chica de la cartulina de colores. Se suceden las parlamentaciones entre ellos y les dejo que discutan mientras me acerco a los soportales de la Plaza de la Independencia, desde la que arranca la Avda. de mi hotel. Allí se hallan todas las compañías aéreas y todos los sitios de aparente importancia comercial. Veo una agencia de viajes, con publicidad sobre excursiones, y me apunto a una para el día siguiente. Cuesta, 2,200. francos CFA [recuérdese que el valor es de 1 franco francés= 50 CFA; y que una peseta ahora en plena ciudad sólo consigue 2'50 CFA] y consiste en visitar la Isla Gorée, antiguo punto de reunión y almacenamiento de esclavos, a veinte minutos de barcaza desde el muelle de Dakar. A mi regreso al hotel veo en la puerta a un viejo que se encarga de espantar a los chavales pedigüños: me acerco a él y le digo en mi más elemental francés [no se olvide, lengua social en todos

los ámbitos oficiales] que me parece muy buena su labor de proteger a los visitantes de las importunaciones de los callejeros. Y él me hace entender que ni habla ni oye, pero que lo capta todo. Se señala a la pechera de su delantal-chilaba raída de donde penden algo así como insignias, trozos de latón, o lacitos de condecoraciones: Me dice que son de la guerra, ¡vaya Vd. a saber de cuál!, pum, pum, pum... dispara con los brazos. Me recuerda al artista Edward Fox en su personificación de asesino en la película “Chacal”, cuando se disfraza de pobre mutilado, usando el rifle como muleta, y lleno su andrajoso abrigo de las bandas y medallas patrióticas que anteriormente se había comprado al peso en un puesto de mercadillo. Yo, a mi vez, y un poco por divertirme con su forma de gesticular, le doy a entender que de tiros no quiero saber nada..., nada de pum..., pum; sino que lo que quiero es follar: y le hago la sacudida de la mano derecha con el puño cerrado. El viejo se ríe complacido, y poniéndose los pulgares debajo de los sobacos me recuerda con el resto de las manos las tetas de una gachí, y me dice que eso..., que él ya no. Nos reímos los dos a conciencia. En esto, uno de los chavalillos a los que despaché con el encargo imposible de procurarme algo parecido a la belleza de la postal..., me hace señas y me señala a... una moza, más bien parecida a un tanque, con un culo como una meseta semoviente. No me atrevo a decirle a la chica que no me va la fiesta, y me hago el desentendido, pretextando no entender. Les doy una propina a cada uno de los rufianes y les despido. Pero en África nada que tenga que ver con las relaciones de servicios humanos es simple: resulta ahora que un grupo de presuntas candidatas a merecer mi compañía me ofrecen sus encantos. Probablemente se consideren igual de atractivas que la beldad del reclamo turístico. Me hacen signos de que compruebe la calidad de la mercancía que portan

en sus chasis, y tengo que tocarles las tetas a un par de ellas para comprobar la bondad de sus pretensiones. Y cuando dudo del volumen y de la tiesura de la que me pide 2,000.- F. CFA (40.- francos franceses) por chupármela, ella se dispone a desajustarse la túnica que la cubre el torso. La consigna más internacional para abordar a los extranjeros es decir por las buenas: “Fuckie, fuckie”. Inequívoco y expeditivo.

Como son ya las ocho y no he comido desde el último refrigerio del avión, me paso al restaurante del Hotel Cruz del Sur. Pero no sin observar antes, que un par de mujeres que transitan por allí van mascando el palito ése de marras y escupiendo con mucha gracia hacia adelante, con ruido de chisporroteo de surtidor. Es viernes 10 de marzo de 1978, y estoy en Dakar, uno de los dos días que voy a consumir antes de embarcarme en el Concorde rumbo a Río de Janeiro. Lo más probable es que no vuelva a pisar nunca más tierra senegalesa. Estoy comido y descansado. La verdad es que no siento urgencia; pero otra cosa muy distinta es la curiosidad, la empatía que, en la tierra en la que esté uno en cada momento, no está nunca de más celebrar con alguna mujer. Y por eso, tan sólo por eso, por curiosidad, por responsabilidad estética, le pregunto al recepcionista de mi hotel, un señor europeo y ducho en relaciones humanas, le pregunto que... qué posibilidades hay de procurarse una chavala para un rato, ya sabe, asunto de trámite. Me dice que si la quiero blanca, la cosa es algo más elaborada; pero que si la quiero local, negra, me puede pedir una sin compromiso..., en unos minutos. Bueno, asiento Estoy en el país de lo negro y nada más congruo que consumir productos autóctonos. Cada cosa en su sitio. Al cuarto de hora o así llega una negra larguirucha, supongo que atractiva a su manera. Su

chocho parecía un higo gigantesco y arrugado. Mientras la follaba se estaba hurgando la nariz y miraba a otro sitio.

Sábado 11 de marzo 1978. Me levanto y me visto de pantalón corto, tipo explorador, con bolsillos por todas partes. En mi cuaderno de apuntes tengo literalmente consignado: “Sistema de maderones, controlados por dos barras transversales, a modo de parapeto contra la luz”. Ahora, a casi 21 años de separación de los hechos, no me es posible visualizar si me estoy refiriendo a algún artilugio dispuesto en las habitaciones del hotel con el fin de procurarse una oscuridad, o se trata de un modelo de persianas o defensas contra el sol, visible de manera más general. En la inspección que llevé a cabo el día anterior en las tiendas de la Plaza de la Independencia pude comprobar que los precios del alimento que un europeo pudiera considerar como más cercano y natural a sus apetencias, eran carísimos. Seguía cumpliéndose la regla a rajatabla, a saber: que vivir en África como un africano es barato para un europeo; pero vivir a la europea es carísimo porque todos son productos y servicios importados, selectos, a la medida del consumidor; y eso hay que pagarlo. No puedo enhebrar con exactitud la secuencia temporal relativa a ciertos detalles. Sé -- pues así lo tengo reseñado -- que ese sábado 11 de marzo descubrí una cafetería-restaurantecito recoleto, acaso en la calle Camot, donde me tomé dos de los mejores huevos fritos con jamón que recuerdo haber comido en muchos años como desayuno. Sus dueños eran franceses y parecían regentarlos un poco por sentimentalismo, como por no dejarlos y marcharse definitivamente del país. La gran Francia de nuevo me sorprendía con ese toque de “fineza” tan característica, ahora en África. Guardo de aquel pequeño establecimiento el impacto espontáneo e iniciático de la revelación agradable, del impensado oasis. No recuerdo, no; no puedo recordarlo.

Vagamente, sólo que saliendo del hotel Cruz del Sur tiraba hacia la derecha, hacia la Plaza de la Independencia, luego a la izquierda, y un poco más adelante, a la derecha, a lo largo de una calle ancha, de tierra esa africana, parecida al albero, polvo de color clarito, como canela; que luego, siempre flanqueado por árboles espinosos de hojas pequeñas como las que había visto en mi viaje al Níger de 1969..., luego, en la mano izquierda, se hallaba el bar-cafetería, con el mostrador también en la margen izquierda del recinto. Recuerdo que me senté y que me atendió la francesa, la dueña, con un exquisito “savoir faire” distendido, elegante, coqueto. Una bendición de sitio. Un inconmensurable recuerdo. También tengo entre mis notas: “El estupendo restaurante que descubro después de mi fallido intento de probar el *tiebusiano* (tiébou dieune), plato senegalés típico de arroz y pescado”. ¿Me refería al mismo sitio del desayuno? Una lástima no poder asegurarlo ahora. Es un vacío terco el que me impide horadar en más detalles; una muralla sin asideros. Acaso mi deseo de probar tal característica culinaria senegalesa estuviera teñida de curiosidad por establecer el parentesco que dicha comida pudiera tener con aquella especialidad mía del arroz y de las sardinas en aceite de lata de mis tiempos de Market Harborough.

Pero ya es hora de dejarme recoger por la organización de la visita a la “Isla de los esclavos”. Así que regreso al hotel y espero el transporte. Entre los turistas se encuentra una francesa madura con dos de los senos más torneados y más airosos que haya visto en mi vida. Había una pareja de enamorados europeos: iban vestidos de blanco y rubio, nieve y oro como contraste para el cordobán de la negritud. Elocuente. Sin embargo, con quien formé grupo nada más terminar la recogida de excursionistas fue con un equipo de empresarios canadienses,

de Toronto, para más señas, concentrando en uno, Mr John M. Curtis, por todos, mi incumbencia y mi amistad improvisada. Aquello, por circunstancial que pareciera y que, acaso, realmente fuese, no dejó de resultar mi experiencia más bienhechora y gratificante de Dakar. Aquí tengo nada menos que las dos tarjetas que me dejó el Sr. Curtis: la profesional y la privada. Trabajaba como Export Dpt. Manager para la International Customs Brokers Limited. Se trataba en todo caso de uno de estos tipos sesentones, baqueteados, grandazos, expertos, bonachones, investidos de esa clase de conocimiento regado por el sentido común y por la observación de las leyes de la experiencia que siempre han hecho, e hicieron entonces, las delicias del espíritu mío. Lo de menos era que Canada constituyera para ambos una amplísima plataforma de concernimiento, porque ello no dejaba de ser casual, meramente adventicio. Lo de más fue... eso que digo: que yo con mis 41 años, y él con veinte o veinticinco más formamos equipo de compañía, de conversación y de amenidades. Fue todo un flechazo de acomodo a primera vista.

En efecto, la excursión nos llevó a la Isla Gorée, donde se conservan las edificaciones funcionales que servían de dependencias a las remesas de esclavos que esperaban destino. En su momento, y desde Canada, Mr Curtis me enviaría una preciosa foto que me tomó a mí solo en el pequeño patio o centro de una doble escalinata que converge en un piso superior dedicado a los compartimientos. Todo muy tristemente, muy célebremente inhumano, comenzando por el hecho -- olvidado con tanta frecuencia -- de que la esclavitud arrancaba del momento en que los colectivos o tribus africanas peleaban entre sí; se sojuzgaban los unos a los otros, y los vencidos pasaban a ser objeto de venta para los mejores postores europeos o

americanos. El negro ha sido mucho peor para él mismo, para el negro, que el blanco. Conviene no olvidar esta desabrida evidencia. La instantánea que me hizo Mr Curtis es un primor de simetría que capta con magistral fotogenia la tenebrosidad de las galerías que quedan a mis espaldas. Yo me encuentro hasta guapo con mis zapatos Gorila, mi camisa de soldado, y mi pantalón corto. En la isla viven también un pequeño contingente de nativos: los pequeñines correteando con juguetes primitivos, como dos palitos adosados a uno y otro lado del buje de una rueda de bicicleta y cosas así. Me recordaban los mismos o parecidos desarrollos de los chavales de Ansongo, en el Malí de 1969 que yo conocí.

Resulta que Mr Curtis y sus amigos venían comisionados a hacer una serie de gestiones tanto en Senegal como en Gambia; y con la mayor naturalidad del mundo me habían invitado a irme con ellos los días que se quedarán en Bathurst, capital de Gambia, o visitando otros puntos del país; y ello absolutamente gratis, pues me hubieran considerado como parte técnica de su encomienda y de su comisión, acomodándome dentro de su grupo. Claro que la contrariedad de no poder aprovecharme de ocasión tan magnífica, tan galana de hacer turismo, quedaba contrapesada por las razones de mi partida en Concorde. Pocas veces en mi vida he percibido mayor congruencia y veracidad que en la espontánea invitación de Mr Curtis. Son de esas cosas en que resplandece lo auténtico y el más riguroso broche del pensamiento y la expresión. La visita a la Isla Gorée tocó a su término y nos devolvieron a cada uno a nuestros hoteles. Mr Curtis me invitó a tomar con él una copa en el Teranga, donde se hospedaba con sus amigos:

-- How about in one hour or so? [¿Qué tal dentro de una hora o así?]

-- Fine, in one hour.

Me di un buen baño, me cambié de ropa y me fui paseando hacia el Hotel Teranga, sin duda el mejor de Dakar en aquellas épocas. Las calles de todas estas ciudades africanas suelen ser amplias; trazadas por las potencias colonizadoras sin atender a más principios que los de la proporción y conveniencia. Era ya de noche y la iluminación se iba haciendo más tenue a medida que me alejaba del centro. No guardo mediciones precisas. Sólo retengo que el Teranga estaba en la parte más alejada de la Place de l'Independance, un poco como al suroeste, y que cuando se divisaba al final del alumbrado escaso, uno sentía el alivio del reencuentro con la atmósfera adecuada. Era, sin lugar a dudas, el hotel de los ejecutivos, de los pilotos, de los... de todos aquellos, quiero decir, que acaso no tuvieran que pagarlo de su bolsillo. Durante todo el rato que había durado mi paseo fui pensando en la cantidad de sitios que uno descubre y a los que nunca se regresa. El quid de los viajes radica en si se hacen solo o acompañado. Mi sino me ha regalado siempre la experiencia de la autonomía, de la independencia, de la soledad. Toda mi vida me la he pasado abriéndome y abriendo camino para los demás hasta sitios a los que no he de volver nunca. ¿Nunca? Sí, nunca, probablemente nunca. No es comparable el viaje arropado en una organización, en una compañía, en un plan trazado de antemano, que el llegar a un sitio y aguantar el tirón de tenerse que sustentar uno de golpe y desplegar también de golpe el abanico de recursos que le permita entrar en contacto y en condiciones razonablemente ventajosas con el haz de posibilidades que se extiende enloquecedor en el horizonte de nuestra primera experiencia recién llegados. El esfuerzo es agotador, absolutamente sobre-humano y la

recompensa sólo es apreciada por espíritus magnánimos, amplios y selectos.

Mr Curtis se hallaba allí, en el lounge, no lejos del “piano-bar” con una copa de zumo en la mano. Nos volvimos a saludar con confianza distendida, y al preguntarme que... qué quería beber le dije que lo mismo que él; que yo no bebía prácticamente alcohol y que el tabaco me parecía abominable y mortífero. Por intercambio de opiniones y noticias, que habíamos llevado a cabo durante la excursión, yo no tuve empacho en declararle que me gustaba procurarme compañía de una porción de “eterno femenino” siempre que ello fuera posible y “for no reason at all other than pure curiosity” [sin un por qué especial, excepto la pura curiosidad]. Mr Curtis recuerdo que se sonreía comprensivamente y con toda la orquestación ponderada de su criterio. Hablando como estábamos, se nos puso delante de nosotros, a una distancia de cortesía, una chica negra de alterne, con apariencia y planta de alto “standing”. Indudablemente se había fijado en mí y había especulado en su conciencia con la virtualidad de contarme como cliente. “Do you mind if I approach her for a second?” -- le dije a Mr Curtis. “Go ahead, my friend”. Efectivamente se trataba de una chica esbelta, algo enjuta de senos pero razonablemente atractiva; digamos pasable para un lugar como el “piano-bar” del hotel Teranga de Dakar, Senegal. Otra vez el factor de la aventura me impulsó a intercambiar la escueta ronda de conversación. Me pedía -- bien lo recuerdo -- 10,000.- F CFA; o sea, 200.- FF; o sea, unas 3,600.- pesetas al cambio oficial, con el pequeño inconveniente añadido de que, en el caso de haber concertado los servicios de la negrita, la paridad que se facilitaba en el Hotel Teranga para la peseta era de *un franco y medio* CFA, un mísero y desfavorable abuso que hubiera subido el precio a unas 6,600.- pts. excesivo y

fuera de lugar a todas luces. No se olvide que estamos en 1978. Así que desistí en mi interior, hice un gesto conciliador de despedida y me reintegré a Mr Curtis, el cual me preguntó: “Is she not available?” [¿No está disponible?] -- “I’m the one who is not available” [Yo soy el no disponible] -- le contesté. Probablemente la chica me tomara por algún magnate de las finanzas. Lo que quedó claro es que los baremos de todo tipo que imperaban en el Hotel Teranga eran, con mucho, los más costosos de todo Dakar. En estos sitios el que es pobre, pobre, lo es; y el que es rico, rico, también lo es, sin que lo cual ni siquiera especule con una sanción valorativa sobre la calidad real de vida de uno y otro colectivo con arreglo a las mediciones europeas. Mr Curtis y yo nos acercamos al piano al que se hallaba sentado un alemán interpretando el típico elenco de melodías perceptibles por prácticamente todo el mundo y convertibles también para el espíritu de cada cual conforme a su más propicio estado de ánimo. Me acerqué más y me puse a canturrear desde el principio cualquiera que fuese la melodía que el pianista interpretase. Del sonsoneo por lo bajo pasé a la exteriorización de mi conocimiento exhaustivo de las canciones elegidas por el alemán; después hice mis propias peticiones..., y a los pocos minutos me encontraba cantando yo, si no para toda la sala, sí para los que se habían aproximado al mueble del piano propiamente dicho y hacían descansar sus copas sobre la brillantez de su superficie esmaltada. ¡Qué voy a decir! Un éxito personal. Mr Curtis me felicitó por mi faceta sobresaliente de “crooner”, y yo tan contento de haber colaborado con mi inevitable “numerito”.

Pero había que cortar. Era hora de recogerse, de volver al hotel Cruz del Sur y prepararse para recibir al Concorde al día siguiente. Mr Curtis y yo nos encarecimos hacer uso de las

tarjetas de direcciones que ya nos habíamos intercambiado [y que tan magníficamente cumplimentó mediante el envío de la estupenda fotografía que me sacó en la Isla Gorée] y salí del Teranga en dirección a mi hotel. Fue a mitad del camino, en un punto pasado una intersección de calles. Tuvo que venir de la transversal que yo acababa de rebasar, probablemente la Mohamed V en su encuentro con la Felix Faure. Mi problema de orientación en Dakar ha revestido caracteres de excepcionalidad penosa porque a la vista de un soberbio plano que conseguí por los amables oficios del Consulado del Senegal en Las Palmas de Gran Canaria, la querencia de mi retentiva me propone distintas localizaciones de las mostradas en el plano. En todo caso se trataba de una chica de buenas proporciones y de facciones correctas, dientes blanquísimos que desafiaban a la oscuridad. Me dio un susto de muerte. La avenida aquella, probablemente no de las peor iluminadas, quedaba sin embargo sumida en casi total tiniebla, aliviada por los destellos voluntariosos de alguna bombilla distante que no llegaba a alumbrar el espacio por el que yo transitaba. Digo que aquella chica me salió de alguna parte, como una saeta, y se plantó delante de mí, sin llegar a cerrarme el paso, pero al mismo tiempo encareciéndome con sus gestos, con sus brazos... que admitiera el servicio que me ofrecía. Por 1,000. F CFA me hacía una felación. ¿Era aquello una oferta, una exigencia, una imposición? ¡Yo qué sé! Sólo recuerdo que creí prudente no hacer nada y dejarla hacer lo que quisiera. En cosa de segundos la situación se fue conjuntando y organizando conforme a un diseño de... digamos, normalidad. El terror subitáneo que me había asaltado al pensar en ese decurso de... ni siquiera un instante, en que alguien viene a perjudicarnos seriamente; eso..., y la adaptación de mis pupilas al ámbito de lo negro, como para poder distinguir la figura y el dintorno

femenino, de agraciados atributos, todo ello, digo, contribuyó dentro de la turbación ya menguante que me envolvía..., contribuyó a dejarme llevar, a dejarme coger por una mano y conducir a la parte de detrás de una camioneta o carromato desvencijado, en plan chatarra, que se encontraba al lado izquierdo de la dirección que yo llevaba y allí, ... ante los ademanes inequívocos de la chica que con los labios juntos y apretados hacia fuera ejecutaba gestos glotonos de lo que pretendía llevar a cabo..., me dejé, me abandoné. Con mi espalda en la pared terrosa, comenzó a felacionarme como si le fuera en ello la vida, con una portentosa aplicación, y a mis merodeos por sus senos se desató el blusón o corpiño de su torso y me dejó el camino expedito. Yo la acariciaba el estropajo crespo de la cabeza y la superficie como de goma granulada de su piel; y la amé; sentí amarla. Cuando le llegó el semen a la boca hizo una mueca graciosa y expresiva de acuse de recibo, y lo escupió. Le alargué los 1,000. francos, se los guardó, y antes de que terminara yo de organizar el pequeño desarreglo en mi ropa y seguir mi camino...

-- Comment tu t'appelles?

-- Rokia -- me dijo... Pues bien, Rokia se agachó acuclillada y dejó oír el rasgueo continuo y cortante de una meada. A continuación volvió a desaparecer, a espaldas mías, tragada por la misma noche que la había traído hasta mí. El eterno principio de que el alma de los países y de los sitios se deja aprehender de forma imprevista, me pareció incontrovertible, iba yo pensando mientras caminaba. Lo que hay que hacer en todo caso es cortejar y propiciar ese surgimiento, esa epifanía mediante el beneplácito a ciegas, mediante esa disposición de ánimo tendencial.

12 de marzo 1978, domingo. Me levanto tarde, desayuno en el hotel y el resto del tiempo lo paso descansando y escribiendo hasta que me venga a recoger un coche de Air France, cosa que se produce a eso de las 13:30 hora local. Es cierto que los pasajeros del Concorde reciben un trato altamente etiquetero. Desde el momento en que se acerca uno al mostrador a facturar el equipaje que se lleve, un empleado se hace cargo de pasarle a uno los puestos de control y, pisando ya siempre sobre alfombrilla con el logograma de Air France, introducirle en una sala de estar especialmente destinada a dicho pasaje de super primera, con aire acondicionado y con panorámica sobre las pistas. Por desgracia los cortinones contra el sol impiden una total amplitud de miras; sólo a través de una abertura suficientemente ancha espero poder ver aterrizar el Concorde que tiene su llegada a las 15:00 pm. y que... efectivamente lo hace con una puntualidad inexorable e... insultante !! ¡Ahí está! Había dirigido yo la vista a través de la cristalera, entre los cortinones, hacia el trozo de pista divisable y... ¡ahí está!, taladrando con su pico, de izquierda a derecha, el espacio de visibilidad de tar-mac que las defensas contra el sol me permiten desde dentro de la sala de espera... ¡Ahí está!, haciendo su entrada, con puntualidad de artilugio cibernético, rodando ya sin más y a punto de estacionarse. Al momento una legión de servicios nodrizas se pone en movimiento para rendir pleitesía a Su Majestad el Concorde: camiones cisterna, escaleras móviles, grúas automáticas, autobuses, trolleys. Pero, ¿qué es en realidad el Concorde; quiero decir, cuáles son las características que hacen de él un aparato especial? Nada más fácil que leer algunas de sus particularidades en el folleto o programa de mano "Itinéraires Concorde / Concorde Network", tal y como reza el ejemplar que yo tengo, publicado en octubre de 1977: "*Mach 2.*

Mach 1 corresponde a la velocidad del sonido (1,100 kms/h). Vd. volará a Mach 2 (2,200. Kms/h). A bordo Vd. no se percatará de esta velocidad (2,200 kms/h). Únicamente el machmetro instalado en la cabecera de cada cabina la delatará. *Paso de la barrera del sonido.* Ninguna sensación, ningún ruido, ninguna vibración; únicamente lo sabrá mirando el machmetro, cuando rebasa M 1.00. *Bang* sónico. El Concorde atraviesa la barrera del sonido y vuela a velocidad supersónica únicamente por encima de los mares y zonas desérticas. El “bang”, por otra parte moderado, no crea ninguna perturbación en tierra”. Luego, de los demás detalles técnicos, sobre los ya señalados, y de que vuela entre los 16,000 y 19,000, metros de altitud, destaca lo siguiente: “Peso máximo al despegue: 181,440 kgs. Peso máximo al aterrizaje: 111,130. Kgs”. Es decir, unos 70,000 kilos de diferencia correspondientes a otros tantos litros de combustible, todo ello calculado muy a bulto. Si se nos dice que la autonomía máxima del Concorde es de unos 6,500 kms., sacamos la conclusión de que -- siempre con cuentas aproximadas y de escuela primaria -- el aparato viene a consumir unos 11 litros de... lo que sea por kilómetro y cada menos de dos segundos! Y que siga el lector aficionado haciendo números.

Creo que somos nada más que cuatro pasajeros los que embarcamos en Dakar para Río: un matrimonio joven, europeos, con un niño; y yo. Los viajeros en tránsito también vienen a la sección reservada del aeropuerto, para refrigerarse durante la escala de unos 45 minutos que hace el avión. En la sala han dispuesto de todo para beber, además de lo que parece el refresco más original de la escala: una naranja vaciada y llena de helado. Lo primero y más jocosos que se me viene a la cabeza es que por mucho que consuma uno gratis, todo lo que quiera, en ningún caso [y menos en el mío, que tan sólo pruebo el alcohol] se

puede enjugar en especie el costo crecido de un vuelo en Concorde: ya dijimos que ochenta mil pesetas de 1978 por menos de tres horas y media de vuelo desde Dakar a Río de Janeiro. El pasaje es muy internacional: brasileños, franceses, alemanes. Todo el mundo con pinta de ejecutivos con mucho “push”. Señoras maduras que pasean su indolencia y sus dineros a dos veces la velocidad del sonido. Los pantalones de los hombres, y el calzado, y las camisas, cualquiera que sea su clase, se ve a la legua que no son de saldo sino todo lo contrario: cómodos los zapatos, de horma ancha; los pantalones, de pana fina, por ejemplo; y las camisas con bolsillos en ambos lados del pecho.

Pero por fin embarcamos. Las particularidades interiores del aparato también las conocíamos ya: cien plazas organizadas en cuatro por fila, con pasillo en medio; ventanillas proporcionalmente más pequeñas que las de las otras grandes superfortalezas voladoras. El despegue es ya toda una experiencia categorial. Supone un verdadero “pegarse” al respaldo, de tan rotunda aunque inocuamente progresiva como es la aceleración. Nada vibra, nada se siente; tan sólo una como seguridad indefinible de que uno está volando a bordo de la máquina comercial y accesible al público más perfecta, más simple y al tiempo más sofisticada del mundo. Yo dejo que el españolito sandio y gregario se inocule todas esas consignas consumistas y publicitarias de tres al cuarto, tipo “es otra cosa”, “es otra historia” como lo del pasar de conducir un botecito de coche a otro coche un poco menos botecito, pero igual de cacharro, por ejemplo.

A los pocos minutos del despegue había alcanzado altitud preceptiva, normal de crucero; si bien muy poco después se nos anuncia que si tal es nuestro deseo miremos en el ‘machmetro’ el

de mis conocidos, etc! Nunca se me ocurriría a mí ni siquiera pretender restarles cuota de beatitud en sus menesteres de padre, de marido de mujer morcillona, raída y de colmillo retorcido, nunca; Nunca intentaría yo detraerles complacencia de sus partidas de ‘dominó’ en la urbanización El Serrallo [en Granada, y en lo que atañe específicamente a algunos compañeros de Universidad, siempre como ejemplo]; o en las de póker; o en sus sanedrines de tabaco y alcohol delante del televisor con ocasión de un “Madri-A(t)leti”. Nunca. Arrastraría mi compungida contricción todos los días de mi vida si me hubiera propuesto interferir con los mundos selectos de ocio de tanto ‘progre’ hortera que arrastran su barriga y su chatedad mental por las salas de bingo; que tiran de su foca y de su prole lo mismo que podrían tirar de un manojito de candados para ponérselos a chupar en cualquier chaflán. Nunca. Como lo digo. Nunca me atrevería yo a menguarles una porciúncula de su felicidad. Siga yo quedándome con mis pobres experiencias de volar en Concorde y cosas así; y sigan ellos en su existencia de dicha santificante, en su limbo estulto.

Mi compañero de asiento, a todo esto, me ha saludado; nos hemos saludado, y nos hemos puesto a conversar. Otro tremendo golpe de suerte que la fortuna caprichosa tuvo a bien concederme. Se trata del Sr. Queiroz [en la tarjeta suya con la que nos intercambiamos direcciones rezaba: Edson Queiroz. Norte Gas Butano. Rua Major Facundo 844. Fortaleza. Ceará. Brasil. Fone...], un hombretón de unos 55 años. No había reparado en su existencia durante el refrigerio en la escala de Dakar. Pero eso era lo de menos: ahora estaba allí, de compañero de asiento mío en el Concorde, y cuánto celebré aquel regalo del azar. El Sr. Queiroz era el típico super millonario con esa envidiable amplitud de miras que da el dinero cuando se tiene y

se gasta y se emplea, sin por ello dejar de dar juego a los demás. Yo, pobre de mí, funcionario docente-investigador, con un sueldo mensual que acaso no llegara a los ingresos del Sr. Queiroz en... una hora!; yo, sin embargo, por esas cosas de la vida, me iba a beneficiar del tratamiento de tú a tú con un hombre tan singular. El Sr. Queiroz venía de Suiza, y charlamos de todo. Le dije que era mi primera visita a Brasil (Río, específicamente), y al descubrir en mí una disponibilidad abierta a la aventura y al encuentro espontáneo..., ya se me entiende, a partir de ahí, y sin que ninguno de los dos abandonásemos un tono de cierto protocolo y cumplido respeto, el Sr. Queiroz fue una formidable fuente de información y de sabios consejos. Me cambió dinero en plan favorable para mí, como nada más tocar tierra brasileña vería. No dejará de permanecer en mi retina el “flash” instantáneo que me deslumbró cuando al abrir su maletín de ejecutivo pude apreciar que entre otros papeles, y así, como si se tratara de restos de propinas, de “pocket money” sobrante y “negligible”, había una cuantiosa variedad de billetes de diferentes divisas: francos suizos, francos franceses, marcos alemanes, dólares USA. ¿Para qué querría el hombre otros \$ 100.- o \$ 200.- USA que yo acaso le cambiaría? Fue un puro acto de liberalidad por su parte, que yo le agradecí.

Con el paso de los minutos nuestra conversación se fue soltando. Le dije que en Dakar me habían reservado alojamiento en el Hotel Meridien, de Copacabana. Precisamente él se hospedaba allí: pensaba pasar con su mujer un par de días antes de volar a Fortaleza. No me lo expresó abiertamente pero me dio a entender que para mi esquema de turista por libre, abierto a cualquier encuentro interesante que me pudiera venir de las “garotas” o chavalas..., me dio a entender que había mejores sitios. Pero no pasó de ahí. El vuelo, una seda. Parece que a esa

altitud son inexistentes la mayoría de las perturbaciones atmosféricas convencionales que afectan a los demás aviones. El aterrizaje, una perfección. La puntualidad, al minuto: Oí explicar que el grado de computerización lleva consigo, entre otras prestaciones, la de armonizar, sobre todo, tiempo / espacio. El Sr. Queiroz me llevó con él, en el taxi que alquiló, al Meridien. Allí, para sorpresa mía, yo no aparecía en pantalla. El mensaje enviado por el Sr. Ramos, el oriundo de Cabo Verde, desde Dakar no parecía haber llegado. “Mejor” -- me dijo don Edson, que ya me había indicado que el Meridien no era el sitio adecuado para mí, y que ahora me lo recalcaba, alegrándose de que no me hubiesen reservado habitación [¡Cuán cierto estaba!] Recuerdo que se encargó él mismo de llamar desde allí a los Apartamentos, o sea, el Anexo del Copacabana Palace Hotel, ochocientos o novecientos metros más arriba, a lo largo siempre de la Avda. Atlántica, junto a la playa; o bien con entrada por la Avda. paralela e interior de Nuestra Señora de Copacabana. Me despedí del Sr. Queiroz. Su seguridad y su bonachona confianza me ayudaron mucho. Jamás le olvidaré los favores que me prestó, y sus sabias recomendaciones. Otro taxi me llevó a los Apartamentos o Anexo propiamente dicho del Copacabana Palace Hotel que tenían su entrada, como dije, tanto por el número 1702 de la Avda. Atlántica, con vistas a la piscina y a la línea de playa, como por el 313 de la Avda. de Copacabana, justo de espaldas a todo ese panorama descrito, y dando a esta última calle. Me fue imposible ocupar uno de los apartamentos mejores, y me tuve que conformar con acomodarme en el ala interior.

Yo estaba deseoso de lanzarme a la calle, ver cosas, pulsar el ambiente, etc. y en esos minutos de llegada, dejada de equipaje y orientación de supervivencia, tan sólo me percaté de

que el empaque de aquel tipo de alojamiento era algo muy... muy fuera de serie. Cada apartamento se componía de dos habitaciones grandes -- cuarto de estar y dormitorio con dos camas de 1'35, respectivamente -- cuarto de baño amplísimo y completo; dos roperos o trasteros, especie de "closets" con puertas y donde se puede estar de pie; un armario ropero grande convencional; TV color; y una amplia terraza-balcón, además de una entrada-hall que conecta el pasillo general y el 'living': este habitáculo resultó de capital importancia, ya que fue ahí donde coloqué el colchón para poder zafarme de parte del ruido que me entraba de la calle. Tomé buena nota para cuando fuese mi próxima vez, de ocupar un apartamento de los que dan a la piscina; o sea, lo más alejados del tráfico de la Avda. Atlántica, y sin privarme de las vistas del mar. Techos altos, construcción sólida, parámetros de amplitud primando en todos los aspectos.

Sonia e Ivette fueron las dos primeras chicas a quienes encontré en Río, en Brasil, quiero decir en Suramérica entera, con toda la carga iniciática que uno quiera adherir a ese lance original de estreno prístino. Luego, años más tarde, tal vez semanas más tarde sólo, ya en España, y con la debida perspectiva, me percaté de que fueron Sonia e Ivette como podían haber sido otra cualquier pareja de 'garotas' de entre prácticamente miles, he dicho bien, miles de ellas. Había terminado de tomar posesión de mi apartamento, me había aseado convenientemente y me lancé a la calle, a dar un paseo, a ver, a familiarizarme con mi recién inaugurado hábitat. Salí, bien lo recuerdo, por la fachada de la Avda. de Copacabana a la que daba mi alojamiento. Una de las primeras cosas que quería comprobar era, efectivamente, la providencial cercanía del Consulado General de España, casi allí mismo, en la rua Duvivier, dos transversales saliendo del Hotel hacia la izquierda.

La visita a Juan Nieto -- me dije -- quedaba asegurada con creces.

Probablemente se trató de la Plaza Bernardelli. Yo iba respirando la novedad de los olores, la textura del aire. He machacado hasta la saciedad en mis escritos, lo he repetido y constatado por activa y por pasiva, lo de que los países huelen, las culturas huelen, las maneras de ser y hasta de pensar. Huelen. Y a mí aquel trocito urbano de Río, de Brasil, de Iberoamérica comenzó a olerme a unte, a brea, a carne de mujer en sazón en cuantiosas disponibilidades..., en cantidades infinitas, de absoluta inagotabilidad. Estaban las dos sentadas en un velador redondo, tomando refrescos. Fue vernos, mirarnos, celebrar ese pequeño ritual de la sonrisa curiosa... y ya estaba yo junto a ellas. Me dijeron llamarse, como antes apunté, Sonia, la más espigada de las dos; e Ivette, dos o tres años todavía más joven que su amiga; ambas de color café clarito. Como digo, las primeras, las germinales, a partir de cuyo encuentro todo haría de ellas las inevitables referentes, las piedras de toque. Yo pedí un vaso de leche y las invité a sus consumiciones allí mismo en la terraza donde las encontré. Como mi andadura en el abordaje de la mujer brasileira acababa de dar el primer paso, dejé que respirasen ellas, seguro yo como estaba de que cualquier sugerencia suya encontraría acomodo en mis posibilidades... Les expliqué que terminaba de llegar; que me hospedaba en tal y tal sitio... y que me gustaría disfrutar de la compañía de las dos... -- “Tú nos presentas” -- me dijo Sonia. -- Tardé una fracción de segundo en percatarme de tan maniobrero y marchoso anglicismo como me había dedicado... “Pues claro que os haré un buen regalo [to present someone with: hacer un regalo, un ‘presente’ a alguien] a las dos” -- contesté. Me quedé pasmado una vez más del juego maravilloso de referencias y de estados

emocionales que se atesora entre los pliegues entremezclados del lenguaje.

A continuación nos fuimos a mi flamante apartamento, a poner a prueba las prestaciones que para estos menesteres ya me había anticipado unas cuantas horas antes el Sr. Queiroz. Las dos se complementaban y las dos me gustaban. Mantener el equilibrio perfecto en la exteriorización de mis solicitudes hacia ellas no era nada fácil. Cuando la corriente de mi deseo parecía encaminarse hacia Sonia, viraba así como atolondradamente y como sin darme cuenta hacia Ivette. Las hice levantar a las dos para tenerlas de pie y repasarlas verticalmente con caricias y con besos por todo el torso. Aún vestidas, me daba pena, rencor de mí mismo, desnudarme y desnudarlas. Cuando Ivette, la más niña de las dos, se despojó del vestido, dejó lucir dos torneados y dóciles senos que merecieron la atención solícita de mis besos. Pero ellas -- en lo que comprobaría yo a partir ya siempre de entonces como rutina normal, automática de todas las chicas -- pasaron al cuarto de baño a tomar una ducha y aparecieron minutos más tarde envueltas en sendas toallas grandes. Los tres nos pasamos al dormitorio, a las dos camas gemelas que arrimamos entre sí. Allí, después de algunos jugueteos, me ví acosado por la urgencia que decididamente se iba encrespando, y resolví flanquear los límites de Ivette. Mientras la cubría amorosamente, Sonia, a nuestro lado acariciaba los senos de su amiga, de mi amante en ese momento. Creo que fue la primera vez o una de las primeras veces en que follé con la luz encendida, mientras que una de las chicas me miraba cómo lo hacía con la otra. Besar así a Ivette me proporcionaba la misma dulzura que hacer pie en un fondo de arena limpia. La insistencia suave sin embargo de mis besos propició prontamente mi nupcia. Luego, después de esta cumplimentación me quedé a solas con

Sonia mientras Ivette miraba la TV en color del cuarto de estar. Sonia Regina, pues tal era su nombre completo, quiere que se la meta por el culo. Me dice: “Es preciso vagar” [esperar; hacerlo poco a poco; despacio]. Pero a mí el forcejeo continuado me produce pequeños dolores que a la postre terminan por acarrearne el arrugamiento. Vi claro entonces que la modalidad así llamada “griega” necesita de la erección primera y principal; y que pasada ésta, tal vez el grado de dureza y enhestamiento del falo no esté a la altura de las circunstancias. Acaso me precipité; acaso calculé con demasiada prisa la celebración de dos penetraciones, casi seguidas. Tenía 41 años y acababa de culminar un viaje, todo lo placentero e inocuo que se quiera; pero en tales casos el tributo neuronal de energías es indiscutible. No, no pude taladrar a Sonia por detrás. Se me arrugaba, de los intentos; así que desistí. Pero mi optimismo sentimental permitió que Sonia me galopara, y mientras que ella devoraba las distancias que cubren el punto de partida de la nada, al orgasmo, yo me enternecí mirando sus ojos y su larga melena. Yo no me corrí, pero ella sí que lo logró; lo cual compensó mi, de otra manera, posible desencanto.

13 de marzo, lunes. Ha sido mi primera noche en América del Sur, concretamente Brasil, concretamente Río, Copacabana. Había quedado con Sonia e Ivette en encontrarnos dos días más tarde; es decir, ya sería la jornada siguiente sólo, el martes 14. Pero entretanto tenía que ponerme a hacer cosas, tomar la medida a la situación. Lo inmediato, comprobar definitivamente que los Apartamentos que dan a la Avda de Nuestra Señora de Copacabana no pueden evitar que les atravesase el ruido. A partir de aquella noche iría yo asumiendo, con más inequívoca evidencia cada vez, que las partes del planeta limitadas por los trópicos o acomodadas entre sus aledaños consienten una forma

de vida que incorpora componentes de ruido, de bullanga, de comunicación directa con lo externo, de difícil asimilación para un europeo. Se dice y se habla mucho sobre cierto tipo de gentes pobres, sin hogar establecido, sin ese recuadro telúrico de propiedad por diminuto que sea, al cual poder replegarse y llamarlo suyo. Es cierto y todo cuanto se predique de esa versión de la indigencia quedará humillado por la pujanza palmaria de la propia realidad. Ahora bien, tampoco estaría de más intentar una precisión aproximada sobre el valor que concurre en todo aquel que puede dormir en una playa; o sobre el banco de algún paseo; al aire libre; y no digamos con las ventanas abiertas de la habitación que dé a una arteria urbana bulliciosa y deje pasar el equivalente a una gigantesca feria de charangas y de estrépitos. No, por supuesto que tal no era mi caso y en consecuencia apunté el dato; y puesto que la superficie de mi apartamento era más que sobrada, elegí el 'office' o entrada que comunicaba la puerta principal con el salón grande de estar, para tender el colchón a partir de la segunda noche. Se lo advertí al servicio de habitaciones con el fin de que no se llevaran un susto, y no hubo problemas.

Una de las cosas agradables con la que contaba uno por la mañana era el desayuno, que se dejaba pedido la noche anterior y que lo podían servir en la habitación entre las 06:00 y las 11:00. No sé si ya en aquella primera excursión cobró hábito en mí lo de hacer un buen desayuno y una buena comida tardía, y prácticamente prescindir de la cena; pero en todo caso aquello de salir bien pertrechado de energías; dedicar las horas de la mañana y del mediodía a excursionar; volver al hotel, hacer una comida donde fuere y contar con el resto de la jornada para... lo que se terciase, se fue estableciendo como uno de los diseños más válidos, al menos en lo que respecta a Río de Janeiro. El

desayuno lo traían en una mesa, y era un verdadero espectáculo. Terminé por prescindir de la cumplimentación del pedido, ya que en todo caso la abundancia y variedad de los productos hacían ociosas las especificaciones. Cualquiera que fuese la opción elegida le traían a uno bollería variada; zumo (preferentemente de papaya o pomelo); tostadas con tabletas de mantequilla; cereales (corn flakes); fruta (plátanos, sobre todo); yogur, si se pedía; café con leche; o chocolate; o té, etc. Pero todo sin escatimamiento, con largueza.

En fin, salí del hotel aquella mañana y ya pude tomar una buena instantánea de la situación: la playa de Copacabana viene a estar flanqueada en cada uno de sus extremos por los Hoteles Meridien y Río Palace respectivamente, a modo como de atalayas o construcciones mastodónticas de referencia visible, teniendo asimismo al cerro del Pan de Azúcar y al Fuerte Copacabana como cotas geográficas terminales. Con una longitud de unos 4,000. metros, la de Copacabana es una de las playas más abiertas de Río, notoria también por su resaca. El dibujo en ondas de color blanco y oscuro que forma el empedrado de su boulevard se veía a todas horas, especialmente las mañaneras, transitado por amantes del “jogging” o correteo gimnástico; así como una profusión de bancos con anillas para hacer abdominales; barras transversales, trapecios, artilugios de hierro sencillos y funcionales para cualquier tipo de ejercitación de los músculos, dejando a un lado, por incontables, las porterías acotadoras de imaginarios campos de fútbol, y redes de volleyball sobre la arena..., todo ello y cualquier cosa relativa a la interacción del carioca con la naturaleza por medio del deporte..., podía verse esparcido por Copacabana. Si cada soldado, según Napoleón, albergaba en su mochila una posible estrella de mariscal, así cada chaval carioca tenía como tope de sus sueños

futbolísticos la idea de un Pelé [En excursiones de años posteriores haría yo igual que los nativos: correr unos cuantos kilómetros antes del desayuno y empezar así el día libre de toxinas, y en comunión con el espíritu ambiental]. Río es, por encima de todo, el “melting pot” o “rompeolas” de Brasil. En los siete viajes que le he dedicado hasta la fecha he comprobado la dificultad añadida que le adviene al turista animoso, por muchas ganas que tenga de conocer la mayor cantidad posible de Brasil. Claro: el Amazonas está allí, con su mítico recorrido en barco desde Manaus hasta Belem; y la reserva ecológica de El Pantanal; y las playas de Santa Catalina al sur; y las entrañas del Matto Grosso; y la ciudad de Brasilia, como formidable réplica de la voluntad del hombre de crear una urbe futurista en mitad de la nada; y tántas cosas y lugares y motivos como se quieran en un país de casi ocho millones de kilómetros cuadrados...

Sí, de acuerdo, todo eso está muy bien. Pero no es menos cierto que en Río se da una muestra de casi todo lo que hay en el país; un refrendo troceado de la variedad portentosa del coloso iberoamericano [El tiempo me iría confirmando las razones que yo albergaba: en lo tocante al tema de la oriundez de las chicas que esmaltaron mis diversos ratos de compañía, por ejemplo, tuve oportunidad de conocer en Río de Janeiro prácticamente a criaturas provenientes de cada punto característico del país: mulatas, indiecitas cubriendo todo el cromatismo desde el café clarito americano al cortado; descendientes de europeos al cien por cien, etc.] ¿Para qué salir, pues, de Río? Al pasar por Recepción me encontré con una tarjeta de bienvenida de la joyería H. Stern, una de las mayores firmas del mundo, si no la mayor, en lo relativo a ese negocio. La invitación incluía una visita a sus instalaciones allí en Río: sus centros de fabricación, tallado, pulido, etc. de las piedras. “Bueno -- pensé -- éstos se

han creído que por el hecho de albergarme en un cinco estrellas emblemático, los dineros que yo destine a joyas corren parejos a dicho signo externo. Cuanto más tarde se desengañen, mejor”. Tiendas de venta de pedruscos de esos decorativos, a base de rocas de adorno y cristales de formaciones inimaginables, ...por docenas [a cientos, colegiría más tarde]. Río es la meca mundial de las piedras... preciosas, y supongo que también de pega. Stern y Roditi eran las dos empresas de joyería más sobresalientes, por lo que pude apreciar. Los bajos del Hotel Copacabana Palace acomodaban dependencia de cada una de las firmas y entre las dos disponían de más de media docena de establecimientos abiertos al público sólo en aquel barrio. El Hotel quedaba justo a un tercio de la longitud total de la playa, tomando como comienzo la intersección de la Avda. Princesa Isabel con la Avda. Atlántica, donde estaba emplazado el Hotel Meridien, punto a partir del cual y a lo largo de no más de un kilómetro se extendía la playa de Leme hasta los montículos del distrito Urca con el cerrete del Pan de Azúcar sirviendo de eminencia visible. Ahora, recomponiendo las imágenes de la jornada anterior y ensamblándolas a las recién incorporadas en este mi comienzo del segundo día, el panorama se me hacía del todo comprensible. Desde el aeropuerto Galeão, sito en la Isla del Gobernador, lo primero que divisaba uno era el puente Niteroi, de 14 kilómetros, que conecta dicha ciudad con el “downtown” de Río, cortando el cuello de botella, o mejor de saco atado por la boca, de la Bahía de Guanábara, ahorrando de esa manera la formidable vuelta que supondría rodear la cresta de todas las protuberancias, entrantes y salientes de la dicha Bahía hasta alcanzar la ciudad de Niteroi justo enfrente. El viajero que llegue en avión y quiera dirigirse a Copacabana, por ejemplo, normalmente toma la Avda. del Presidente Vargas, y va dejando las playas de Flamengo, y

Botafogo a su izquierda, para acceder ya al distrito de Copacabana a través de los túneles de Río Sul hacia la Avda. Princesa Isabel ya citada. No bien recorridos los primeros tramos de un paseo circunstancial por la Avda. Atlántica se constata el paso continuo de aviones... a ya poca altitud, como llegando a Río. Se trata del “shuttle service” entre São Paulo y Río, que se sirve del aeropuerto Santos Dumont para tales menesteres, además de otros servicios domésticos, nacionales.

Mi encuentro con Juan Nieto en el Consulado General de España [que, como digo, se hallaba en la rua Duvivier, muy cerca del Copacabana Palace Hotel] es todo un éxito y una gratificación de máximo rango añadida al capítulo de mis complacencias. Lo que manifesté cuando lo de Sofia (Bulgaria) en 1972 lo confirmo ahora: este Nieto es un tío estupendo, competente y generoso, rarísimas cualidades todas ellas puestas juntas para un español. Desde nuestro encuentro en Sofía, acaso le hubiera yo escrito alguna carta desde España. También, en la contingencia verbal de los estados de ánimo que rebosan reconocimiento y gratitud, le habría dado yo a entender que el libro que me había hecho la idea de escribir sobre mis aventuras en las Bulgaria, Turquía, y Rumanía de 1972, se lo pensaba dedicar. Si mal no recuerdo, para 1978 claro es que yo disponía de la primera versión de *Amor se dice obitcham en búlgaro*, versión que tres o cuatro años más tarde volvería a escribir por entero, imprimiendo a la redacción una coherencia y equiparabilidad terminológica y estilística de que la variante inicial carecía. Juan Nieto no sabía nada de todo esto. Por no saber, no sabía que yo andaba en Río, y ahora...

-- “Que pase Vd. enseguida” -- me dijo uno de los empleados españoles del Consulado a los dos minutos escasos de haberle dado mi tarjeta. Exuberante sorpresa; cordialísimo encuentro,

todo a estrenar, presto para el comentario. Le expliqué entre otros muchos detalles sobre mi vida, sobre España, sobre... yo qué sé..., le expliqué que había escrito ya la novela sobre nuestras aventuras en Bulgaria, y que a su debido tiempo sabría de ello; que ahora sólo quería yo asegurarme de que estaba en Brasil y que... lo demás vendría..., pues eso, por su paso y en su momento. Le dije, bueno, un montón de cosas: que mi cota máxima en aquel presente viaje era Chile, y que desde allí, ya de regreso a España, no tenía todavía idea fija de las escalas intermedias que haría. Y repare bien el lector en esto... me dice Juan que aquel don Luis Aznar, el diplomático jefe de la Representación española en Sofía en 1972, y con el que yo hablé por teléfono, y que de resultas de mis explicaciones nos envió a él, a Juan, para arreglarnos la papeleta..., que ese don Luis Aznar se hallaba en Santiago de Chile como Embajador con todas las de la ley, y que si era como yo anticipaba y tenía oportunidad, que podía ir a verle y saludarle, etc, etc. Juan me proporciona un cambio preferencial para los \$ USA a través del Consulado. Una verdadera joya de hombre. Le digo donde me hospedo y le prometo pasar a verle otra vez antes de marcharme de Río, que calculo que va a ser dentro de tres o cuatro días.

Ya por la noche, recordé que había oído al Sr. Queiroz mencionar el nombre de Lucy's Bar, en la Avda. Princesa Isabel, quiero creer que a media distancia entre la Avda. de Copacabana y la rua Barata Ribeiro. Era tan grande el predicamento que don Edson había establecido para mi conciencia que no quise descartar su sugerencia concreta, y hasta allí me encaminé. No era mi estilo. No es que no hubiera alguna chica atractiva, de notable; era que los bares no me van, porque el ambiente es mucho más cerrado que en otros sitios, quiero decir que no hay mucho lugar, y ya sabe quizás el lector o irá sabiendo que yo no

soy hombre de alcohol, y que en lugares así lo primero con que se choca uno es la barra, y el camarero que por muy contemporizador que pueda ser, le tiene que preguntar al cliente que... qué va a beber. No me convenció. No era mi estilo. Había una o dos chicas, bueno, que hubiesen justificado mi solicitud, pero que además -- creo que pregunté a una -- requerían una cantidad por abandonar el local, igual a la de su propia prestación.

Me volvía de retirada a mi hotel cuando entre las calles Duvivier y Rodolfo Dantas me encuentro paseando a una negrita que al contestar a mi sonrisa espontánea y sobre la marcha, dejó que destacase una hilera de dientes blanquísimos que tanto daba decir que subrayaban la badana azabache de su piel, como que ésta resaltaba aún más el lampo de la porcelana de su boca. Se llama Jossie. La subí a mi apartamento y se quedó perpleja y divertida al contemplar el tinglado que yo armaba con el colchón de una de las dos camas, que retiraba al punto menos vulnerable a los ruidos de todo el piso. A partir del día siguiente prometí ya engancharme a las excursiones más inevitables que se le ofrecen al turista en Río.

Martes 14 de marzo 1978. En efecto, la noche anterior, al despedir a Jossie hasta la puerta de los Apartamentos aproveché para coger dinero del “safe” y reservar la excursión al pico Corcovado donde se erige la gigantesca estatua de Cristo Redentor que con sus brazos abiertos parece acoger todo el espacio de ámbito posible en los corazones de los cariocas y de todo aquel que lo visite. Por cierto que las cajas de seguridad están en una habitación independiente de las dependencias del vestíbulo de entrada. Los recepcionistas visten con una chaquetilla color crema claro, muy simple, muy poco ostentosa, y siempre recordaré la cara de uno de ellos que por lo menos en

mis tres visitas consecutivas de 1978-79-80 seguía trabajando allí: serio, amable, servicial, muy profesional. Me abría el “safe”, me hacía una reverencia y me decía “obrigado”... La excursión al Corcovado, bien. Una de tantas. En el autobús coincidí con una pareja de argentinos a los que todo se les hacía hablar de pesos en millones. Estaban sufriendo uno de los bailes de devaluación más escandalosos de su historia, y por muchos ceros que el gobierno restaba de las denominaciones de los billetes de banco, era imposible evitar referirse a cantidades abultadísimas de pesos-basura. El autobús de nuestra excursión nos llevó a visitar una sección de ‘favelas’ o barrios de gente que vive en casas de construcción endeble, de ésas de quita y pon, sobre todo en las laderas de las ondulaciones de los cerros de alrededor de Río, como criaturas agarradas a las faldas de la madre tierra. Se nos recordó lo desaconsejable de siquiera acercarse solo por parajes así, cosa por otra parte improbableísima para el turista que, como yo, se hospedara en uno de los sitios más ambientados y representativos de Río. La reflexión que a partir de una serie elemental de evidencias no dejaría de hacerme yo era, ¿para qué molestarse con cambios de lugar si se tiene prácticamente todo allí donde uno se halla?

Esa misma tarde comienzo a disfrutar una de las experiencias que con el paso de los años y a lo largo de las sucesivas visitas que dediqué a Río, más se incardinarian con mi sentido del ritmo de las cosas, y con la complacencia advenida que me prestaba el ambiente. Y ello era sentarme en alguna de las terrazas de la Avda. Atlántica, comer lo que fuera, y permitir ser objeto de consideración por parte de las chicas viandantes, o de toda aquella que se encontrara en una situación parecida a la mía, de independencia y de insumisión a tiranías de horarios y de menesteres impuestos. Eran muchas las terrazas que ofrecían

prestaciones parecidas, a saber: servicio de cocina abierto todas las horas del día, además de los típicos de cafetería y bar. Estaban el Maxim's; el Mirage, y más que ninguno, creo que entre las calles Fernandes Mendes y República do Perú, el Bolero. Allí solía yo sentarme, sobre todo después de que un camarero negro, negrísimo, de apellido Ramos asimismo, se hiciese amigo mío. Entre el desayuno y la otra comida fuerte que hiciera a lo largo del día acostumbraba yo a tomarme algún postre de melón, con un vaso grande de leche, por ejemplo. Las chicas, al distinguir la fachada de turista que yo debía de dejar traslucir, se acercaban con pretensiones más o menos ostensibles de ofrecer su compañía. Pero en todo caso lo que primaba en la medición de mi complacencia era la laxitud, el aire flexible y permisivo que esmaltaba a todas y cada una de esas tomas de decisión con las que uno quisiera guarnicionar el relleno de un par de horas; del rato que fuera. Aquella terraza del Bolero sería a partir de entonces mi preferida. Huelga decir que tanto este restaurante-boite como otros muchos ofrecían un show por la noche, con chicas de alterne con toda la profusión y variedad que uno pudiera imaginarse. Ahora bien, y como acaso tendrá oportunidad el lector de cerciorarse por repetidas testificaciones mías a lo largo de mis escritos, hay algunos aspectos de la realidad que yo encontré y viví en Río que por supuestamente inevitables requieren algún punto de discriminante precisión. En la vertiente negativa o, digamos, de mi carencia de aprecio, está la presunta y archi-gratuita belleza de las mulatas. No fui yo un degustador de tal tipo de chavalas. La mayoría de las que adornan los reclamos de publicidad de Carnavales, o reproducciones en el papel para los variados entretenimientos que la noche carioca ofrece al visitante, yo personalmente las encuentro grandazas, demasiado espectaculares... demasiado en

plan de sacrificar al cometido de ritmo circense, colorido desbocado y maximalismo postizo de sonrisas, lo que de feminidad comportan sus personalidades. En la vertiente de valoraciones entusiastas, y entre otras más que irán saliendo, está la de la modalidad o estilo esponjoso, suelto, no tiranizante ni rígido, en las actitudes de los regidores y empleados de estos restaurantes-cafeterías y terrazas para con los turistas. Nada de premuras ni de incitaciones a consumir; nada de prisas; todo amable, natural, como traído de la mano por la espontaneidad.

La noche de ese martes entré a cenar en la Churrasquería Leme, de la calle Rodolfo Dantas, la primera a la izquierda saliendo del edificio del Hotel Copacabana Palace. Fui en busca de un pedazo de carne, de carne a la brasa o churrasco, por lo que deben parte de su fama culinaria todos los países del así llamado “Cono Sur” de América, incluido Brasil. En el restaurante, en cada mesa, ponen de entrada una fuente, o sopera pequeña, o copa grande con trozos de zanahoria, pepino, apio, riquísimo todo. Si el cliente no da orden expresa de que se lo lleven, por no tener intención de consumirlo, se entiende que acepta el pago de dicho entremés. Aquella noche, como creí entender que ocurría todas las demás noches de la semana, había una orquestina de cuatro músicos y una cantante interpretando melodías tanto del Brasil tradicional como internacionalmente exportables. Me tomé mi churrasco con guarnición y mi vaso de cerveza. Sabrosísimo todo. Y como colofón, antes de marcharme, me acerqué a la orquestina y les pregunté si tenían reparo en acompañarme con “La barca”, popularizada por Lucho Gatica y luego por otros más, dando yo por sentado que conocían dicha pieza. Claro, dijeron; sin problema. Hicimos allí por lo bajo unos arranques de coordinación de tono... y me lancé. Bueno, siempre hay lugar para la mejora, “room for

improvement” como decimos en inglés. Pero el público se apercibió de mi espontáneo impulso, tan ingenuo como imparable, y me dedicó una salva de aplausos y palmoteos. Por su parte la cantante y los músicos me dieron la enhorabuena.

Pero era ya hora de irse porque no olvide el lector que yo había quedado con Sonia e Ivette de nuevo. Nos encontramos en la misma Recepción de los Apartamentos, y esta vez sí que me follé bien a las dos, concienzudamente. Reinó entre nosotros una gran camaradería, una aclimatación espiritual. A Sonia le oigo decir la expresión “hacer un programa”; o sea, dedicar la tarde o el rato de que se trate a la disponibilidad de encontrarse con compañía. Suena genial, tan deportivamente descriptivo. Ya en vena de confidencialidades, me siguió enseñando Sonia alguna otra palabra de *follar*, *echar un polvo*, etc. Les hablo de que quiero continuar mi viaje, primero pasando por Argentina, Buenos Aires, donde tengo curiosidad por encontrar a unas personas; luego, casi con toda seguridad llegar a Chile; y después..., no sé, de regreso a España. Sonia dice que le gustaría acompañarme a Buenos Aires. Una propuesta así, venida de alguien tan de ocasión volandera, probablemente no hubiese merecido crédito alguno, de no haber sido esta chica concreta quien lo hubiera destapado, y de no haber sido yo el protagonista circunstancial. Lo cito con la desinteresada intención de hacer llevar al lector un tipo de estado de ánimo que en aquellos dos primeros días absolutos de vida en Brasil comenzó a gestar el núcleo inicial de lo que, a poco de continuada mi andadura en sucesivos viajes, se destacó como una de las más atractivas particularidades de la forma como entendían aquellas gentes la existencia: “Hacer un programa”, es decir, el hecho de que una gran mayoría de ‘garotas’ o chavalas jóvenes no rechazasen la compañía de un varón, a cambio de un regalo o contraprestación,

no acarreaba -- al menos que yo pudiera observar a través del ejemplo de las tres primeras chicas a quienes me había follado --, ... no acarreaba un desmantelamiento de su personalidad, ni un encanallamiento mercenario del sentido de integridad, de ética femenina que normalmente concurría en ellas en razón de su cultura y de la índole de su educación. No llegó a cuajar lo de que Sonia se viniese conmigo a Buenos Aires por imposibilidad de que cuadraran mis fechas con sus obligaciones. Sonia me dejó una dirección para en caso de que alguna vez regresara a Brasil. Sin embargo la que más me encantó fue Ivette. Guardo de ella un olor perenne de niña limpia y generosa. Era una locura la forma en que aquella chavala se me entregaba. Ella tenía en Sonia la amiga mayor, y se dejaba llevar. Ivette hablaba poco: me miraba con ojos absortos, atentos, a una cuarta parte de sonrisa que comenzara a expandirse. Me dio una foto pequeña en blanco y negro, que conservo, que tengo aquí delante ahora mismo, tomada el 17-12-1977, con la siguiente leyenda en el reverso: "Ofereço esta foto con muito amor a voce Tomas. Ivete. 14-3-78". Yo seguiré escribiendo su nombre a la francesa ya que no pude calibrar su particular ortografía hasta que me lo patentizó en la foto. Es una cartulina de 3'8 x 3 cms, como de carnet. Ivette, con melenita corta y blusa jaspeada, mira límpidamente hacia los ojos de uno. Pocas veces había visto unas formas de chica joven tan recatadamente alegres, tan confiadas en quien, como yo, les prestaba una ilimitada seguridad. Quedé sumido en la boca de Ivette todo el tiempo que duró nuestra cópula...

Miércoles 15 de marzo 1978. El camarero cómplice del Copacabana se esmera aún más si cabe y me trae unos desayunos espectaculares, con zumos de un par de clases, y profusión de frutas. Hoy decido pasar un rato en la piscina, hasta eso de la una de la tarde; luego, tengo pensado hacer una inspección por ...

bueno, todo a su tiempo; y para por la noche, me apunto, siempre a través del Hotel, a una visita a una exhibición de “Macumba” o ritual afro-brasileño de magia negra. No quiero ser tacaño con el repertorio que se le ofrece al turista. Por mí que no quede. La piscina, emplazada en el hueco interior que forman el lateral del hotel propiamente dicho, y la fachada anterior de los Apartamentos, es de tipo tradicional: baldosines azules, entrada en el agua mediante escalones, y una profundidad máxima de dos metros o así. En las márgenes, profusión de veladores, sillas y hamacas para hacerse cargo del tipo más esperado de prestaciones reclamadas por la clientela de un sitio tan selecto como conservador. Paralelo a la línea de playa, una pérgola o restaurante semi cubierto limitaba y servía de cota protectora al mismo tiempo al dicho espacio interior de emplazamiento de la piscina. Como digo, clientela conservadora y madura. No hay mucha gente joven, excepto los niños que vayan acompañando a sus padres. Dejar que los ruidos de la playa, el tráfico, las ondas de significado acústico, hasta los propios olores, lleguen filtrados hasta allí, urbanizados hasta aquel enclave privilegiado de protección y ocio, no es cuestión baladí; es una comunión con las cosas bien hechas, con las decisiones tomadas acertadamente. Me subí a mi apartamento, me di una ducha y me eché la siesta un rato. En esos espacios vacantes del pensamiento llegaba yo casi siempre a las mismas conclusiones respecto de temas tan recurrentes y tópicos como lo era el de la compañía femenina; dicho de manera más conciliadora y empática, el conocimiento de los entresijos de la cultura de un pueblo, de la conformación de los hilos de su geometría convivencial. Llegaba a la conclusión de que no era necesidad, ni mucho menos, la que me acuciara en lo de procurarme una chica para pasar el rato; tampoco era ganas irreprimibles, como pudiéramos pensar que

concurrer en el drogadicto, o en el alcohólico, o en el simple fumador empedernido. No. Ni mucho menos. Más bien se trataba de curiosidad; sí, de ese tipo de curiosidad vital sin la que todo lo demás está de sobra; esa curiosidad que le permite a uno seguir vivo. Y como de eso precisamente se trataba, decidí esa misma tarde, entonces, recién levantado de la siesta, y antes de ir a la excursión de la “Macumba”..., decidí darme una vuelta e inspeccionar si en un país como Brasil, o más propiamente, si en una ciudad como Río, había pisos francos en los que, bien por mantener la confidencialidad de los usuarios, bien por comodidad, bien por lo que fuere..., un grupo de chavalas se ofreciesen para la cita ciega y subsiguiente sesión de intimidad con el cliente de turno.

Es curioso, pero no me es posible recordar, ni siquiera sugerirme ahora el método de información que seguí. Por exclusión de otras alternativas, supongo que se lo preguntaría a un taxista. Es el caso que antes de que pudiera seguir dando pábulo a ulteriores especulaciones, me encontré en un piso probablemente, creo que de la rua Gustavo Sampaio, también paralela a la Avda. Atlántica en el tramo que conforma la Playa de Leme. La dueña o gobernanta imprimía al ambiente un estilo familiar y desinhibido. Vi a un par de hombres despelotados por allí, con los que cambié unas palabras en plan muy distendido, muy de... marineros del mismo barco; sin falsos pudores ni tontos miramientos. La dueña me dice que si quiero empezar con Sandra, una rubia espigadita. Bueno. Lo hago con ella, me lavo y me visto. Pero la señora parece haber adivinado que soy hombre de doblete y me anima a que me quede; que me va a presentar a una preciosidad de mulatita joven, y que está segura de que me va a encantar. ¿Habíamos hablado de dinero? Pienso que no. Me dice que con cada chica que uno quiera estar son 800. cruzeiros,

pero que en mi caso me deja las dos por mil doscientos. No me engaña, y me alegra mucho constatar que uno de los hombres encuerados a quien he saludado nada más entrar, precisa y exactamente me ha citado la misma cifra. En fin, un poco por no desairar las expectativas tan optimistas que la gobernanta ha puesto en mí, y un mucho por la curiosidad expansiva que en todo momento me acicatea, consiento en conocer a Tania. Se trata de una mulata jovencita, preciosa, de labios gordezuelos y... crujientes; pelo compacto y crespo, apretado. La gozo sobremanera, disfruto con el encariñamiento que me dedica, con la devoción de sus besos y de los conatos de palabras o frases con que adoba sus enarcamientos de pubis, como coadyuvando a la penetración. Pero una vez más he medido mal mis fuerzas..., y no me puedo correr. Tampoco lo deploro en demasía. Era preciso pasar por esta experiencia de la caza..., concentrada en un piso y..., una cosa más hecha. La pago a la señora, me despido y me voy a mi apartamento. Dentro de media hora salíamos para la excursión y ahora que lo recuerdo se había previsto opción de cena al final del show...

Si de algo me alegro por el hecho de haber asistido a esta representación de la Macumba es de que con una vez ya tuve bastante para el resto de mi vida. En mis repeticiones viajeras de Río en años subsiguientes jamás se me ocurrió insistir con semejante asunto. Porque en definitivas cuentas, ¿en qué consiste? No estoy seguro de haberlo captado en toda su propiedad, tan poca fue la atención monográfica que presté al pastel. Los protagonistas suelen ser negras gordas y feas, y algún que otro negro, igualmente feo, arrugado y con semblante como de no pertenecer a este mundo. Ellas, vestidas como de muñecas grandes, con faldas rigurosamente blancas, de vuelo, con muchos recubrimientos, quiero decir, con muchos niveles, como de tul o

gasa, resaltando lo supurantemente grotesco del contraste. Parece que la más veterana en estas lides hace de *medium*, o sea, de antena receptora de las cualesquiera supuestas sandeces que el aquelarre en cuestión pueda convocar; y entre un griterío enardecedor se ponen todas a girar, a girar como ruletas locas, como aviones planeadores a punto de deshocicarse. El viejo, ya no recuerdo si antes o entretanto, se queda ausente, profiriendo una serie de gruñidos, resoplidos... de instancia onomatopéyica de cualquiera que sea la bestia o animalejo propiciatorio..., o emitiendo cacareos gallináceos que, de no ser por la imposición del protocolo, hubieran desatado una cabalgata de carcajadas por mi parte. Ya no recuerdo si al griterío se unía música de tambor. Cuando se alcanza el punto establecido la *medium* entra en trance y se pone a dar pataletas, como presa de un poder sobre..., o al menos, no natural. Un rollo macabeo de pesadísima digestión. Desde entonces, cada vez que a un buen documental de esos que aparecen en T.V. lo adoban con el relleno de tales o parecidas tonterías, desenchufó automáticamente o “zappee”. Pocos ejemplos más estériles y más desprovistos de ilustración como todas estas secuencias de ritos, bailes, macumbas, vudús, y lo que que en cada caso sea. Una sola vez estuve en Haití, escenario del vudú fuera de África, y ni se me ocurrió pensar en semejante necesidad. Con todos mis respetos, vaya por delante.

En la cena opcional del programa, después del show, caigo junto a una pareja de chilenos. Les comento que mi idea es visitar Buenos Aires en cuanto salga de Río dentro de un par de días [tal vez tuviera ya el pasaje aéreo reservado para el viernes 17 definitivamente, como era el caso] y que mi destino más ulterior en este viaje, siempre midiendo desde España, quiero que sea Chile. Tenía que tratarse sin duda de temperamentos conservadores a ultranza, a favor de los valores de la autoridad y

el orden por encima de otras muchas cosas. No de otra manera se comprende que no vieses únicamente el lado negativo de los regímenes autocráticos y/o autoritarios del Videla & Company en Argentina; y de Pinochet en su propio Chile. Aquí, una vez más, había que andar con pies de plomo y no dejarse embalsamar emocionalmente por cualquiera que fuese la última y mejor dramatizada versión de las cosas. Eso de ir por la calle y de que, a expensas de quien pudiera pasar por allí, impunemente se convirtiera en un campo de tiro al blanco a manos de los “montoneros” y de otros aficionados a la barbarie, sobre todo cuando ésta parecía ser gratuita, sin fuerza humana ni razones divinas que pusieran coto..., eso, según me decían los chilenos, terminó por disgustar hasta a los más reacios a adoptar medidas serias de represión.

A mi llegada al Hotel me encuentro por la calle con las dos, claro, con las dos mujeres, bueno, una es palmariamente mayor que la otra, acaso sean hermanas, o parientes. Las había visto en la playa conforme me dirigía yo al piso de alterne. Ahora, con más parsimonia, me fijo en que una de ellas, la más joven, es bastante mona. Me la llevo al Apartamento y me la follo. Ana María, morenita mulata, limpísima y femenina, me dijo tener 18 años. Además, me cantó “La distancia”, interpretada usualmente por Roberto Carlos. Con las mujeres empieza a pasarme lo que se recomienda respecto a la alimentación: poquito muchas veces, principio este que lamentablemente, y por lo que se refiere al segundo supuesto citado, no concurre entre los hábitos míos. El ideal es follarse dos o tres chavalas cada día, haciendo de cada encuentro una cosa independiente de todo lo demás. Cada polvo, para dejar paso a la posibilidad de otro, requiere que uno se vista, salga a la calle, descanse; en mi caso especialísimo, se tome un postre de

melón y un vaso de leche, por ejemplo, en una de las terrazas vecinas, y si es la del Bolero, servida por el camarero Ramos, mejor; y vuelva a mirar al mundo como si nada hubiera pasado. Así, siempre pensé que un hombre como yo, de vacaciones, y en rodajes como el de Copacabana, se podría follar dos o tres garotas diarias durante bastante tiempo y sin desfallecer.

Jueves 16 de marzo 1978. Hoy, último día entero de estancia en Río, voy al Consulado español a despedirme de mi queridísimo amigo Juan Nieto, uno de los muy pocos hombres cuya amistad me ha enaltecido; cuya presencia me redime de impurezas y cuya existencia, si volandera y fugacísimamente conocida por mí, ha dado siempre un máximo valor a los quilates de mi conciencia propia. Juan Nieto volvió a superarse: Activo, previsor, generoso, resolviendo los problemas del *aquí* y del *ahora* sin circunloquios ni ambages ni dilaciones ambiguas. Puedo decir para los más sensibilizados o suspicaces, que estar con hombres así es una gratificación que de sobra habría justificado el viaje a Brasil. Esto necesito dejarlo claro, aunque sólo fuese yo el único para quien lo que digo tuviera sentido alguno en la posteridad o cuando fuere.

No tengo reflejada en mis notas con detalle la secuencia de menesteres que llevé a cabo ese último día completo de estancia en Río. Además de la visita de despedida a Juan Nieto, sé que me enrolé en la excursión al Pan de Azúcar y Puente Río Niteroi, que me llevó toda la mañana. La ascensión en funicular al cerrete, que es como un tetón gracioso y montaraz que le hubiera crecido a la suave orografía en que Río se abufanda, pone su cuota de emoción expectante y abierta en quienes como yo nos sentimos erosionados, agredidos, cuando se nos despega de la tierra que pisamos. Como no podía ser de otra manera, lo que uno encuentra en la cima del Pan de Azúcar es un pequeño

cosmos de mercadeo para el turista. Lo normal es que algún espontáneo le haga cualquier señal a uno, le separe del grupo, y en un aparte, en tono confidencial, secreto, aprovechando la superficie de alguna piedra lisa o mesa libre de algún establecimiento típico de refrescos y bocadillos, allí, le desparrame un saquito de piedras de todo tipo, a las que él denomina *preciosas*, traídas de los yacimientos del Matto Grosso, de Minas Gerais, o de donde sea, y que para los legos no son sino eso: piedras, bonitas, eso sí, llenas de brillos coloreados, verdaderas concentraciones cromáticas, compactaduras apretadas de... lágrimas solidificadas, mezcla de soplo y agua, piedras, piedras..., pero eso, piedras tan sólo; piedras bonitas, piedras lindísimas, pero no preciosas: Ahí radica la clave de todo.

Desde allí nos llevaron al puente Niteroi, de 14 kms. de longitud. Parece que su construcción se cobró un número crecido de muertos por accidente laboral. Sospecho que en climas así la observancia de las reglas de seguridad es una ingenua entelequía. Llegó la tarde de mi último día en Río, de la que estaba siendo y sería mi primera visita de las muchas más por venir. Decido pasar la velada, o por lo menos la mayor parte de ella, en la terraza del Bolero, tomando todos los “choops” (cervezas) y postres de melón que hagan falta; mirando la playa, y dejando que las chicas revoloteen alrededor. Aquella tarde, bien lo recuerdo, acompañaba la mejor de las temperaturas y las glorietas y arriates de la Avda. Atlántica registraban uno de los más densos aforos de los días de mi estancia. Personajes típicos a los que siempre en posteriores viajes reconocería, se encontraban por allí vendiendo sus productos o sus habilidades: Por lo que se refiere concretamente a las sombrillas y veladores del Bolero..., el cantaor, la florista, los cacahueteros, etc. En aquella tarde percibí yo con toda la crudeza y la perplejidad que mi conciencia

podiera permitirse que el estilo de relaciones humanas imperantes en España durante tanto tiempo, había dejado unos diques de contención, unos valladares de pudor y de escrupulosidad que aun en temperamentos tan poco sospechosos como el mío, tan liberales y abiertos como el mío, significaban un distanciamiento de la realidad que allí mismo, entonces y allí mismo, en la terraza del Bolero, sólo como ejemplo, se estaban produciendo. El chispazo, la eclosión de aquel algoritmo de vivencias descansaba en el hecho de que a nosotros, europeos, españoles recién salidos de una férrea autocracia y recién echados a andar por el camino de una transición de corte más poroso en lo convivencial, no digo que mejor, pero más plural, menos monopolizado por el orden supuestamente espiritual de un nacionalcatolicismo en contubernio perpetuo de interés con el poder establecido..., a nosotros, se nos hacía sorprendente con largueza que las chicas allí, de un porte impecable, de factura tan femenina como la que más, de esmeradísimos chasis y de maneras conciliadoras y urbanas..., estuvieran disponibles al encuentro espontáneo, y posterior celebración de intimidad. Lo cual no dejaba de ser halagador. Pero me estoy adelantando y preciso es que el relato siga ciertas pautas de orden y de sazón.

Me senté en la terraza de “Bolero”, dispuesto a solazarme. Ya digo que hacía una temperatura regia, la correspondiente al punto medio de estación entre el verano alejándose y la aproximación siempre suave de lo que en Río se considera invierno. El camarero brasileiro, por lo menos los de aquellos establecimientos de la playa de Copacabana, no achucha ni instiga respecto de las consumiciones, que mantenían precios competitivos y razonables. También dije que la terraza rebosaba de gente. Me fijó de pronto en una mesa en la que se sientan dos chicas blancas, quiero decir muy claritas, una color de trigo algo

tostado, y la otra más rubilla. Tienen un increíble aspecto y en casos así, como antes apunté, uno siente el enorme lastre que la tradición de su propio país y de su propia cultura le han impuesto, y despliega unas pautas internas de comedimiento y cautela que, de una manera u otra, a través y a lo largo de un camino u otro, se concretan y se dan cita en algo así como la pregunta de... ¿estarán asequibles?, ¿y si se ofenden ante una insinuación que tomen por descortés o incivil? Pero ellas se levantan, desaparecen durante un rato, regresan, vuelven a sentarse... Ahora resulta que se han juntado a un grupo de cinco o seis mozalbetes que... ¡ah, sí!, hablan de Chile, que han venido de Chile, de vacaciones a Río, y bueno, ahí están. A mí todo eso me está consumiendo árboles enteros de neuronas; son miríadas de especulaciones que se asienten y se contradicen las que machacan y aligeran mi conciencia. Las dos chicas ahora me parecen más esplendorosas aún, más “normales”, más de como el más exigente de los varones hispánicos pudiera imaginarse a un par de chavalas jóvenes. Espléndidas. Absolutamente espléndidas. Iban vestidas de blanco; bueno, una de blanco, blanco y largo; la otra, de color de hueso. Y yo, bobo de mí, preso de miramientos y de ringorrangos procedimentales, con la cabeza y el corazón llenos de dudas y de vacilaciones. Pensaba que estaban ligadas por los mozalbetes chilenos, cuando, a medida que pasaban los segundos, en cuestión de pocos minutos, comenzaron a aclarárseme las cosas. Y la primera fue que llegué al pleno convencimiento de que aquellos chavales eran... chavales; nada más que mozalbetes. Me pareció percibir que medio en broma medio en serio se preguntaban quién pagaría las consumiciones. “Bueno -- me dije -- una bandada de colegiales que tienen lo justo para subsistir en sus días de vacaciones”. El caso es que mi tiempo de conciencia, los márgenes que

separaban la instancia incoativa mental del acto puro habían celebrado todo su recorrido y... “Oiga -- le dije a la señora renegrida, arrugada, vieja y con cara indiferente que vendía rosas por entre las mesas de los parroquianos -- oiga, mire, ¿ve Vd. a aquellas dos chicas de allí, sí, que estaban hace un momento con aquel grupo de chicos, y ahora se han mudado a la mesa vecina? Bueno, pues tenga la bondad de hacerles llegar una rosa roja a cada una. Aquí tiene Vd. el dinero”. Estoy en esta transacción de urgencia cuando llega una negrita preciosa, se sienta a mi lado, le coge otra rosa a la señora y me dice: “It’s for me; thank you”. Muy bien. Le pago a la señora la tercera rosa... y voy siguiendo con mi atención el pequeño camino de la vendedora hasta la mesa de mis dos amigas... Llego, les dice lo que sea, les hace entrega del cucurucho de papel plastificado con la rosa dentro, ejecutan las chicas una inspección a su alrededor para cerciorarse de donde pudiese venir el regalo, me detectan, se sonríen, me levanto, hago una inclinación... Bueno. Ya saben que existo, y que estoy apercebido igualmente de la existencia de ellas... que, por cierto ahora, con la rosa en la mano, se han desplazado a otro velador y se sientan con nuevos chicos. A todo esto, la negrita, que se presenta a mí y me dice llamarse Sonia, sigue aún allí, de pie. Me levanto, la aproximo la silla y la invito a sentarse conmigo un rato. La verdad es que es encantadora, francamente bonita y muy proporcionada. Me agradece que le acerque la silla con un gesto en el que se contienen todas las instancias del reconocimiento fervoroso, además del inevitable “obrigada”. El cantante espontáneo de la terraza nos ameniza con unas cuantas melodías que le pido: “El reloj”, “La barca”, “Perfidia”... Pero, en fin, Sonia me gusta lo suficiente como para invitarla a subirse conmigo. Acepta complacida, y al ir abandonando la terraza y dirigiéndonos hacia el Copacabana Palace, por su entrada de la

piscina, me cruzo con una de las dos amigas, las de la rosa quiero decir, y con la mayor naturalidad se detiene junto a mí y me pregunta que si voy a volver al Bolero, o que si voy a estar simplemente por allí..., que a su amiga y a ella les gustaría charlar conmigo. Serían entonces sobre las 18:00, y quedamos para las 20:30 allí, en la misma terraza. En un cuaderno de notas tengo registrado lo siguiente: “Jueves 16: primero me acuesto con Sonia, la negrita que resulta ser sentimental. Luego me voy con Carla (estupenda) y con Jussa, también estupenda, que me montan toda clase de números y me consumen 3,500.- pts. de bar !! Sin embargo, ésta ha sido la “highlight” de mi estancia en Río”. Tal es la reseña de compendio que aparece en mi cuaderno para notas de urgencia.

Con Sonia la negrita, bien. La doy consejos sobre cómo cuidarse la dentadura y hasta la regalo un paquete de bicarbonato que había comprado esa misma mañana. Me quedaba casi una hora hasta mi próxima cita y decido darme una vuelta. Me había comentado Juan Nieto que en la ya citada plaza Bernardelli, en un club por nombre ‘Don Juan’, uno de los cuadros del show consiste en que dos chavalas se hacen el amor, o fingen que se lo hacen, a lametones de coño, delante del público. A mí personalmente ni me van ni me conmueven en especial ese tipo de demostraciones, pero en todo caso me acerqué por el ‘Don Juan’ donde, eso sí, a las chicas que se disponían a hacer de gogo girls, con muy buena pinta, las vi andar en cueros por el local. Pero son ya cerca de las 20:30 y regreso a la terraza del Bolero. No veo a mis niñas. Me temo lo peor. Un plantón en mi último día de estancia en Río, y con las altísimas expectativas que se han generado en mi conciencia, sería fatal. Por suerte, a las 20:40 hacen su aparición, una detrás de la otra, vestidas igual que antes; joviales, festivas. Procedemos a las presentaciones...

oficiales. Ellas son Carla y Jussa; y yo, pues Tomás. En la *nota* que antes transcribía, sacada de mi cuaderno, me adelanté al curso ordenado de las cosas, declarando que mi encuentro con estas dos *garotas* había sido mi highlight en Río. Lo reconfirmo ahora. Fue una locura: compacta por lo que tuvo de unidad de ejecutoria, entre nosotros tres; y dilatada, porque estuvimos en mi apartamento todo el tiempo que nos dio la gana, disfrutando de la más absoluta de las coberturas, con todas las comodidades del mundo. Fue uno de los mejores triángulos amorosos de toda mi vida. Me puse a atormentarme banalmente intentando resolver el acertijo de quién sería la primera y más aconsejable de follar. El recurso de picotearlas a las dos mediante taladros alternos, para depositar mi semen en una de ellas, me parece demasiado convencional, escasamente satisfactorio. Al principio creí que Jussa era la más atractiva; luego pensé que no; por fin me di cuenta de que la una sin la otra no eran nada. Me decido por Jussa, con las dos en la cama, pero descubro la fecunda modalidad de follar con Jussa, al tiempo que me entrego a Carla por medio de hondísimas y fragantísimas besadas, sorbiéndola. La nupcia se arranca a buen paso y llega a término. Nos trasladamos los tres al “sitting room” o “living”, sin dejar de jugar. Ahora la emprenden con la nevera-bar del apartamento y empiezan a descorchar botellitas de güisqui (whisky) a cien cruzeiros cada una [No se olvide: a cinco pesetas el cruzeiro, arriba o abajo] ¡Qué le vamos a hacer! Puesto que hemos quedado en que van a cobrar 800.- cruzeiros para las dos, es, con todo, y anticipándome una vez más, la velada que me está resultando más completa. Jugamos, jugamos. La exquisita particularidad de que dos muchachas sean lesbianas entre ellas -- según me parece entender -- y ferozmente sensibilizadas al sexo varón se da en estas chicas. Tanto para distraerme y enardecerme

a mí como para divertirse ellas, me hacen en exclusiva un numerito de coito mediante lamidas de coño [¿Ve el lector? No me hizo falta asistir al show del club ‘Don Juan’] mientras que las sobo más por cortesía que por otra cosa, puesto que lo que más necesito es un relax de por lo menos una hora. Pero eso son planes inviiables. Carla se me destaca ahora como una criatura llena de primores y de rasgos tiernos: dice que tiene 19 años, y Jussa 22. Las dos me encuentran cariñoso y simpático. Mi lunar en el ápice de la nariz les hace mucha gracia. Sé que no me va a salir un segundo polvo, y sin embargo me retiro al dormitorio con Carla, mientras Jussa se tumba indolente y adormilada en el chesterfield del sitting...

¡Cuánto, cuantísimo disfruté la total entrega de Carla! Estuve enguilado con ella por encima, por debajo, por detrás, más de treinta minutos, hasta que nuestra piel entera chorreaba sudor y complacencia. No me corrí, no. Pero la hice gozar, sobre todo tirándomela por detrás, pues al parecer así el falo la horadaba áreas un tanto descartadas en las posturas más convencionales. Me gozó, me gozó mucho diciéndome “tesoro”, “amor”, “gostooso” y mil ternezas más.

Tanto a ellas como antes a Sonia, la negrita, las regalé las chucherías y obsequios que me quedaban del Concorde: agua de colonia empaquetada, loción concentrada, una baraja de un juego raro a base de nombres de ciudades y letras. Todas las chicas, y por supuesto Carla y Jussa, por muy profesionales de la calle que puedan parecer, tienen rasgos acertados y magníficos de ternura, compostura y feminidad. A todas les gustaba, casi les emocionaba, que las acompañase hasta la salida del hotel, a la calle, después de haber estado conmigo. Con Carla me ocurrió todavía más, y es que al abandonar el apartamento nada más acceder al pasillo, no bien cerrada la puerta, y por motivos que

yo insisto en llamar emocionales, espiritualmente enardecientes, como por ejemplo acercarme a ella y limitarla con mi vientre alguna parte de su cuerpo, aderezarla el pelo, diseñar un esbozo de caricia por su mejilla..., que por algo así se me volviera a poner tiesa. Las fascinó comprobar que seguía emocionado, excitado, aun después de haberme pegado aquel hartazgo de follar con ellas.

Me despedí de Jussa y Carla y me quedé solo, paseando en aquél que sería mi último rato de noche del día postrero de estancia en Río de Janeiro, a lo largo de la Avda. Atlántica, flanqueada por el mar y por la línea combada de los edificios nobles y cordiales de la playa de Copacabana. Pensaba en el esfuerzo de la independencia y de la autonomía al viajar solo. Copacabana es sensacional [en otro estilo al de Moscú, claro, pero equiparable en resultado] para el paseo de noche; para el abordaje de *garotas* (chavalas). Que yo sepa, sólo se cuenta con tres tipos de situaciones para entrar en contacto con una chica: la calle; el establecimiento que sea (bar, cafetería, boite, discoteca, etc.); y el piso. De los tres, es el primero sin ninguna duda el más recomendable en Copacabana: andar tranquilamente por las calles paralelas a la playa, o por la calle que da a la misma playa, e iniciar el abordaje sin más. Y no digamos las sentadas en las terrazas: eso es con mucho, con mucho, lo mejor. Así, mi visita al piso de las niñas de la calle Gustavo Sampaio, aunque un desacierto logístico, me sirvió ya como referencia perenne, inequívoca, respecto de realidades preferibles, mucho mejores, mucho más deseables cuales eran las de la caza al aire libre, al dejarse ver, sin más, anunciando con la actitud, con el rostro, con todo el ámbito de cobertura que le tocase a uno por frontera, la disponibilidad de buena fe, la propensión a la aventura, la entrada al trapo que la garota de turno nos tendiese. Hago un

listado mental de las chavalas con las que he compartido intimidad, y con cada una celebro un misterio de agradecimiento y simpatía recordables: Sonia, Ivette, Jossie, Sandra, Tania, Ana María, la segunda Sonia, Jussa, Carla... Pero más allá de los recuentos concretos se impone una consideración general, a modo de palio sobre mi corazón y sobre mi conciencia.

Siempre pensaré que mi visita inicial a las Américas hispanas, Iberoamérica, se produjo en el tramo de madurez de mi existencia, rebasados ya con cierta holgura los cuarenta años. De haber comenzado antes la cala en un trasunto tan gigantesco de vivencias y de tan iniciáticas realidades, acaso me hubiera encontrado inmerso en un estilo de vida distinto al que me ha tocado vivir. No lo siento. Ni lo aplaudo. Simplemente lo consigno. Brasil significó una dimensión necesaria, deslumbrantemente inédita. La manera, el modo de sus gentes se transformaba en estilo. Las mujeres transportaban en la arquitectura de sus templos el algoritmo mágico que hacía de la realidad somática algo transcendido de neuma; y a éste, al vaho espiritual o psíquico que animara cada uno de los nombres de sus portadoras, tan sólo la almendra oculta, el licor secreto recubierto de la carnosidad cromática desde el rubio al endrino, pasando por todas las tonalidades de tonos trigueños, cafetoides, castaños, marroncitos preciosos. Brasil desde entonces pasó a ser materia olorosa en el espectro de mis percepciones. El salitre de la playa de Copacabana, la carne de papaya de las mozas, el aroma despedido desde su pigmentación, la persuasiva actitud de ofertorio de sus sonrisas, rasgaron el biombo de mis horizontes y me permitieron vislumbrar escenarios desconocidos, dolorosamente ignorados. Aquella primera visita de marzo de 1978 sería la inicial de una secuencia de siete en total que verifiqué entre esa cota de arranque de 1978 ya dicha y 1990. De

todo se dará cuenta en su momento oportuno, porque la presente viñeta sólo tiene voluntad de cubrir los países que sirvieron de punto de partida y término de mi vuelo en Concorde.

En España ya, recibo de Air France la siguiente carta:

AIR FRANCE
DIRECCIÓN GENERAL EN ESPAÑA

TORRE DE MADRID - MADRID 13 - TELÉFONO 247.20.00
(CENTRALITA) -DIRECCIÓN TELEGRÁFICA AIRFRANS
MADRID

MAD.PS 21 240 LGM/MP

Madrid, 28 Marzo 1978

Sr. Don Tomás RAMOS OREA
Hotel Casablanca
Calle Frailes, 3
GRANADA

Distinguido amigo:

Nuestra Dirección General en París me envía su Certificado nominal del paso de la barrera del sonido, que tengo mucho gusto en adjuntar a esta carta.

Mucho deseo que su vuelo en el Concorde haya merecido su entera aprobación, y le agradezco la atención que dedica a las líneas de nuestra Compañía. Nuestros supersónicos "CONCORDE" vuelan de París a RIO, CARACAS,

WASHINGTON y NEW YORK. Esperamos que estas rutas se complementen con nuevos destinos de nuestra red mundial.

Estamos a su entera disposición para ayudarle en la preparación y ejecución de sus próximos viajes.

Disponga incondicionalmente de nuestros servicios y de su s.s.,

EL DIRECTOR GENERAL EN ESPAÑA

Y. AUDOLI

junto a una llamativa y elegante cartulina de tono azul y blanco con el logotipo de Air France y la reproducción de un ... como pájaro de contornos disueltos, desleídos, dentro de un dintorno de ámbito adivinado, por la rotundidad aerodinámica, violenta y gloriosamente captada. El texto dice: “Tenemos el placer de certificar que el Sr. D. Tomás Ramos Orea ha traspasado la barrera del sonido el 12 de marzo 1978 AF-085 a bordo del Concorde. El Presidente”. Probablemente fuese en algún momento del verano de ese mismo 1978, y después de regresar de Berlín y Moscú en todo caso, cuando me pasé por las Oficinas Centrales o Dirección General de Air France en Madrid, sitas en La Torre de la Plaza de España. Allí me recibió el Sr. D. Luis González de Mendoza, Director de Promoción en España, como reza la tarjeta que amablemente me entregó, junto con un bolígrafo reproduciendo en su forma una réplica del avión supersónico.

Delia: Buenos Aires (Argentina), 1978

Mi viaje a Buenos Aires tuvo lugar a inmediata continuación de mi salida de Río de Janeiro el día 17 de marzo de 1978. Tanto por la propia entidad de los contenidos que pretendo dejar aquí reflejados, como por las características irrepetibles de mi excursión a Río, considérese que uno y otro capítulo van convenientemente aparte formando unidades independientes. La conciencia del lector puede seguir fácilmente el nexo temporal a través del puente de las fechas. Para esta visita mía a Argentina me es imprescindible echar mano de un pequeño sistema de referencias informativas sobre mi familia, concretamente mi padre. La naturaleza excepcional de estos datos espero que haga resaltar aún más si cabe la particularidad más insoslayable de mi narración, a saber: la concentración monográfica en mi persona prácticamente de todas las ocurrencias advenidas con las que me ocupo.

Para todos los efectos yo siempre me he considerado hijo único varón [tengo una sola hermana]. Nuestro padre fue también hijo único varón con los matices que siguen. Referirme a estas cuestiones me acarrea algún que otro esfuerzo de atención fijativa ya que pocos asuntos en la historia total de mi experiencia me han inspirado menos interés. Si acaso que, en clave de ludismo chocarrero, y mientras me miraba a la región de mis partes pudendas, haber asegurado que “en mi mano” estaba lo de que el apellido Ramos se continuase o no. No obstante, ya de mozo y sin haber mediado por lo que a mí respecta, y como digo, ninguna iniciativa de curiosidad, supe que mi abuelo paterno en primeras nupcias había tenido a mi padre como hijo único; y que en segundas nupcias había tenido... a otro hijo varón, único asimismo de dicho matrimonio; y en fin, que este

hijo único, hermanastro de mi padre, había tenido..., seguía teniendo también a un solo hijo varón, que vivía en Argentina y que sería posiblemente unos cuantos años más joven que yo. Parece que mi padre, por una secuencia de acontecimientos que siguen cayendo en mi total desinterés, no llegó a convivir más que muy someramente con sus progenitores; y que nunca, obsérvese bien esto, nunca conoció a su hermanastro. Tal es el planteamiento o escenario, absolutamente inusual si comparado con el del cuerpo mayoritario de mis escritos, pero desde el que, en todo caso, nos es preciso partir si queremos entender el devenir de este capítulo de mis Memorias.

Mi padre murió relativamente..., bueno, francamente joven, a los 62 años en 1967, cuando yo tenía 31 y me hallaba en la cresta de la ola en lo tocante a disponibilidades viajeras y operativas, ya que el sistema universitario canadiense [yo profesaba entonces en la Queen's de Kingston, Ontario] propiciaba de hecho una concentración de las actividades obligatorias de docencia en las 13 semanas finales de cada año natural -- mediados de septiembre a mediados de diciembre -- y en los otros tres meses y medio del nuevo y siguiente -- comienzos de enero a mediados de abril. Exceptuadas esas fechas de inexcusable presencia, el resto del tiempo académico se justificaba con menesteres de investigación que cada cual podía desempeñar como mejor creyera conveniente. En mi caso, regresaba a Europa, llevaba a cabo la adquisición de libros para las bibliotecas de nuestra Universidad, en lo concerniente a nuestro Departamento, y procedía a la vez al propio remozamiento y recarga de baterías, en sentido amplio y humanístico.

Debió de ser por 1965 o así. No tengo ahora forma humana de puntualizar las fechas; sólo que fueron... dos, todo lo más tres años antes de que mi padre muriese. Un día de verano, para sorpresa de todos nosotros, resulta que se presenta en nuestra casa del número 13 de la calle de Santiago de Alcalá de Henares un matrimonio argentino por el que recibimos noticias concretas y fehacientes del hermanastro de mi padre y tastro mío (si la palabreja no es del todo disonante), por nombre Nicolás, que vive en Argentina y que al cabo de los años y por esas cosas que pasan, así, sin más intentos académicos de razonar la realidad..., se ha sentido espoleado por la curiosidad, por la llamada de la sangre... y se ha propuesto enterarse de si su hermanastro Tomás Ramos Martínez -- o sea, mi padre --, vive. ¿Que si vive? Pues claro que vivía mi padre; vivíamos todos, y con una carga medio de incredulidad, medio de desconfianza esperanzada y abierta recibimos a aquella pareja y a sus noticias. Las cosas se sucedieron en el típico y esperado remolino de apresuramientos. En el espacio de pocos meses mi padre y mi tío Nicolás parece... [luego, y como parte de esta viñeta, el lector podrá comprobar lo acertado de mis conjeturas] que se intercambiaron información, retratos y todo ese tipo de señales con las que desde la cortesía y desde la perplejidad estrenada, querían aprovechar todo el tiempo por venir que les fuera posible, ya que lo perdido era de todo punto irrecuperable.

Huelga decir que a mí la reaparición del personaje de mi tío, al menos en su virtualidad más hacedera, me pareció un formidable golpe de suerte que ponía a la máxima presión las calderas de mis ansias de aventura y de viaje.

Mapa en mano y abundancia de fechas en cualesquiera que fuesen las modalidades del cálculo, comencé a diseñar un ambicioso recorrido, frondoso de destinos, que nos hubiera

llevado a mi padre y a mí, descontando Argentina como primero y principal cometido, a tantos puntos de las Américas hispanas como fuerzas hubiésemos querido emplear. Pero por mucho amor y mucho enfervorecimiento que prestemos a los seres queridos, no podemos negarnos, no podemos cerrar los ojos al declive que acaece a ciertos temperamentos. Fuese acaso porque mi padre entró en la discutible dinámica de creerse insustituible; fuese porque..., bueno, eso, era insustituible; fuese porque le sobrevino con celeridad pavorosa el origen de su muerte, es inútil especular con causas posibles, con culpabilidades remotas, y el caso es que aquel viaje no sólo no se realizó cuando mis entusiasmos estaban pertrechados de las mejores disponibilidades de tiempo y de dinero [cosa esta última, bien hay que decirlo, la menos determinante de todas], sino que mi padre moría en 1967, y todo lo relativo al viaje con él quedaba convertido en reliquia del pasado y para el recuerdo y el comentario.

Yo llegué a ver una carta que mi tío Nicolás nos envió y que, -- muerto mi padre -- guardó mi madre por el tiempo que fuere. Los términos en que se condolía sonaban a sinceros y de buena ley. Todos los planes de encontrarse y conocerse los hermanastros de padre se habían venido abajo por la inexorabilidad de las circunstancias. Lo que sí que tengo, y aquí delante precisamente, es una foto de mi tío Nicolás, en blanco y negro, tamaño carnet, de 4'5 x 4'5 cms. A mí se me antoja un hombre bien parecido, robusto. Luce bigote; carencia acusada de pelo sin llegar a la calvicie; unos 55 años. En el reverso reza la siguiente leyenda: "Para Tomás, con el cariño de tu hermano Nicolás. 19/12/1967". Tuvo necesariamente que enterarse de la muerte de mi padre y escribir acusando recibo de tan negativa noticia. A todo esto, pasados unos cuantos años más, digamos

cuatro o cinco, a mediados de los setenta, e ignoro por qué conducto si bien infiero que por los señores que en primer término nos visitaron en Alcalá de Henares y nos trajeron nuevas de... los Ramos de Argentina..., sí, pasados unos cuantos años y por los medios que fuesen, nos enteramos de la muerte de mi tío Nicolás, viudo desde hacía tiempo, por si no lo había dicho antes. Salvo aquella noticia, los únicos datos con que contábamos eran una dirección perteneciente ahora a ... Jorge Ramos, único hijo de mi tío Nicolás y único primo y pariente mío... directo, si así se puede decir, sobre la tierra [Mi madre sí que fue hija única absoluta].

Cuando el avión procedente de Río aterrizó en el aeropuerto de Ezeiza de Buenos Aires aquel 17 de marzo de 1978, viernes, la impresión que inundó todos los resortes de mi conciencia fue más bien de moderado desencanto. Aquel sitio me pareció destartalado, deslustrado, enconado todo el panorama aún más si cabe por la situación de obras de supuesta mejora que con motivo de los Mundiales de fútbol se estaban acometiendo en lugar tan ineluctablemente a la vista como el aeropuerto principal del país. Me fijó en que el modelo de coche más moderno que anda por allí es el Ford Falcon americano, de casi veinte años atrás. Me subo a uno de estos automóviles y el taxista resulta ser un joven dicharachero y comunicativo. Albergó serias dudas sobre si concederle el margen de confianza preceptivo en estos casos, y sugerirle que me sirva de cicerone, si no privativamente en exclusiva, por lo menos que se avenga a ser mi transporte, en principio y primordialmente durante los días que vaya a estar yo en Buenos Aires. Me lleva al Hotel Columbia en la Avda. Corrientes: se queda enterado de mi número de habitación y me hace saber su teléfono, y que en caso de no estar él, que deje el recado con su mujer. Así lo

acordamos. Parece algo parlanchín y desenfadado en demasía este taxista, bueno, rozando la cara dura, pero no quiero que mi entrada en Buenos Aires quede desvirtuada por recelos de pusilanimidad de los que más tarde me tuviese que arrepentir. El Hotel Columbia, a unos 500 ó 600 metros de la explanada, o boulevard o plaza (todo junto) del Obelisco o Avda. 9 de julio, es un tres estrellas tan sólo regular. Una de las camareras, la que me conduce a mi habitación, es una mujer gallega, y me dice llevar allí no sé cuantos años. Tomo nota de todo. La Avda. Corrientes me he fijado que está toda descascarillada, llena de baches y desconchones por las aceras, de ese tipo que pregona haberse producido hace mucho tiempo y no haber experimentado reparación alguna. De momento la carrera en taxi desde el aeropuerto hasta el centro de la ciudad me ha costado el equivalente a 1,400. Pts. Me abstengo de hablar en pesos porque verá pronto el lector la galopante escalada inflacionista que aquejaba a la economía argentina. En cuanto a precios y su proporción con la calidad de los productos, mis únicas referencias eran en este momento Rafa Tena y Pepi del Amo que habían estado hacía sólo unos pocos años y se fueron cargados a Alcalá con adquisiciones de cuero, ropa, etc., a un precio muy asequible y tentador. Parece que todo eso es cosa de la prehistoria. En lo poco -- o mucho, según se considere -- que me estoy dando prisa por mirar se me está poniendo de manifiesto que aquí la espiral de los precios hace que pocas cosas resulten ya baratas.

Ese primer día me voy a dar una vuelta por la calle Corrientes y a diseñar el esquema para las siguientes jornadas. Me hago la cuenta de que tengo que hacer por ver, sin falta, a tres personas, o grupos de personas: en primer lugar, a mi primo Jorge; luego, a Jorge Héctor Paladini, el amigo de La Plata con el

que a través de la hermandad de comunicación poética que supusieron *Llanura* y *Aldonza*, me he venido cartearlo e intercambiando libros todos estos años atrás; y por último, a Héctor Germán Delfino, mi amigo del Goethe Institut en Passau, de quien también conservo una dirección y un teléfono. Pero tiempo al tiempo. Aquel 17 de marzo, viernes, día de mi llegada a Buenos Aires, quiero dar tan sólo una vuelta y orientarme..., lo normal en estos casos. Salgo y constato el abandono que impera prácticamente en todo. Los edificios, deslustrados y faltos de mantenimiento. Los coches, ya lo dije, del año de maricastaña. Como por abrumadora unanimidad impera el Ford Falcon como modelo más de última hora. Los otros, cacharros europeos antiquísimos y en estado de conservación regular. Se ve que esta gente han estado demasiado ocupados con sus problemas de guerra civil -- o sea, montoneros peronistas y gente de mal vivir, exaltados, contra la autocracia militar actualmente en el poder, etc. -- como para dedicar tiempo a obras públicas. El tipo de hoyos por aceras y calzadas patentiza su existencia durante largo tiempo: los bordes han adquirido el redondeamiento resignado y sucio de la pura dejadez, del abandono más indigente. Lo poco (o mucho) que pude captar de Buenos Aires en aquel primer día me colmó de una evidencia que perduraría ya para siempre: y es que comparaba a aquella gran ciudad con un... digamos, gigantesco Puente de Vallecas madrileño que se extendiese desde su actual emplazamiento hasta Guadalajara; o sea, 50 kilómetros de edificaciones viejas, descuidadas, descoloridas. Precisamente por aquellos años habíamos visto en España proyectada la película "La Raulito" protagonizada por Marylina Ross. Nada me pudo entonces ilustrar tanto como aquella adecuación entre lo que, a efectos del guión cinematográfico de turno y finalismo artístico perseguido se plasmaba en dicha

película, y lo que mis ojos vieron, que no era otra cosa sino la plena y absoluta constatación de que Buenos Aires era comparable a un “Puente de Vallecas” madrileño que llegase hasta Guadalajara. La Avda. Corrientes parece tener público a todas horas. Está situada en la zona noble de Buenos Aires que se organiza en manzanas o “cuadras” como dicen ellos, tiradas con regla y cartabón. Abundan las librerías de viejo, “de lector”, magníficas: en días sucesivos pude comprobar la ingente labor que editoras como Losada, Sur, etc. habían desarrollado respecto de ciertas literaturas extranjeras, especialmente la francesa. Los libros estaban en cajones grandes, para que los interesados pudieran revolver a su gusto; y estos establecimientos de libros de segunda mano se hallaban abiertos creo que las 24 horas del día. Ese aspecto fabuloso de la cultura argentina me impactó sobremanera y lo consideré entonces y lo sigo considerando la aportación más sobresaliente con la que un español, yo por ejemplo, con rodaje e inclinaciones librescas y curiosas en el mundo de la bibliografía, pueda encontrarse. No podemos olvidar que Argentina, junto con Méjico, fue la gran proveedora de libros..., libros sin más apellidos ni filiaciones, libros de todas clases, cuando después de la guerra civil de España se censuraba prácticamente todo lo que no viniera adobado en el nacionalcatolicismo vencedor en la contienda. Sí, definitivamente aquellas tiendas de libros de ocasión, abiertas al público todo el día y toda la noche, por lo menos las que yo vi en la Avda. Corrientes, fijaron en mi conciencia, y por arriba, la cota de valores rescatables de la realidad argentina de 1978.

Seguí paseando aquella primera tarde, ya casi noche, del día de mi llegada. Bajé hasta la Avda. 9 de julio y regresé Corrientes arriba por la mano contraria. Allí, más o menos enfrente del Hotel Columbia entré a cenar en un restaurante que

se anunciaba como sitio de especialidades en carne, y con el propósito de comerme un succulento churrasco. Tengo que decir que sufrí una marcada decepción: No es que la carne no estuviera buena, no; aunque tampoco se trataba de nada del otro mundo. Era simplemente que al precio de lo que uno se hubiera comido y bebido se le añadían toda suerte de “laudos”, convenios, porcientos de servicio y mesa, impuestos de la denominación más variopinta y zandunguera que yo jamás imaginase, con el resultado de que se duplicaba exactamente la cantidad a pagar por el plato o producto elegido según menú. Sin duda consistía en una política de parcheo y de hacer frente a la inflación, evitando lo más posible tocar los precios *base* de las vituallas. Una chapuza y un fraude. En resumidas cuentas: Un solomillo de res en Argentina, meca mundial de la carne de vacuno, salía más o menos igual que en España. Me di por satisfecho con todo lo que había visto y experimentado aquel día, y me fui a la cama.

Sábado 18 de marzo 1978. Había que ponerse a funcionar, y rápido. Tenía pendientes los contactos personales y reseñados. El de Héctor Germán Delfino podía esperar, pero el de mi primo Jorge, sobre todo, y el de Paladini los consideraba yo como de prioridad primerísima. Con tan sólo la dirección de mi primo como dato informativo, pregunto en el hotel y me dicen que lo mejor es hacer las indagaciones telefónicas desde una Central, la que justamente se halla en la calle que continúa la Avda. Corrientes una vez atravesada la 9 de julio, hacia abajo, hacia la Avda. L.N. Alem, cerca ya del estuario del Río de la Plata. Me voy fijando en que Buenos Aires es paletillo: los hombres piropean a estilo albañil a las chicas por la calle. 1978 marcaba ya el tercer año de la así llamada transición española, y no era cosa de blasonar de formas totalmente aperturizadas, ni mucho

menos. Pero al contacto con aquellos semblantes, con aquellas expresiones “porteñas”, España podía considerarse sin exageración como una potencia de progreso y modernidad en lo que a usos y costumbres se refiere. La impresión que me causaban los tipos por la calle, su vestimenta, sus gestos, el aire que formalizaban sus ademanes, la kinesia de sus personas, todo ello patentizan a una buena parte de la población bonaerense como una masa de horteras. En los días restantes de estancia tendría tiempo de percatarme más y más: el argentino, en general, es vago: todo el mundo aquí, por lo menos en Buenos Aires, persigue un puestecillo, un empleillo, de lo que sea: de chupatintas, portero, recadero, corresponsal, vendedor, mancebo, dependiente, representante, etc. De los 33 millones en que más o menos se cifra la población de este país, una tercera parte, o sea, once millones, residen en el Gran Buenos Aires que, como dije, quitando la zona central bien organizada urbanísticamente, lo demás son suburbios inmensos, depauperados. Aquí no parece querer trabajar nadie. Repito: un tercio de la población total del país reside en Buenos Aires. Al campo que lo den por culo!

En mi recorrido hacia la central telefónica seguía constatando que cuando un bache se abría o se producía, cuando una zanja se abría o se producía, ya no se vuelve a cerrar. Los kioskos me voy dando cuenta de que están llenos de revistería rosa, tipo Corín Tellado, muy como de los años cincuenta en España. Tenga en cuenta el lector que 1978 sigue siendo uno de los momentos más representativos en lo que a “destape” y carne a la vista se refiere, conforme a la permisividad instrumentada por el consenso social de “la transición”. Por todo ello, aquellos productos que los rotativos ofrecían en los lugares públicos de venta en Buenos Aires me hacían sonreír y añadían un nuevo dato más a la hortera de costumbres que presidía la vida de los

argentinos. Me vuelvo a fijar, hasta el hartazgo, en que el coche más usado es el Ford Falcon, modelo americano, probablemente ensamblado en el país. Eso da idea de la vejez de las cosas. Pero, en fin, ya he llegado a la central telefónica. Pido una guía del Distrito Federal de Buenos Aires y al comprobar que se trata del año 1974, la devuelvo con una sonrisa y hasta excusándome por haber detectado el error y tener que molestarles de nuevo...

-- No, no, señor. Ella es la última publicada hasta el momento -- me dicen, con la fuerte y raspadora palatalización de la *elle*. Sin comentarios. Dejo que el lector juzgue. Tomo la guía, qué remedio, y me pongo a buscar ... Ramos..., no sé cuántos ... Ramos, ... no sé qué... Ramos, J. Oribe 129. Sí, ésta es, coincide. Anoto el teléfono y llamo...

-- Hola... -- Era una voz de mujer, agradable y urbana, comedida, de timbre grato. Imposible reproducirlo ahora. Explico como mejor puedo quien soy: mi nombre; que acabo de... prácticamente llegar de España, y que... -- Ahora es cuando se produce el más acabado de los silencios al otro extremo de la comunicación...

-- Un momento, señor -- me dice por toda explicación -- A los pocos segundos se pone el que infiero que debe ser mi primo. No recuerdo si medió entre nosotros alguna otra instancia explicativa, además de lo que ya habíamos intercambiado la voz de mujer y yo. Creo que dimos por sentado sin duda alguna que cada cual era quien era y que toda glosa o detalle sobre tal cuestión era ociosa. Quedamos en que al día siguiente, domingo, iría yo a verles, a la dirección que yo tenía y que seguía siendo buena. Jorge me matizó algunos pormenores: coger el tren en tal sitio, llegar a tal estación, fijarme en tal y tal punto como referencia, etc. De acuerdo. A eso de las 17:00, con flexibilidad, dada mi condición de desconocedor de las distancias y de las

contingencias..., sí, a eso de las 17:00 haría todo lo posible por encontrarme con... quien fuera; allí, en la dirección especificada ahora al máximo. Cuando solté el teléfono percibí que mi alma había perforado ámbitos vivenciales desconocidos. La suerte estaba echada. Se trataba de ponerme en contacto nada menos que con la única criatura en la tierra, varón para más señas, con quien compartía linfa, radiantes o nebulosas complicidades genéticas. A continuación, y no sin concederme un rato de reajuste mental, llamo a Paladini, a La Plata, prácticamente un barrio de Buenos Aires, a unos 40 kms. del centro. No está. Pero hablo con alguien y le recalco quien soy; que voy a quedarme unos cuantos días más, que me hospedo en el Columbia, y que don Jorge Héctor... no deje de contactar conmigo.

Curioso personaje éste. Casi desde el nacimiento de *Llanura*, la primera de las dos revistas alcaláinas de poesía, y sin ahora poder precisar los modos ni las maneras, yo me había estado carteando con este hombre, quien, con una diligencia y una regularidad generosísimas me enviaba libro tras libro de su biblioteca surtida de ese tipo de publicaciones baratísimas y no por ello menos meritorias de las grandes editoriales Sur, Losada, Emecé, etc... que llenaban a rebosar las librerías de ocasión, de segunda mano, ya mencionadas. Paladini me había estado abrumando con constantes atenciones, en el dicho sentido de mandarme cosas, libros -- que yo a veces ya tenía o que, por supuesto conocía, pero que en todo caso ilustraban el grado de potencia cultural que Argentina había representado, o al menos administrado, con simultaneidad a la peor época de censura en España. Tan sólo muy de vez en cuando lograba yo enviarle, por vía de reciprocidad, alguna de sus peticiones. Era como si el hombre, siendo el generador y el ejecutor del 90% del tráfigo de obsequios se sintiera honrado y enaltecido por el hecho de

comunicarse con alguien como yo que a sus ojos tenía por fuerza que encarnar una serie de capacidades y de potencialidades de las que él parecía distar enormemente. Ahora, al cabo de más de quince años de carteo, y de papeleo va y papeleo viene, sentía yo que la forma de corresponder era encontrándome con él. No podía hacer más. Hubiera sido a todas luces un desacato mendaz esgrimir que mi presencia en Buenos Aires tenía su más acuciante motivación en mi deseo de conocer a Paladini. Claro que no se me hubiera ocurrido semejante valoración. Pero no era menos cierto que una vez en Argentina hubiera incurrido en cualquier tipo de gestión, gasto y menester con el fin de encontrarme con mi hombre. Si conseguí hablar con él por teléfono, o fue él quien dejó el recado en el hotel, no puedo precisarlo ahora. Lo que sí aseguro con toda la fehacencia que conforme a parámetros humanos a uno le es dable disponer, es que quedamos en que Paladini se encontraría conmigo también al día siguiente, domingo, ya sabemos, a eso de las 13:30 en mi hotel. Perfecto. Así tendríamos tiempo de comer juntos y acompañarnos por espacio de más de dos horas hasta el momento en que yo tomara el tren para trasladarme a la dirección de mi primo. Estupendo. Así quedamos.

En el Hotel Columbia se hospedaba un argentino parlanchín exageradamente. Al saber que yo era español, el hombre se desvivió por atraerme a algunos de sus gustos y de sus inclinaciones. Estaba obsesionado con la comida “macrobiótica” que según él era la mejor del mundo; y a mí, nada más comenzar a escuchar su supuesta constitución, a base de verde, plantas, y cosas así al por mayor, a poco estuvo en que me entraran arcadas. Otra de sus recomendaciones, ésta en plan todavía más ferviente, más apasionada, era que yo debería visitar San Carlos

de Bariloche. Como si no hubiera visto yo en mi vida estaciones de esquí y paisajes nevados o equivalentes, ¡el muy macarra!

Ya por la tarde, después de comer, llamo al taxista del día anterior. ¿Qué puedo perder? -- me digo. Por lo menos es simpático; algo caradura, eso sí, pero me temo que no hay mucho de donde elegir. ¿Cómo demonios se llama? No lo dejé registrado y no hay forma de que me acuerde. En cualquier caso importa poco. El cincuenta por ciento de los nombres de varones argentinos se reparten entre Raúl, Héctor, y Óscar. La fantasmagoría jactanciosa de este pueblo ha hecho que sus sueños de merecer ser considerados como los clásicos, los próceres de América del Sur, les hayan llevado a elegir con pueril y empalagosa insistencia tales nombres sonoros, de héroes troyanos, de prosapia culturalista de la Europa clásica. Y si no, fíjese el lector: mi amigo del Goethe, Héctor Germán; Paladini, Jorge Héctor; mi primo, y que yo supiera, Jorge tan sólo. Sin embargo, pongámosle Carlos al taxista, porque quiero perforar ahora en la memoria y creo que tal era su nombre.

Nos encontramos y le planteo el asunto de quererme follar a alguien que él conozca; quiero decir, de su confianza. Recuerde el lector: necesidad, ninguna; ganas, escasas; curiosidad, toda. No era cosa de estar en Argentina y no echar una firma, por eso de la ética y de la estética. Carlos debió de ver el cielo abierto, porque me presentó el asunto como si se tratara de alta estrategia. Reparen Vds: para empezar, la subida de una moza a la habitación de un hotel era algo permitido... con salvedades. En mi caso porque desde el primer momento supieron de mi condición pacífica y cívica; y eso, en una tierra de paleticos les imponía cierto deferente respeto. Quedamos en que me llama a una conocida suya y así lo hace. Llega Alejandra, ni guapa ni fea; simpática; robusta, eso sí que lo recuerdo, con ropa interior

equivalente a la de las españolas de los años cuarenta... Charlando, charlando, me informa de que los 70.- \$ USA en que hemos estipulado la fiesta se van a repartir por igual entre ella y Carlos. Ya me parecía a mí! Bueno, como digo, la echo un polvo sin grandes pretensiones, por cubrir el expediente, y doy por terminado el tema. El resto de la velada, dando alguna vuelta por el centro de Buenos Aires una hora y media más, lo paso con Carlos que, como liberalidad estudiada, me lo considera incluido en el precio de toda su gestión.

La mayoría de los grandes edificios parecen esforzarse por recrear un tipo de clasicismo francés; pero como se caen a pedazos, de viejos y de falta de conservación, pues resulta que deslucen. La Casa Rosada o Casa del Gobierno es justamente eso: un mazacote pintado de rosa... donde por aquel entonces el triunvirato de coroneles manejaba las riendas del país. Por cierto que ya no recuerdo cuándo, ni con ocasión de qué, pero es el caso que en una de las contadas veces en que pude ver el rostro del Sr. Videla en T.V., a preguntas del entrevistador de turno, se refirió a que en cuestiones de guerra civil se trata, o bien de sobrevivir a costa de los otros; o bien que los otros sobrevivan a costa de que a uno lo hagan papilla; que les había tocado ganar a ellos, y que eso era todo lo que se podía decir. La simpatía que un personaje así, y cualquier otro de parecida laya y menesteres, despierta en mi alma, está por debajo de cero. Ahora bien, aquella declaración estaba envuelta en incontestable sentido común. No se me olvida el rostro de pajarraco triangular, pomuloso y chupado del tal Videla. Carlos, el taxista, para redondear los 70 \$USA, me dio una vueltecita por el Teatro Colón. Recuerdo haber oído decir a mis paisanos los alcaláinos que allí en aquel teatro solía actuar Angelito Vilches, el que antecedió en edad a su hermano José Mari, y por lo tanto cuatro

o cinco años mayor que yo. Ambos, hermanos de Lourdes, una de las bellezas oficialmente establecidas de los tiempos de la post-guerra. Me despedí del taxista con el propósito interior de no servirme de él, si acaso, hasta el momento en que me llevara al aeropuerto. Di por concluido mi segundo día en Argentina.

19 de marzo, domingo. Supongo que por la mañana me llegaría a una cualquiera de las librerías “de lector” de la Avda. Corrientes. En efecto, ésa me pareció la característica más sobresaliente de Buenos Aires. La propia decrepitud de sus locales, de los inmuebles en que se alojan, guardan una perfecta correlación con el aspecto exterior del producto ofertado. Recuerdo, ya lo dije, mesas y tableros enteros, inmensos, llenos de cajones y éstos llenos de libros. Un primer ojeo me permitió captar que toda la literatura francesa está allí, original y traducida. Sabido es que Argentina siempre miró a Francia como la meca de todas sus aspiraciones en el mundo del arte y de la cultura. Eran las horas bajas de España, la época de guerra y post guerra, y el argentino pensó que con su neutralidad en todos los conflictos mundiales; sus más de dos millones y medio de kms. cuadrados de país, y sus inagotables recursos, podía prescindir de la “Madre Patria” y adoptar a Francia como madrastra. Y así, los años treinta y cuarenta presenciaron un “boom” prodigioso en lo tocante a la labor de sus casas editoras. Los españoles teníamos que agenciarnos “de extranjis” copiosas producciones argentinas. Losada, entre otras muchas, y por todas, constituía un emporio de lanzamiento de libros.

Pero con lo que no contaban los analistas políticos ni los más sagaces arúspices, era con la gandulería de este pueblo, ni con la epidemia de demagogia que les inculcó el peronismo, haciendo que Argentina se convirtiera en un gigante andrajoso con pies de barro; y por eso de la espiral del mal en peor, llegara

a donde había llegado en 1978. Ahora bien, lo hecho, hecho estaba, y los millones y millones de obras salidas de las prensas en todos aquellos decenios de bonanza se podían ver ahora en las tales librerías de viejo, por poco dinero. No creo desvelar nada sensacional, pero un buen negocio supongo que habría sido haber hecho adquisiciones masivas de todos estos restos de editoriales argentinas y montar en España una mega-empresa de libros de segunda mano. En cualquier caso, aquí queda la sugerencia. Así pasaría buena parte de la mañana. Tomos y tomos de las literaturas francesa y rusa en traducción, sólo como ejemplo, de Rafael Cansinos Asséns; todo Neruda y todo Chile; todo Vallejo y todo Perú; todo Borges y toda Argentina... toda América del Sur; todo de todo. Una fiesta, ciertamente. Una borrachera. A cada cosa, lo suyo. Y lo que también ví, en un nivel parecido de existencias, fueron cantidades y cantidades de discos, de cuyo interés si a la hora de adquirirlos se tratara, ya no me atrevería a estar tan seguro como con los libros.

Me doy una vuelta arriba y abajo de la Avda. Corrientes, llegando por una perpendicular hasta la Avda. Rivadavia. Sigo fijándome en que la mujer argentina está todavía en periodo colonial. Parece que la represión impuesta por la Junta Militar ha dado cien mil vueltas hacia atrás a las manillas del reloj del progreso y del avance histórico del país. Una buena lección para el narcisismo fantasioso de sus habitantes.

Pero se va haciendo hora de regresar al hotel y esperar a Paladini. El empleado de la Recepción es otro gallego. Me ha tomado cierto afecto y se sincera conmigo. Tanto él como la señora de la limpieza querrían volverse a España. Pero las condiciones presentes en Argentina impiden que nadie pueda ahorrar... nada; ni siquiera para costearse el pasaje; mucho menos para contar con un remanente con el que poder tirar un

tiempo en España hasta encontrar algo. Argentina se ha convertido en el ataúd anticipado de mucho español...

Pero con la charla, habían pasado de las 13:30. Le cuento a... Manuel, sí, creo que se llama Manuel el recepcionista..., sí, le cuento que estoy esperando al Sr. Paladini, con quien me unen tantos y tantos años de relación epistolar y de intercambio de libros. Son ya las 14:00. Media hora es media hora aunque, bueno, tratándose de un desplazamiento de 40 kilómetros hay que dar el margen de contingencia que fuere. Procuero sacudirme de la cabeza la posibilidad de que a Paladini le haya pasado algo. Además, tiene mi teléfono, seguro. Sabe donde estoy: la cita ha quedado confirmada y reconfirmada. Habría llamado. Así, pues, no hay más que esperar... Manuel y yo hablamos de España... y de Argentina. 1978 es el año de los Mundiales de fútbol, y el personaje Maradona es preferible al personaje Videla, siempre por ejemplo. Las 14:30. Una hora de retraso comienza a ser preocupante. Ha sido un acierto que Paladini me propusiera nuestro encuentro a la una y media. Así, en el peor de los casos siempre tendremos suficiente holgura para charlar y para tomar yo el tren a Ituzaingó, que tal es el nombre de la localidad, dentro de la Provincia de Buenos Aires, donde vive mi primo. En esto que llega el amigo parlanchín del día anterior, el de la dieta macrobiótica, y no me deja más alternativa que prometerle que algún día probaré la supuesta succulencia esa de que me habla. Las 15:00. Cómo sería mi ya incipiente grado de concernimiento que, en un amago de pusilanimidad, o de simple instancia desiderativa de creer que por compartir con otro mi pesar, éste menguaría sus efectos sobre mí, o por lo que fuere, el caso es que le participo a Manuel la causa de mi intranquilidad visible. “Ah, claro -- me decía él -- acaso su amigo el Sr. Paladini haya tenido problemas con el transporte, hoy domingo”. Pero mi

frustración iba alcanzando esas cotas de las que uno no puede regresar sin haber echado a perder todo el tinglado de que se trate. ¿Cómo es posible -- pensaba yo -- que un asunto de tan altas y tan cordiales expectativas se trunque y se convierta en tema acibarado? ¿Cómo es posible que por virtud de un retraso -- todo lo inevitable que se quiera, si de ello se tratara, pero retraso al fin -- lo que hace un par de horas era motivo de jubilosa aquiescencia ahora se esté transformando en enfadosísimo contratiempo, en un descrédito imparabile que mi alma dedica al bueno, por decir algo, de Paladini? Porque mi tema fundamental era la cita con mi primo, de eso no había duda. Las 15:30. Brutal y deshumanizadamente, sin apenas hacer el suficiente acopio de entereza de ánimo para creérmelo, empiezo a plantearme el marcharme..., marcharme y dejar que Paladini, el pobre desgraciado éste, sea quien sea, me explique cuando pueda lo que tenga a bien explicarme. Yo no puedo esperar más. Dos horas son mucho tiempo. Voy a perder toda posibilidad de llegar a tiempo con mi primo. Le ruego a Manuel que si llama alguien, o viene alguien, pues eso, que me haga el señalado favor de decirle, más que decirle, de significarle que he estado esperando dos horas, lleno de concernimiento, de tensión, de interés, y que me he tenido que ir. Manuel me detalla la parada del autobús que me debe llevar a la estación de ferrocarril, ya no sé si la Sarmiento, la Retiro o la Constitución. Me voy, salgo del hotel a toda marcha, llego a la parada de autobús y me quedo esperando...

Y ahora, una dosis de esas cosas que suelen ocurrir en las películas. No bien llevo tres o cuatro minutos esperando, cuando de la esquina superior de la calle transversal, que yo también había tomado para venir del hotel, oigo, veo... veo y oigo a un Manuel gritando... “Sr. Ramos, Sr. Ramos”, seguido de un

hombre, vestido de negro absoluto, cojeando, sirviéndose de un bastón, ambos alterados, cada cual en su papel... “Un millón de gracias, Manuel” -- le digo. Y aquel pobre desgraciado era Paladini, don Jorge Héctor Paladini. Disponíamos de un ratito, unos minutos para hablar. Nuestras dos horas y media largas que yo me prometía al abrigo de una comida, o refrigerio, se han ido al garete; todo se ha ido a pique... ¡Pobre hombre, pobre menesteroso! Terminó dándome lástima. Me contó, nos contamos lo que pudimos. Pasamos a un café destartalado pero acogedor de allí cerca, y yo ante un vaso de leche y él ante un refresco... nos vomitamos en catarata lo que buenamente pudimos. Se trataba de un pobre plumífero, uno de los muchos hombres cultos, acaso cultísimos, a quien la poquedad y la cicatería de miras de sus conciudadanos, de su país, de su sociedad..., tal vez las suyas propias, le habían relegado a eso..., lo que era, un oscurísimo auxiliar administrativo de la oficina de un juez. El hombre malvivía, como la mayoría de sus paisanos, con un sueldo de mierda. Me habló de horrores cuando la represión; de muertos por las calles de La Plata, como si se tratara de una campaña de desratización. El hombre parecía haber salvado la pellica de puro milagro. Hablaba con fervoroso pánico, con temor reverencial... ¿Que qué le había pasado para tardar tanto? Me arrepentí de hacerle tal pregunta, tan impropio, tan inútil y tan inoportuna nada más acabada de formular... Pues nada, que... Bien, entiendo..., que cuando un perro es flaco todo se le vuelven pulgas. Le conté lo de mi primo, como pude, para darle idea de que las dos horas de espera de cortesía que había esgrimido con él podrían haberse convertido en tres o en cuatro, o en las que hubiera hecho falta... que yo, que por mí, encantado, pero que la oportunidad de mi vida de encontrarme con mi único pariente de... sangre, pues que

era todo un acontecimiento, y que nadie, ni el propio Paladini en primer lugar, había contado con aquel tremendo contratiempo del retraso.

Hablamos de lo que pudimos, a trompicones, en raptos de expresión contenida. El hombre me llevó de regalo un cuaderno preciosamente editado por el Colegio de Escribanos de la Provincia de Buenos Aires. Delegación La Plata. XI Jornada Notarial Bonaerense, en tamaño de folio grande, *Ciudad de los poetas*. Almafuerte, el insigne Pedro B. Palacios nació allí precisamente, y el desdichado Paladini lloraba de asombro emocionado cuando me oyó declamarle directamente el celeberrimo “Dios te salve”...

Pero yo me tenía que ir; quedarme más era inútil; en realidad, no debíamos haber hecho más que saludarnos, reconocernos y seguir cada cual nuestro camino, porque mi primo tenía que estar ya pensando que yo podría aparecer de un momento a otro. Eran las 16:30 y me faltaba todo el recorrido del autobús, del tren... y lo que fuere por añadidura. Nos despedimos Paladini y yo con la seguridad, quién sabe, obscena, absoluta de que no nos volveríamos a encontrar nunca más, ni casi tan siquiera comunicarnos, ¿para qué? Tan sólo conservo una carta propiciada por Paladini en la que se me justifica un proyecto de invitación que él mismo me había sugerido hacía algún tiempo para que diera yo un par de conferencias sobre Vicente Aleixandre y/o algún otro poeta de la preferencia del auditorio..., y la imposibilidad de llevarlo a cabo por incompatibilidad de fechas o algo así, todo junto, muy a estilo compadre. Bien, buena gana de citar por referencias. Esta es la carta en cuestión:

Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires
Secretaría: Calle 61 N° 662 - La Plata

La Plata, 28 de Marzo de 1978

Señor
Prof. Tomás Ramos Orea
GRANADA (España)

De nuestra mayor consideración:

Nos es grato allegar estas líneas a Ud. para agradecerle la visita que oportunamente nos hiciera.-

Por razones de organización no fue posible realizar las charlas programadas sobre el poeta Vicente Aleixandre y el prosista Antonio Enrique, dado que en el mes de Marzo corriente, nuestra entidad no ha realizado actos culturales, pero sería para nosotros un honor contar con Ud en la tribuna en fecha venidera, circunstancia que nos permitirá programar los actos con mayor comodidad y eficacia.-

Pensamos que esta colaboración suya ha de enriquecer nuestra tarea de divulgación cultural y de afirmación de los verdaderos valores literarios. Esperando su visita próxima, hacemos propicia la ocasión para saludarle con nuestra más atenta consideración.

Ing. CARLOS ALBERTO GUZMÁN
SECRETARIO

Y efectivamente, jamás he vuelto a saber nada más de este pobre diablo.

Llega mi autobús, llego yo a la estación... que ahora creo que es la de Once, y me subo en el primer tren con rumbo a mi destino. Nada mejor que el ferrocarril para calibrar el paisaje, el

pulso de un país. Lo dicho: El Gran Buenos Aires pueda ser que tenga de diámetro unos cincuenta kilómetros que excepto el cogollito alrededor de, y confluyente en, la inevitable Avda. 9 de julio, lo demás..., un arrabal inmenso, unos suburbios cada vez más mordidos por el tiempo y por el abandono; vaya, un “Puente de Vallecas” desde Madrid hasta Guadalajara, igual que la España de los años cuarenta. Alcancé el punto en que debía bajarme del tren. Eran ya las 17:45, retraso más que considerable y de todo punto mortificante para mi sentido de la puntualidad, pero en cualquier supuesto, leve teniendo en cuenta las penosas circunstancias acaecidas. Y menos mal que al tren llegué justo a tiempo. Nada más bajar del tren veo un taxi y me acerco; le pregunto si me puede llevar a... ¡Ah, sí, Oribe 129, junto a Paisandú, que parece ser una calle más conocida! Se trata, quiero entender, de un chalecito, “Villa Ariza” según reza la dirección. Venga, deprisa, que todo segundo que se pierda es doblemente ofensivo. Tira por allí, tira por allá..., por suerte no estaba muy lejos. El taxista vacila, encontramos Paisandú..., sí, estamos en el buen camino... a ver, a ver, “Villa Ariza”... De pronto se destaca un mozarrón moreno que parece esperar a alguien mientras pasea desde la esquina hasta media calzada, como avizorando, un poco así con esa cuota de brusquedad que presta el punto de desazón en que uno se halle incurso. No caben muchas explicaciones. Le digo al taxista que se detenga allí, y... En efecto, se trataba de mi primo...

Nuestras primeras palabras, o frases, escuetas, acaso.. “Jorge, ¿no?” -- “Eso es, y tú Tomás”, no recuerdo si contaron con la guarnición de un simple apretón de manos de pura cortesía aunque cálida y en abundante efusión. Andamos hasta su casa. Se trata del chalecito “Villa Ariza”, como dije, una edificación pequeña y modestísima en estado de descuido y de

falta de esmeros, pero independiente y por lo que luego me enteraría, propiedad de Jorge por herencia familiar. Menos es menos -- pensé. Pasamos al comedor, hall-vestíbulo, todo junto, y aparece...

-- Mira, Tomás, ésta es Delia -- Se refería a una chica, más o menos de la edad de mi primo, el cual en realidad ahora se me aparecía con menos años de los que en principio supusimos todos en razón de los cálculos de los nacimientos y fechas familiares. Jorge no aparenta más de 28 ó 30 años, y Delia pues por ahí, o alguno menos. Es una mujer absolutamente atractiva, y ahora más si cabe, porque a su domesticidad femenina se le ha adherido una carga de emocionada dulzura en clave de curiosidad por... mí; por la llegada de un primo suyo ! Delia es morena clara, no recuerdo bien en este momento la minuciosidad de sus rasgos, se me ha desdibujado el recorrido detallado de su entorno, las cotas de la encarnadura de su semblante. Sólo distingo que la encontré bonita, muy proporcionada y muy discreta. Eran las 18:00 horas. Les conté como pude mi malhadada cita con Paladini. Lo entendieron, lo entendieron todo y lo disculparon...

Pero en esto, no bien entrado que hube a la casita, allí mismo, en el umbral de la sala-comedor que daba directamente a la calle, en la pared de enfrente veo el retrato que hizo Cerezo a mi padre un año o así antes de morir..., la mejor foto de todas las que le hayan hecho [la misma que veinte años más tarde decoraría, junto con la de Fernando Garcés y la de Antonio Martín Sobrino, una de las paredes, la más frontalmente visible por donde discurre la escalera principal entre los dos pisos del Colegio Santo Tomás en su nueva configuración en Alcalá de Henares]. Nunca sabré si aquello había estado allí desde siempre, o sea, desde el principio; vaya, quiero decir desde el momento en

que mi padre poco antes de morir, se lo hubiera mandado a su hermano Nicolás; o si lo habían puesto como homenaje a mi visita. Nunca se lo pregunté; nunca lo sabré, pero quiero pensar en que mi padre y el padre de Jorge habían compartido durante ese tiempo inmediatamente posterior a la constatación de su existencia mutua, por mor de los buenos oficios de aquel matrimonio que nos visitó en Alcalá de Henares, ... quiero pensar que entre mi padre y su hermano se produjo una copiosa incumbencia, justificada por una profusión de envíos epistolares, etc., y que no pudo llegar a materializarse con la comparecencia física, real, y tangible de ellos.

Es difícil relatar el contenido de las diez horas durante las que estuvimos hablando... y comiendo y bebiendo, primero, Delia, Jorge y yo; y a eso de las 22:00, o sea, después de nuestras cuatro horas iniciales de despegue (y despeje) temático, también con Raúl y Gracia, una pareja amiga de mis primos que al calor de la especialísima ocasión de que se trataba, estuvieron en casa de Jorge y Delia hasta casi las tres de la madrugada. Hablamos de todo. ¿De todo? Pues sí; y si no de todo..., casi. Aquello no tenía fin. Los temas entre nosotros estaban vírgenes, intocados, y por mucha que fuese la facundia desplegada por todos y cada uno de nosotros, no podíamos dar abasto, no podía ser. De vez en cuando, y al conjuro, a la sola mención de algún detalle de tipo personal sobre nuestros respectivos padres, Jorge se levantaría para abrir el cajón central de una especie de cómoda-aparador inmenso, y sacar tal o cual documento, tal o cual legajo o fajo de cartas o papeles de que se tratase con el fin de apuntalar la aseveración del tramo o detalle de nuestro discurso sobre el que versáramos. El tema que más me emocionó fue... el que antes descubrí, a saber: que la intención de encontrarse y de conocerse de nuestros progenitores, en los pocos años antes de

morir el mío, había sido, por lo que parecía, intensísima. Jorge me mostraba, bien una carta, bien una señal en forma de retrato o recuerdo que siempre apuntaban al mismo cuerpo de evidencia. Por un momento tuve la poco edificante tentación de pensar que todo ello estaba estudiado..., que Jorge había estado ensayando por lo menos todo el día anterior, desde el mismo instante de mi telefonazo, todo el temario que con la máxima probabilidad tendría que surgir entre nosotros.

A las 19:00 horas, o sea, una después de haber llegado yo, la labor callada pero eficaz de Delia se hizo notar con un levantamiento general de la mesa alrededor de la cual nos habíamos puesto a charlar, y la colocación de mantel, servilletas y demás cacharrería propia del que se dispone a comer. Yo no había dicho nada, pero tenía apetito, ya que con los trajines de marras no había tomado más que el vaso de leche con Paladini en aquel cafetucho de junto a la parada del autobús. Así que cuando Delia comenzó a llenar la mesa de pedazos de carne asada de primera, acompañados de dos botellas de vino rojo, espeso..., y cuando nos pusimos a engullir de entrada aquella remesa de comida, el espíritu aumentó de temperatura. En realidad no paramos ya en todo el tiempo de tener la mesa ocupada por nuevos refuerzos y sustitución básicamente de lo mismo: churrascos compactos pero tiernos y sabrosísimos, y ensalada; y el vino tinto que hubiera hecho falta, intercalado con alguna que otra cosa que a Delia se le fuera ocurriendo. Como dije, a eso de las 22:00 llegaron Raúl y Gracia, y la conversación se hizo más porosa, más general al albergar los puntos de vista ahora de dos nuevos comensales.

Mi primo trabajaba en una fábrica de... cartones, y vivía más que al día, a la hora, como la mayoría de los argentinos. Ya en clave de broma en serio me contaron de no sé quién que en

plan lúdico empapeló la casa con billetes de banco de menguada denominación, en un momento en que el metro cuadrado de papel pintado costaba algo más que la superficie de papel-monedas equivalente. Me decía Raúl -- que era ingeniero, al parecer, y vivía con más desahogo que mi primo -- que las empresas pasaban por una época ya larga en que eran necesarias las subidas de sueldo cada quince días a los operarios, con el fin de combatir la inflación. Cosas todas disparatadas pero que en el fragor de una buena mesa y de los abundantes sorbos de aquella sangre de toro espesa que era el vino que nos puso Delia, hacían estragos de voluptuosidad respecto de los argumentos de los que yo tendría que servirme a la hora de historiar mis vivencias. Argentina había sido un fabuloso caos tan sólo hasta hacía un poco de tiempo, casi recientemente, y ahora en 1978, con la dictadura del triunvirato de “milicos” las cosas comenzaban a enderezarse paulatinamente. Aquí, más que inflación, lo que había era una locura institucionalizada; un puro chiste; una verbena. En los últimos años el peso había experimentado un reajuste de cuatro ceros !! ... ¿se imagina el lector?; o sea, que lo que había sido diez mil, ahora era un uno, la unidad; diez mil pesos, equivalentes a uno. Pero lo gracioso era que los argentinos, por no quererse apejar de su fantasiosa indiosincrasia, seguían hablando con arreglo a las magnitudes y cifras antiguas. De ahí la zarabanda -- ahora lo veía yo a la recta y justa luz de la perspectiva --..., la zarabanda de millones que barajaba aquella pareja con los que había coincidido en Río de Janeiro, en la visita al Corcovado, tan sólo unos cuantos días antes. Yo les oía hablar de diez millones, y era propiamente *mil* lo que estaban significando. En marzo de 1978, quiero decir, cuando yo me encontraba en Buenos Aires, el peso andaba equiparado a la lira italiana, y el dólar USA rondaba las 800.- unidades, ganando

cada día unos cuantos pesitos. Se trataba de cambiar también *cada día* lo que uno fuese a gastar aproximadamente, y en caso de quedarse corto pagar con billetes de \$ USA de pequeña denominación. La única manera de regular precios y normas era ir colocando añadidos a los ya existentes, que resultaban envejecidos a los pocos días. Por cierto que al menos entonces, y al igual que en Brasil, en los Bancos como tales no se cambiaba el dinero, sino en unas casas de cambio especialmente destinadas a ello. Y sin embargo, la gente vive, bueno, malvive; pero están vivos, hacen las mismas cosas que hacemos los que no padecemos la economía circense, de ficción científica, que golpea a los argentinos.

Por lo bajo, quiero decir sin exagerar, creo que Jorge y Delia se gastaron en aquella invitación el salario de medio mes. Tanto más para que yo se lo valorase con todos los quilates que la gema del corazón mío pudiera esconder. Fue una merienda-cena de ocho horas seguidas. Fue una conversación de diez horas seguidas. A eso de las 03:00 am. Delia se retiró, y Raúl y Gracia nos llevaron a Jorge y a mí a la estación. Allí esperamos un tren de esos de madrugada y no pude hacer desistir a Jorge de que no se tomara ya más molestias. Se vino conmigo y me dejó en la puerta del hotel Columbia. Ignoro si... ya esa misma mañana tendría que irse a trabajar. Era lunes de Semana Santa y acaso hubieran pactado en su empresa alguna jornada no-laboral. No se lo pregunté. Le recuerdo a mi primo como un chico fuerte, centrado en sus capacidades y muy apto para enfrentarse a cualesquiera condiciones que su país le acarrease, por muy penosas que pudieran ser. Por eso no sentí ninguna preocupación, porque los atributos de reciedumbre, buena salud y claridad mental con que se aderezaba su persona eran suficientes para hacerse cargo de aquel trabajo añadido; de aquel

consumo de energías que con ocasión mía había llevado a cabo. No, no sentí concernimiento pusilánime ni paternalismo protector respecto de mi primo, porque comprobé gratísimamente que podía hacer frente con éxito a aquellos imprevistos. Las andanadas de mi espíritu las empleé en agradecerle virilmente la tremenda, la monumental velada que me había dedicado; elogiar el recato y la eficacísima y bella labor de su compañera Delia..., y asegurarles que, aunque tarde, el encontrarme con ellos había justificado todas las dilaciones, todos los malentendidos entre nuestros respectivos padres, y que ..., bueno, que el mundo seguía; que yo tenía que continuar mi camino y eventualmente pasados unos cuantos días más, regresar a España; que Argentina permanecía ahí, y que a pesar de todas las dificultades y de todas las barbaridades de... quienes fueren, los capaces sobrevivirían y de ellos sería el triunfo. Nos dimos un fortísimo abrazo y entré en mi hotel. Eran las cuatro en punto de la madrugada.

20 de marzo, lunes. Me estoy en la cama hasta cerca del mediodía, y al levantarme lo primero que hago es reservar un billete de avión a Santiago de Chile para el próximo jueves, tres días después. Una vez realizado el cometido especial de encontrarme con mi primo, lo demás pasaba con mucho a un plano preferente pero renunciable. Quiero hacer un par de cosas más: dejarme llevar por agencia a uno de los típicos tours dirigidos de algún aspecto de la ciudad de Buenos Aires, entiéndase, en su faceta más noble y más inequívocamente argentina; y en segundo lugar, en uno de los dos días restantes, hacer una visita a Héctor Germán Delfino. Lo de volar el jueves 23 a Santiago tuvo necesariamente que discernirse en función de la conveniencia del vuelo; quiero decir, de la hora de salida y de la hora de llegada, y del hecho de ser un solo tramo, pues alguna

combinación menos recomendable quiero recordar que hacía escala en Mendoza.

A través del mismo hotel Columbia me enrolé para aquella noche en una excursión que incluía cena, recorrido por Buenos Aires “a la nuit”, y un show que en su momento se nos daría a elegir pero que en todo caso, según me dijeron, incluía un famoso espectáculo parecido, digamos, a lo que entenderíamos en Madrid por el del Meliá Castilla; y otro que solía consistir en presenciar el baile de tangos en algún figón o taberna típica. Bueno, me dije, como suelo hacer en estos casos. Ya veremos. Ambas cosas tienen su encanto y cuando llegue el momento me decidiré. Desde luego que yo esgrimo una suerte de prevención contra todo lo que venga lastrado de afectación y amaneramiento. El argentino cuando habla parece que canta tangos. Yo, tan amante de la musicalidad y de las cancionerías sentí que..., eso, hasta ahí podríamos haber llegado; sospeché que se me había pegado algo del deje argentino en aquellos pocos días. Todos esos rabos o estribillos elocutivos... de los “che”..., de los “mijito”; el cargantísimo expletivo de ilación “este”... y dale con el... “este”... me sacaban de quicio porque prestaban a sus dicentes una cuota añadida de fantochería idioléctica, machacona y cargante. Aquí se anda a vueltas con el “señor” por arriba, “señor” por abajo cuando se dirigen a uno, lo cual sin dejar de ser correcto y deferente, termina por empalagar.

Probablemente, y hasta las 19:00 en que debía pasarse el autobús a recogerme, dejara transcurrir el día, descansando algún rato, escribiendo algún otro rato, y echando siempre un vistazo a las librerías de viejo que junto con los cafés y los bares que están siempre abiertos [me recordaban a Berlín, donde se puede comer a cualquier hora del día o de la noche] constituyen las dos facetas más sobresalientes de Buenos Aires. Algo pasadas las 19:00

llegaron ya de la Agencia a recogerme. Luego continuamos el recorrido por un par de sitios más hasta que tan sólo se medio llenara el autobús. No presté gran atención a los lugares por donde íbamos discurriendo. Miraba en bloque, con voluntad de globalidad, siempre con la imparable constatación de lo ya repetido: que Buenos Aires, excepto su zona noble urbana comprendida entre la Avda. Corrientes y su paralela Rivadavia (continuada por la Avda. de mayo, y las dos perpendiculares al este, también casi paralelas entre ellas, la Avda. L.N. Alem y la 9 de julio); excepto eso, suburbios, arrabales, periferia.

Nos llevaron a El Poncho Argentino, un restaurante de la zona de San Telmo, y en la confluencia de las calles Defensa y Garay. Tengo aquí delante un mini-plano sacado de la Enciclopedia Larousse, y uno se percató de la enorme extensión del “Gran Buenos Aires” al comprobar que el distrito de San Telmo en el plano está a escasamente un centímetro de escala del corazón ya aludido de la ciudad, y sin embargo bien recuerdo que el recorrido en autobús no dejaba de cubrir varios kilómetros. Imagine el lector las distancias hasta los diversos barrios inmediatamente contiguos, digamos, La Boca, Flores, Retiro, Palermo, etc. En el restaurante me vi sentado a una mesa rectangular con tres mujeres: dos brasileñas y una alemana. No sé de quién partió la iniciativa, pero el caso es que conservo una fotografía, de esas de consumo turístico, en blanco y negro, con mis tres compañeras de excursión. Una de las brasileñas -- su rostro y la parte de su chasis que recoge la foto lo atestiguan -- me dio la impresión de mujer apasionada y volcánicamente ardiente. La alemana, bastante mayor, supongo que más o menos de mi edad, era regordeta y potente; tenía ganas de aventura y me tiró los tejos más de una vez; pero el hecho es que yo miraba a la brasileña, intentando por mi parte calibrar su valía con la de

sus demás compatriotas de quienes yo me había separado tan sólo unos días antes. Más mal que bien, pero la verdad es que estaba suficientemente follado de Alejandra tres días antes y me encontraba algo cansado. Así que desistí de hacer cualesquiera abordajes; pero lo que sí que me propuse fue desembarazarme de la alemanota, y ello fue que cuando la guía nos preguntó que dónde queríamos ir después de la cena, si a una exhibición de tangos o al show “Michelangelo”, yo me callé, decidido a optar en el último instante por el lugar distinto del que eligiera la teutona. Y así fue. El autobús llegó al establecimiento de los tangos, y nuestra amiga, que había expresado su voluntad de quedarse allí contando con que yo también la acompañaría, conforme terminaba de bajar del autobús se vio sola porque todos los demás aseguramos entonces nuestra preferencia por el otro espectáculo. Fue una mala pasada, lo comprendo, pero una mujer mayorcita con furor uterino puede resultar una carga insostenible. Probablemente con la brasileña hubiera yo tenido éxito, pero...

Regresando por un momento al restaurante “El Poncho Argentino”, mientras cenábamos, había reparado yo en una mesa algo alejada de la que mis compañeras y yo ocupábamos. En aquella mesa había un grupo de seis o siete personas, pero entre las que destacaba inequívocamente un chico joven, con pinta de americano USA, a lo Troy Donohue, vestido con chaqueta blanca de “smoking”, o como dicen ellos, “evening dress”, con pajarita. Sí, seguro que era norteamericano USA, porque además capté alguna palabra o frase con la impronta inconfundible del inglés gringo. Estaba entre medias de dos chicas vistosas, atractivas, francamente bonitas: una de ellas, la que parecía más bajo la órbita conversacional del muchacho, contestaba en inglés con parquedad elementalísima a las intervenciones de su

acompañante. ¿De dónde serían? La otra chica, la que no hablaba y que asimismo flanqueaba uno de los lados del yanqui, era igualmente bonita, nada espectacular, pero bonita, de un rubio tostadito muy grato a la vista. Dejo la consignación de este dato que podría haber resultado absolutamente neutro de no haber sido porque al llegar a la “boite-teatro” Michelangelo quiso el puro azar que cayésemos prácticamente juntos, alrededor de la misma mesita. Las brasileñas se habían desglosado: me pareció entender que sólo habían contratado la cena y el “sight-seeing trip” de noche, y que se habían retirado. Así que del grupo de cuatro comensales en origen, tan sólo quedaba yo; y ahora, por coincidencias organizativas, me había tocado compartir espacio con aquellos otros participantes de la excursión...

Pero antes, alguna palabra sobre el “show”. La boite aquella pasaba por ser la más internacional, la mayor, la mejor, la más ostentosa... la más de todo, de toda Argentina. Se trataba ciertamente de un lugar amplio, uno de esos espacios habilitados para ‘varietés’ y que la industria del turismo explotaba a tope. Mediante la modalidad del *show* y un vaso de agua azucarada con burbujas, o poco más, incluido en el precio, el local se llenaba de forma inmisericorde, hasta los toques, de gentes provenientes de las numerosas agencias que tenían convenio de asistencia con la empresa. Aquello comenzaba a poblarse y era cuestión de cerrar los ojos y visualizar lo que podría ocurrir en caso de incendio, por ejemplo. Recuerdo que en París, en el verano de 1973, durante el par de días que allí paramos Carmita y yo, de paso para Inglaterra, también desde el hotel nos enrolamos en una excursión nocturna de París, en la que se incluía un espectáculo y la típica copa de... champagne o lo que fuere. En aquella ocasión se trató de “Le Lido”, uno de los cabarets o “music-halls”, probablemente junto con “Folies...”, de

más raigambre y predicamento de toda Francia, que es tanto como decir del mundo entero. Pues bien, estando allí dentro recuerdo que me acometió un arrebató de claustrofobia como jamás en mi vida lo había experimentado, ni como nunca ya jamás volvería a experimentar. Se trataba de que allí metían a una cantidad increíble de personas, calculando tanto los decímetros de espacio como los virajes y esquivamientos que los camareros ejecutaban cargados con ocho copas de champagne en cada mano, y todas conteniendo la cantidad estipulada de líquido, gota más, gota menos. No de otra forma podía ser aquello rentable, a un precio que sobre el papel, en el paquete total de la excursión le parecía a uno cualquier cosa menos exagerado. No se me olvidará nunca, jamás, nunca aquella masa de gente ocupando exhaustivamente, centímetro a centímetro, el local de “Le Lido”. A mí y a mi compañera nos habían colocado en una posición intermedia desde la que, sin embargo, y en caso de producirse tan sólo una alarma de fuego o de estrago advenido, tendríamos como unos veinte metros y más de 500 personas que superar para alcanzar el acceso a la salida correspondiente. Se me representó vívidamente el panorama de morir aplastado, asfixiado, pisoteado, comprimido, quebrado..., y lo pasé muy, pero que muy mal. Lo de Buenos Aires no era igual pero se le acercaba. El truco no podía radicar más que en el hecho de hacer reventar de cuerpos el salón; colmarlo hasta los bordes... y ya se sabe: es preferible vender mil unidades al precio de equis, que cien a cinco equis. El “show” incluía un poco de todo: música de tango, baile de tango, danza, escenas gauchescas, malabarismos. Pero lo más “argentino”, lo más espectacularmente fatuo e hinchado era el presentador, un señor entrado en años que micro en mano derramaba toda la jactancia pueril y rimbombante, pedantesca y esquizofrénicamente

esperable de un porteño. Lo de menos -- con ser mucho -- era que nos dijese que el show que él presentaba pasaba por ser el más importante *del mundo*; he dicho bien del mundo. Menos mal que no añadió... “y parte del extranjero”. Lo más pringoso era su forma de hablar y de mirar al público, como si el contenido de su discurso, quiero decir, de las sandeces estereotipadas de sus valoraciones, continuase su recorrido de triunfalismo incontestable en el reto mudo que su mirada imponía entre los que allí estábamos presenciando *la cosa* ...

La hermana de la que parecía la interlocutora más cualificada del chico yanqui, al ir a acomodarse en su sillita -- porque el espacio no daba más que para mini-sillas -- no encontraba la forma de hacerlo, y yo, que había tomado posesión de mi sitio un minuto antes, la ayudé a separar la mesa, a expedirla el camino y a acercarla el pequeño asiento. Suficiente presentación. Teníamos que estar de todas maneras juntos, casi pegados, así que aquellos extremos de cortesía venían sobreentendidos. Les dije que era español. Ellas eran hermanas, de Guayaquil. “Oh, Ecuador, Guayaquil!” -- dije yo por decir algo. No, nunca había estado; aquélla, la presente quiero decir, era mi primera visita a Suramérica... Pues claro que tendría que ir a Ecuador, sobre todo si la muestra de feminidad y atractivo que ellas encarnaban prevalecía en su país... El muchacho yanqui, con un tremendo parecido, ya lo dije, al artista Troy Donohue, era un guaperas, simpático. No hablaba más que inglés, lo típico, lo esperado, y su interlocutora le correspondía con unos recursos elementalísimos. Parece que se habían conocido hacía un par de días, y que el señuelo de que el chico le ayudase a la ecuatoriana a buscar un empleillo, un entretenimiento, al menos por una temporada en los USA, les había agilizado su simpatía mutua. Impera en mi conciencia un

olvido absoluto de sus nombres, tan de trámite debió de parecerme mi encuentro con ellos. ¿Podríamos llamar Mark al chico; Ana a su amiga; y Rosa a la hermana de Ana? Pues venga, así quedan. A lo largo del show Rosa me pidió que la acompañara a los lavabos: probablemente cumplía con su cuota mensual de feminidad. Fueron dos, justamente dos veces las que se encaminó hacia el toilette y yo me presté a escoltarla. Era tan poco, tan endeble el pendúnculo de complicidad que me unía a ella que no me resolvía a pedirla que nos fuésemos de allí [verá el lector unos cuantos lances más adelante que Mark, no sin parte de razón, me lo echó en cara]; no, no lo hice; probablemente pudo en mí más la estética que otra cosa, si es que yo me paré a dilucidar el papel que la estética podía jugar en aquella coyuntura [Luego, muy poco después, Mark me haría saber que lo esperaba]. Terminado el espectáculo, Rosa y yo, por exclusión, como desecho de tiente de protagonismos, formábamos pareja, tan de circunstancias. No, no contaba yo con una base de despegue medianamente aceptable ni siquiera como para romper la lámina de incumbencia que separaba el limbo de Rosa de mi normal y constante disponibilidad para la aventura. Mark y Ana se dijeron lo que tuvieran que decirse; y yo me despedí de Rosa... en un sentido de, bueno, puesto que nos habíamos encontrado por puro azar, no tenía sentido la despedida, y que tan operativo era decir “hasta luego”, hasta mañana, hasta siempre o hasta nunca.

Mark y yo nos quedamos solos. Me dijo que era abogado. Me dijo que esperaba que yo me hubiese llevado “por ahí” a Rosa, con el fin de haberse podido quedar él a solas con Ana. No le faltaba razón. “Divide and conquer” -- divide y vencerás -- hasta se animó a citarme. Nos caímos moderadamente bien el uno al otro. Me dijo también que él abrigaba esperanzas de que

Ana se acostara con él en el término de uno o dos días. Me dijo que le acompañase a tomar un *güisqui* por un bar de aquellos; pero resulta que después de tomarse el tío no uno, sino cinco o seis, servidos directamente de una botella con rayitas marcadoras del consumo, Mark se encontraba bastante beodo; y lo peor del caso es que sólo llevaba tarjetas de crédito que no aceptaban en aquel establecimiento. Tuve que pagar yo sus güisquis y mi vaso de leche. El hombre, con suficiente raciocinio a cuestas, me dijo que al día siguiente, bueno, dentro de unas horas, puesto que ya era de madrugada, que había quedado con Ana en la boutique del Hotel Sheraton a eso de las 12:00; y me pedía que me dejara caer por allí, un poco antes, para hacernos los encontradizos una vez que Ana apareciese; que tal vez Rosa acompañaría a su hermana y entonces podía yo intentar algo, al tiempo de liberarle a él de la carabina. Así quedamos. Le metí en un taxi, y yo tomé otro para el Columbia.

Martes 21 de marzo. No bien recuperado del todo de aquellos dos trasnochones consecutivos, a las 12:00, un poco antes, según lo acordado, me dirigí a la boutique del Sheraton, sita en su planta baja. Fue fácil encontrarnos, aunque el acento que puso Mark fingiendo la casualidad me pareció suficiente para que hubiera suspendido la primera prueba de arte dramático. Ana no sospechaba nada y Mark, allí mismo, comentó lo que había pasado: que la noche anterior nos quedamos charlando y tomando una copa; que había pagado yo su fiesta y que él pensaba dejarme lo que me debía en mi hotel Columbia esa misma tarde; pero puesto que nos habíamos encontrado... que, a ver, eran \$ 15.- USA, que hacen... Me entregó la equivalencia en pesos y asunto zanjado. Pregunté por Rosa y me dijo Ana que se encontraba en la cama; que sus “periodos” la duraban dos o tres días y que era de todo punto imposible contar con ella. Pretexté

cualquier cosa, me despedí de mis amigos y creo que regresé al hotel. Probablemente de aquel encuentro, volandero y desarraigado donde los haya, naciera mi curiosidad por visitar Ecuador, ¡yo qué sé! Me quedaban dos noches más de estancia y si acaso, únicamente y con toda seguridad había hecho idea de telefonar a Delfino y saludarle..., cosa que, ¿para qué dejarlo para más tarde?, hice nada más llegar al hotel. Marco y... un ¡hola! en voz femenina al otro lado de la palabra, seguido de un “casa del ingeniero Delfino”. Bueno, al menos no me había equivocado. Se trataba de su mujer. Le dije quién era y que iba a estar un solo día más en Buenos Aires. Me parece que ella, aunque con tanteos y vacilaciones sabía de mí; no en vano en Passau a Héctor Germán le había llevado en mi coche una infinidad de veces... Sí, sabía de mí. Me dijo que por favor, que si me podía llamar por la noche, porque su marido no estaba; que en principio les gustaría invitarme a cenar, y que tenía que saber con toda seguridad los planes de Héctor. Yo, encantado, de acuerdo. Por la noche a partir de tal hora yo debía estar ya en el hotel; así que hasta entonces...

No tenía ganas especiales de hacer nada especial. Insisto en que, una vez visto a mi primo, nada me retenía; mi billete del jueves para Santiago de Chile seguro que se debió a la magnífica conveniencia de que se trataba de un vuelo directo, sin escalas, y por la mañana. De ahí que consumiese un día más en Buenos Aires. Así también, me decía, cumplimentaba una visita a alguien, a cuyo través acaso hiciese yo acopio de algunos datos nuevos para enjuiciar la realidad argentina. Llevaba entre los papeles de direcciones la de un tugurio o garito que me había dado Angelito Hernández en Alcalá. ¿De qué se trataba? No lo sabía entonces. Entendía yo que era una cervecería, o una casa de tangos, con chavalas de alterne. Parece que tanto él como

Fernando Bartolomé conocían allí a los responsables del negocio, y en cualquier caso, bien Ángel, bien Fernando me habían sugerido que si alguna vez me encontrase yo en Buenos Aires, y tal era el supuesto, que no dejara de pasarme por allí, les llevara sus recuerdos, y que al mismo tiempo me procurase contactos, bien, ... ya se sabe, respecto de niñas, “minas” que dicen allí, *achá*, y cosas por el estilo. Una vez más: necesidad, ninguna; ganas, escasas; curiosidad, la suficiente. Cogí un taxi y me trasladé hasta el sitio. Creo que estaba por la Avda. Rivadavia arriba, en dirección al distrito Flores. Llegué. Ya no me sorprendió la pinta de cuchitril cochambroso y depauperado del local. Había allí unos hombres ensayando como piezas de música, y el establecimiento podía pasar por cabaret, casa de putas, cervecería o algo parecido, pero dentro de dicha calaña. Mis credenciales eran muy endebles: presentarme como amigo de alguien a quien acaso no conocían; o dijeran que no recordaban, con el fin de zafarse de patrocinios y de cheques en blanco extendidos a un forastero. Pero sí, alguien de aquel grupo llamó a una mujer que después de mirarme, calibrar mi aspecto pacífico y mis intenciones curiosas, y sobre todo y siempre no pidiendo nada sino dispuesto a dar, dar dinero, se entiende, pues en vista de eso se dignó ser algo más comunicativa, y me dijo saber de lo que yo estaba hablando. Hasta me enseñó una fotografía en la que supuestamente aparecía el bueno de Ángel..., bueno, sí, podría pasar por él. Uno de los hombres, un poco más tranquilizado ante los títulos de credibilidad que la foto en que aparecía Ángel prestaba respecto de mi persona, ya, en actitud sebosa y zalamera me preguntó si me pensaba quedar “un tiempito” por “achá” (por allá). No sé lo que le dije. Me dio todo malísima impresión, de decrepitud y abandono. Aquella gente parecía esperar a alguien, a cualquiera que llegase de fuera para

desplumarle. Me despedí de todos los que había en aquel tugurio de la manera menos comprometida que pude, y me marché al hotel, ya de recogida. Nada más entrar en la habitación suena el teléfono. Era, de nuevo, la mujer de Héctor: Que había hablado con su marido; que todavía no había llegado a casa pero que la había encarecido comunicarme que estarían encantados de tenerme a cenar con ellos la noche siguiente; que Héctor pasaba a recogerme..., a lo cual me negué rotundamente; ya daría yo con el sitio, sobre todo tratándose de una dirección fácil y yendo en taxi! Muy bien. Quedamos para el día siguiente. Eso fue todo.

Miércoles 22 de marzo. Sobre el mediodía de aquella jornada que iba a ser la última en Buenos Aires de aquel primero... y único viaje mío hasta la fecha, sí, antes de la hora de comer me encontré con una chica que había estado en Granada y que era amiga del gran Antonio Enrique. No quiero ser cruel con la solidaridad, ni mucho menos conmigo mismo. No recuerdo su nombre, ni recuerdo tampoco si ya nos habíamos visto en Granada. Creo que no. Creo más bien que se trataba de alguien, metida asimismo en estos tejemanejes de la literatura, que había permanecido una buena temporada en España; que encontrándose en Granada había tomado parte en un congreso o conciliábulo de escritores jóvenes, o monsergas así; y que al saber A.E. de mis intenciones irrevocables de visitar Buenos Aires, me había dado su dirección, y acaso su teléfono, aunque esto último lo dudo. Puedo asegurar que busqué el número y que la llamé temprano dicha mañana del miércoles. No estaba. Se puso su madre y me dijo amablemente que... su hija no estaba pero que a tal hora estaría. Ni siquiera quise yo incomodarla con la sobreentendida onerosidad de que me llamara ella, mediante el señuelo de hacerles creer que tenía algo importante que comunicarla de sus amigos de Granada. No. Quedé en volver a

llamar yo, y así lo hice. Esta segunda vez sí estaba [Mientras esto escribo me estoy comprometiendo yo mismo a rebuscar en alguna agenda de direcciones antiguas, de las ya abandonadas en casa por inoperativas, y ver de distinguir el nombre de la chica]. Hablar de España, de Granada, de A.E., y de poesía expeditaron la comunicación y propiciaron un tono menos distante y áulico del que en un principio me pareció captar. Por supuesto, mi mayor garantía y credencial era “Bueno, ¿y a mí, qué?”. La cuota de españolidad y de europeísmo que yo representaba entonces en Argentina me colocaba muy... por encima, muy en predios de selección y de calidad si comparados a los de toda aquella gente. Así que yo lo veía muy claro. Si alguien tenía algo que ganar eran ellos; yo sólo podía perder tiempo y humor poniéndome a su altura y siendo condescendiente con ellos. Con estas premisas y porque aunque no tuviera nada que ganar, tampoco tenía mucho que perder..., convine en verme con ella en la misma Avda. Corrientes a la que dijo tener que desplazarse con el fin de comprar algo. Nos encontramos en el lugar y a la hora previstos.

Se trataba de una chica menudita, ni guapa ni... no guapa; menudita; universitaria, culta con arreglo a los parámetros argentinos -- a eso voy. La llevé recuerdos de A.E. y de los demás amigos de Granada. Paseamos durante una hora o así por la Avda. Corrientes, y lo que hablamos vino a servirme de perfecto ejemplo de lo que otros argentinos y argentinas, en foros diversos e impensados, respecto de temas igualmente variados, me han ilustrado casi siempre, a saber: la tremebunda cultura de falsete de que se aqueja ese pueblo. Si se habla de traducción poética -- tal fue mi caso -- ellos se sienten ofendidos si se les pregunta si alguna vez en su vida han traducido algo, lo que sea, aquello por lo que más rabia sientan. ¿Cómo? ¿Preguntarles a ellos que si han traducido? ¿Con quién se cree

uno que se está hablando? El intelectual argentino pontifica hasta la extenuación sobre las “maneras de traducir”, todo en plan teórico, gaseoso; aunque en su vida haya traducido nada. Bueno, pues tal era el caso de mi amiga respecto de las cuestiones literarias que abordamos. Ella no parecía haber leído una sola página de nadie, quiero decir de la fuente primaria y directa de que se tratase, de la obra original; todo se le iban en teorías de tal sobre cual, de refritos sobre refritos. Es curioso: la pseudo-cultura de estas gentes, incardinada en y representada por la persona de mi amiga lo entendí como un fiel trasunto de la bobería inflada, del fatuo “gaseosismo” [a ver si tengo suerte y acuño el término y me lo admite la RAE] que lastra a este pueblo. Parecía estar escuchando las palabras de Ortega proferidas más de medio siglo atrás: “Argentinos, a las cosas, a las cosas... Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos” (“Meditación del pueblo joven”, *Obras completas*, VIII, pg. 390) Pues así era. Con todo, sentí que había realizado un acto de decencia y de cortesía saludando y encontrándome con nuestra chica, la señorita licenciada.

Dejé transcurrir lo que faltaba de día hasta mi cita con la familia Delfino. Ya no me quedaba prácticamente nada por hacer. Mi encuentro con Jorge había marcado “the highlight” de todo mi viaje, y el resto eran flecos de contingencia convivencial: el último, el que me aprestaba a complimentar. A la hora prevista me presenté en su casa. Héctor estaba muy bien, con la misma complexión que cuando Passau. Su mujer... (se me centrifugó irremediamente su nombre, pero tengo propensión intuida por Anabel) se había puesto un vestido largo para cenar. Yo llevé un ramo de rosas. Héctor tenía una niña ya de unos nueve años, educada y graciosa, que estuvo con nosotros buena parte del tiempo. Cuando se despidió para acostarse, su madre la

instó para que me diera un beso, cosa que la chiquilla hizo de manera muy diligente y con una demostración personal de beneplácito. Anabel había montado la mesa con cierto protocolo: velitas, vajilla esmerada, buen vino. Héctor..., estoy seguro que le tuvo que hablar altamente, elogiosamente de mí. Nuestra conversación se hizo cálida y fluida. Respecto de la situación social Héctor me hizo ver que sólo los que se hubieran metido en asuntos de política “pura y dura”, inestabilizadora, habrían tenido que responder de sus cargos. Los demás, como él por ejemplo, jamás habían sufrido la menor molestia. Me comentaba que Argentina carecía de infraestructuras: entonces, en aquellos momentos, con el Mundial de fútbol acercándose, se estaba lavando la cara a lo más imprescindible, pero que se hallaba todo hecho una pena. Abundaba en la creencia de que cosas como ir por la calle y que le disparasen a uno desde tal o cual sitio, por ejemplo, a estilo “montonero”, antes de poner orden,... pues que no podían terminar en nada bueno. Héctor trabajaba para una multinacional, y lo mismo que la mayoría en condiciones parecidas, cobraba en divisas. El valor del peso argentino le era indiferente. Si por un dólar USA le habían dado hoy cinco pesos más que ayer, lo que quería decir es que tal era justamente la subida que había experimentado los precios y el mordisco de la inflación.

Fue una cena agradable, cordial. En mi caso concreto Héctor se sentía en deuda y conforme a ese criterio se comportó. Anabel al despedirse me dio un beso muy cálido, muy de saber que su marido no había invitado a alguien cualquiera sino a un espécimen probablemente cualificado. Héctor insistió en llevarme de vuelta al hotel, y esta vez sí me pareció razonable aceptar. Disponía de una espaciosa plaza de garage en el propio inmueble o bloque de pisos, y su coche era un modelo Fiat, de

tipo medio, casi nuevo. En suma, un status elevadamente minoritario para lo que se cocinaba en el país. Cuando nos despedimos nos pareció transmitirnos mutuamente una sensación de congruo agrado por el curso y el tenor de nuestras incumbencias compartidas. Nos dimos un abrazo y nos separamos.

Jueves 23 de marzo. Esto se ha terminado. Presiento que mi partida de Argentina va a ser para no regresar. Geográficamente Brasil, Río, quedaba mucho antes y su ambiente y atractivo hacían de lo que había visto en Buenos Aires una verdadera birria desdeñable. Mi gran aventura de empatía y curiosidad vivencial con Jorge se había llevado a cabo a plena satisfacción, y por ese lado no había nada que objetar. Mi visita había sido un éxito y nada más podía pedirse. Ahora me faltaba Chile como cota más ulterior de este mi primer viaje a Iberoamérica. Se presentó Carlos el taxista a la hora acordada la noche anterior. Debió de pensar el hombre que no era bastante la ganancia que le había yo propiciado por medio de Alejandra, la putita que me proporcionó, y al ir a pagarle la carrera me dice que los precios estaban subidos *desde el día anterior* un 20%. Sobraban unos cientos de pesos por arriba para completar el cambio que debía darme de un billete, y le dije: “Quédate con todo, hombre, a ver si así sales de pobre”. Ya en el avión para Chile me arrepentí de haber ensayado aquella forma de humillación. Se lo merecía.

Isabel Undurraga: Santiago de Chile, marzo 1978

Fue una deferencia rutinaria, supongo, por parte del capitán de nuestro vuelo Buenos Aires-Santiago de Chile el llamarnos la atención sobre la perspectiva, allí hacia la derecha, que se nos ofrecía del Aconcagua. Antes de eso, lo único digno de fijación, quiero recordar que se trataba de Mendoza, la ciudad argentina al pie de los Andes, como si se hubiera caído rodando desde lo alto de las cimas, faldas abajo, hasta quedarse asentada allí, desparramada. Los Andes, como tantas otras realidades, nos eran familiares desde nuestra más temprana infancia; eran parte de la Hispanidad geográfica, y por los libros de Primaria éramos capaces de dejar caer media docena de nombres, porque de eso se trataba, sólo de nombres, de cumbres, conformasen o no volcanes más o menos extintos o no. Desde la increíble peripecia de aquel célebre avión uruguayo y la supervivencia de algunos de sus ocupantes unos cuantos años atrás, los Andes habían cobrado una significación de cercanía vivencial, tanto para el público inglés como para el español, sobre todo por el libro de un tal Paul, *Alive*, y la subsiguiente traducción al castellano, *Viven*, además de una primera película sobre el tema producida en Méjico. No ya los Andes y en particular su cima más eminente, el Aconcagua, eran objeto de la recreación de mi conciencia ahora, sino también la secuencia mitad objetiva, mitad imaginada, de lo que aquellos viajeros tuvieron que pasar allá arriba -- allá abajo, si medido desde el avión -- en un embudo de alturas de entre las cuales el nombre Tinguiririca parece haber incorporado mayor protagonismo. Inútil hubiera sido pretender ni siquiera una aproximada precisión de dicho punto desde la ventanilla de mi asiento. Tampoco era cosa de incordiar a... ¿quién?, la azafata, tal vez; o al segundo de a

bordo; o al mismísimo capitán. Cualquiera de los modernos jets mantenían su curso y su velocidad de crucero a una altitud rutinaria de alrededor de 10,000 metros, mientras que el avión fletado por aquel grupo de rugby uruguayo con destino asimismo a Santiago, aunque se tratara de una buena máquina parece que contaba con capacidades algo justas, casi menguadas a la hora de remontar con holgura la cordillera, y menos tratándose, como al parecer se trató, de hacer frente a una tempestad. No, no era posible pormenorizar sobre aquella sábana blanca picuda e hinchada el punto que pudiere corresponder al del impacto de la aeronave de nuestros héroes. Así que volví a mirar al Aconcagua que ya lo íbamos dejando atrás y me preparé para la aproximación, cosa de media hora más, al aeropuerto de Pudahuel.

¿Por qué y para qué viajaba yo a Chile? Ambas tonalidades de la misma pregunta convergían en una idéntica instancia; y es que había hecho idea de ello y a partir de ahí se sobreentendían por abundantes y sobradas las motivaciones. Había, eso sí, un dato o plataforma concreta de referencia, de excusa argumental. En noviembre de 1977, y con ocasión del Examen de Licenciatura de la carrera de Derecho, había yo coincidido con Eduardo Martín Letelier, joven chileno que llevaba en España varios años, concretamente en la Costa del Sol de Andalucía, y que estaba dando remate a la carrera de Derecho en Granada. Pero quiero aún recordar que antes de aquel encuentro formal, en el que formamos equipo para realizar el caso práctico jurídico en el que se fundamentaba la parte escrita de nuestra prueba, sí, antes de aquella circunstancia en cierta manera protocolizadora de una premisa de amistad, antes de eso, digo, y en sus venidas a Granada para tal o cual examen de alguna materia ya de quinto curso, final, liquidadora de la

Licenciatura, se había hospedado Eduardo una o dos veces en el Hostal Versailles, de la Plaza de Gracia. Con un hombre como él era muy fácil y muy gratificante entrar en conversación. Su padre era burgalés y llevaba en Chile treinta y tantos años, prácticamente desde después de nuestra guerra civil; su madre, chilena. Pocos apellidos más araucanamente, más absolutamente chilenos que Letelier. En aquella época heroica del Hotel/Hostal Versailles es el caso que Eduardo y yo coincidimos y que charlamos de viajes. Yo le hice saber que una de mis “asignaturas pendientes” era conocer Iberoamérica y, ¿por qué no?, Chile como país más alejado y más... exótico dentro de las nomenclaturas en clave hispánica. Chile, el vencedor de la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia; el experimentador del socialismo de Allende que no llegó a cuajar; con su vecina pero nunca amiga Argentina..., Chile, albergador de una autocracia golpista de corte militar... Baste decir que a nuestro primoroso y romántico cantante Camilo Sesto, por haber aceptado ir a actuar en Chile, la progresía indocumentada lo llamó Camilo-chet!

A Eduardo le pregunté por Chile, bien lo recuerdo, mientras esperábamos el veredicto que de nuestros ejercicios escritos del Examen de Licenciatura hiciera público el benemérito y bondadosísimo don Antonio Mesa Moles, que oficiaba de Presidente del Tribunal de tres miembros; veredicto que, por lo que se refiere a aquella parte que hubiera supuesto, siempre en teoría, el farragosísimo trámite de leer cada uno de nosotros el examen, ... consistió en una amnistía general. Sentados en uno de aquellos pupitres corridos, descalabrados y renegridos de una de las aulas de nuestra Facultad de Derecho, Eduardo me comentó que Chile en aquellos momentos gozaba de estabilidad ambiental en todos los sentidos turísticos y viajeros, sin hacer ninguna cala de intención política ni ninguna otra

valoración que no entrara en consonancia con mis indagaciones de tipo general y relativas a alguien que, cual yo, deseara llegarse hasta allí. Me dijo que las cosas funcionaban correctamente; que los hoteles mantenían un standard aceptable de calidad, y que estaba seguro de que yo tendría motivos de alegrarme de haber visitado su país si, como parecía mi intención, me decidía. Como bonificación a sus palabras, y aun dudando mucho de que yo me sirviera de nada que no fuese mi propia iniciativa, mis propios recursos, y mi tendencia a ir por libre completamente, el bueno de Eduardo me dio la dirección de su casa, y su teléfono; y hasta casi se atrevió a asegurarme que “sus hermanas”, sin especificar nada más, ... que sus hermanas estarían encantadas de conocerme y de acompañarme.

Pues bien, con aquel bagaje de expectativas premonitorias, que era tanto como decir que por el solo impulso de mi iniciativa y de mi curiosidad, era como yo me encontraba viajando hacia Chile, habiendo dejado detrás de mí seis primeros días gloriosos en Río, y otros segundos seis días, tan especiales, de Buenos Aires. Ahora, aquel 23 de marzo, jueves, de 1978, mientras miraba ya rebasado el cono nevado del Aconcagua, y mientras pensaba en la portentosa hazaña de supervivencia del grupo de uruguayos en el Tinguiririca..., mientras todo eso me pasaba por la mente, quise no pensar en nada y prepararme nada más, nada menos, para el descenso hacia Santiago y eventual aterrizaje en Pudahuel. ¿Cuántas veces he dicho eso de que los países huelen; de que su aroma se traduce en palabras, y de que la impresión original que nos causan puede medirse por el peso que trasladan al corazón nuestro? Pues así con Chile nada más llegar a su aeropuerto de Santiago. Las miradas y las sonrisas de las primeras mujeres con quienes me crucé, o con las que tuve que intercambiar las inevitables frases de rigor administrativo ya

me predispusieron positivamente. Si Argentina me olía a tufo de entontecimiento y vanagloria general, Chile, quiero decir, lo que me dio tiempo a percibir en tan subitáneo aunque compacto golpe de vista, me pareció más cordial, dentro de una modestia aseada, de una compostura más espontánea, mucho menos envanecida que la de los argentinos. Pasadas las rondas de encuentros con las mujeres que serán del caso en los primeros días, y que el lector está a punto de comprobar, mi espíritu comenzó a trazar unas rayas de conexión entre Chile y nuestra vecina Portugal. En uno y otro caso mi alma percibiría que sus gentes adoptaban una actitud de esperanzada curiosidad por todo visitante que se les acercara, que les viniera de lejos. Portugal, con el Atlántico por fachada, alimentador de lejanías imposibles plasmadas en fados saudadosos; y Chile, encajonado entre la más alongada de las cordilleras y el mayor océano del planeta, no podía por menos de mirar con expectación, de otorgar el beneficio de la duda a todo aquel que se hubiera decidido a trasladarse hasta su tierra, superando tan abultadas coordenadas de espacio y tiempo. De todo ello seguiremos hablando.

Por consideraciones que ahora escapan de mi escrutinio, es el caso que me hospedé en el Hotel Foresta, un tres estrellas de características algo singulares ya que se había construido sobre el armazón original y apenas retocado de otro inmueble anterior, de forma que algunas de las habitaciones carecían por completo de semejanza con las correspondientes contiguas en lo tocante a diseño. Sin embargo, me gustó. Me asignaron una pieza del primer piso al que había que acceder por una escalera algo angosta. La planta baja se destinaba a servicios de administración; sala de cofres de seguridad; Recepción, etc. Los términos “señor” y sobre todo “caballero” se usan aquí mucho para referirse a personas tanto presentes como no. El dólar USA

parece que recibe un cambio bastante estable de 30 pesos chilenos. Por lo que me dicen en el hotel se puede pagar directamente con \$ USA en cualquier parte. Las camareras del hotel, vestidas de azul, son atractivas en extremo. No me atrevo aún a pasar a definitivos mis juicios sobre lo que llevo vivido en Chile en aquellas primeras horas, pero la impresión es óptima, sobre todo por comparación con Argentina. Era alucinante enfrentar una y otra realidad. Acababa de salir del país vecino donde [siempre con la excepción de mi encuentro con Jorge que por su unicidad irrepetible no cabe en ninguna nomenclatura valorativa] tanto las personas como las instituciones me habían transmitido una sensación de agotamiento empalagoso de lo que, acaso, no lo pongo en duda, hubiera constituido el mayor timbre de gloria en otro tiempo, pero que en la actualidad había devenido obsoleto e inoperante. En Argentina todo olía y sabía a viejo. Y Chile, no obstante, con muchos menos recursos; con un tercio de la población de aquélla, se había dado maña, o al menos así me parecía a mí apreciarlo, a presentar ante los ojos del viajero, yo en este caso, un panorama de atrayente cordialidad, de simpatía.

Debí de llegar al hotel a eso de las dos o las tres de la tarde. Decidí para esa misma noche enrolarme en una excursión de Santiago lo más completa posible, y así lo hice a través de los servicios del hotel. A la hora oportuna un mini-bus de la agencia contratada llegó para recogerme. El equipo de apoyo turístico se compone de tres chicos, uno sirviendo de chófer, y los otros dos como guías propiamente dichos. Para sorpresa y agrado míos resulta que en aquella ocasión era yo el único viajero. La agencia, sin embargo, desplegaba todos sus servicios como si el mini-bus se hubiera llenado. La excursión comprendía un recorrido variado y general por Santiago, ciudad que al acumular

mis impresiones de ahora a las de unas horas antes al venir del aeropuerto, me pareció bastante extensa, por ausencia de grandes bloques de rascacielos, aunque compacta, sin nada comparable a las vastas magnitudes de Buenos Aires. Me llevan a la enoteca, recuerdo que una edificación muy al estilo rural pero con refinamiento y buen gusto, en una eminencia desde la que Santiago ofrece una buena vista nocturna. Allí probé un par de sorbos de vino. Chile es un gran productor de fruta en general, y de uva en particular: de ahí la excelencia de sus vinos. De la enoteca me trasladan a la sala de fiestas o de espectáculo típico chileno “La Ermita” en la calle Catedral, en pleno centro. Me doy cuenta de que mi situación de viajero único de la excursión a cargo de aquella agencia me permite saborear los detalles con excepcional intensidad. Cualquier cosa que se me viene a la cabeza sólo tengo que preguntársela a mis guías. Me entero de que la propina está legalizada. Sigo constatando en todos los ademanes de las mujeres un predominio de la sobriedad con un toque de melancolía: mi hermanamiento improvisado de Chile y Portugal en razón de las meditaciones que necesariamente tiene que comportarles su vivir enfrente del mar, teniendo a sus espaldas una formidable cordillera, de un lado; y a Castilla, de otro, respectivamente..., va cobrando fuerza. Mi imaginación trenza teorías interpretativas de la idiosincrasia chilena en razón de lo, todavía, exiguo que he observado en el rostro de algunas de sus mujeres. Ausculto el grado de abordabilidad de mis guías y compruebo que son chicos despiertos y discretos. Les pregunto que si pueden proporcionarme una chica, sí, una chica para que me acompañe todo el tiempo restante de mi excursión, empezando por... ¡ya mismo!; o sea, alguien que quiera estar conmigo el resto de la velada en “La Ermita” y un rato más cuando la agencia haya considerado su cometido llevado a

término. No se me olvidarán los miramientos que puse en un principio para hacerles entender que se trataba de alguien que, sin desmerecer en su apariencia de señorita sociable y presentable, me proporcionase las naturales e ilimitadas prestaciones del caso. Mi cautela y mis recelos venían propiciados por el recientísimo precedente de Argentina donde por comparación con el también inmediato y anterior de Brasil, tan escasamente parecía haber evolucionado la desenvoltura para este tipo de situaciones. Pero Chile no era Argentina, comprobaría yo para sorpresa y beneplácito míos. Por los condicionamientos sociales que fuere, o por las razones de idiosincrasia histórica de que pudiera tratarse, es el caso que Chile en aquellos cuatro días que entonces le dediqué, se me presentó como una ciudadanía mucho más receptiva, mucho más porosa y liberal que la de Argentina, y en el aspecto que aquí nos ocupa ya estaba yo empezando a constatar la veracidad operativa de dichos asertos. Los dos chicos se miraron entre sí como preguntándose si yo hablaba en broma; es decir, si yo instrumentaba tal cantidad de ingenuidad o de desconocimiento de la sociedad chilena, o ambas cosas, como para andarme con tales circunloquios y con tales cautelosas aproximaciones. Me dicen que van a telefonear. A los pocos minutos regresan y me informan de que una chica se halla en camino y de que llegará todavía a tiempo de cenar conmigo, si tal es mi deseo, y de quedarse ya acompañándome el resto de la velada...

Las “blind dates” o “citas a la ciega” entrañan el inevitable riesgo de que pueda o no coincidir, ni siquiera de lejos, la preferencia que cada cual esgrima en un momento determinado, con el criterio instrumentado por los demás. Yo recuerdo que hice especial hincapié, cortés pero enérgicamente, sobre este extremo; y que mis guías me dieron toda suerte de

garantías de que no había problemas; que la chica se marcharía sin ninguna contraprestación por mi parte si a mí no me parecía adecuada, sin entrar en detalles. Siempre se llega a una solución negociada dentro de la propia conciencia de cada cual, en el sentido de conceder un margen de credibilidad a los otros, a los que no son uno mismo: ¿Y si ellos conocen alguna cualidad de la chica que a mí nunca me hubiera sido posible detectar en circunstancias convencionales? Bueno, pues cosas así son las que hacen de estos temas realidades en que la expectación se combina en proporciones congruas con la flexibilidad y con el optimismo... Y eso fue más o menos lo que me ocurrió con Patricia, la chica que los de la agencia me facilitaron como compañera que yo les pedí. Patricia es como una mujer de Rubens: más bien rellenita y no muy alta, pero enormemente servicial, informativa y educada. Me da direcciones de casas de niñas de Santiago. Según sus cálculos hay unas 5,000 chicas que se dedican a dar compañía. Como dato curioso me dice que Robert Kennedy en su visita tiempo atrás fue a follar a uno de los sitios que ella me recomienda concretamente. Hago cálculos: cinco mil chavalas de alterne para una población de tres millones y medio, sale a 1'5 por mil. No es nada del otro mundo. Otra cosa es que tal mercadería se organice profesionalmente en pisos francos... y en establecimientos abiertos al público. Ya digo que la liberalidad de Chile en este aspecto lo ponía muy por encima del empantanamiento e inmovilidad de costumbres que aquejaba a Argentina. En "La Ermita" cenamos y presenciamos un show que contenía entre otros números "la danza del pañuelo" que en sucesivas visitas a Chile tendría ocasión de ver en plan más monográfico. Se trataba de un tipo... de corrido en que los bailarines, ellos y ellas, forman círculos, dejando caer y pasándose un pañuelo que viene a ser como el elemento ilativo

de la representación. Patricia me dice que una vez que ha salido de la casa donde está prestando sus servicios se queda conmigo ya hasta el día siguiente: que no hay problema con el hotel, ya que es costumbre institucionalizada que las chicas acompañen al cliente por la misma tarifa que si se tratara de un rato. Así fue: Ninguna pega por parte de los del hotel Foresta. Patricia se fue a la mañana siguiente no sin antes haberme informado de un montón de cosas. Recuerdo que me costó el equivalente a 7,500. Pts. de entonces, precio que encontré razonable.

24 de marzo 1978, Viernes Santo. He decidido ir a Valparaíso y Viña del Mar y dedicar el día entero a dicha gira. Con la información de Patricia y con la que me prestan en el hotel tengo bastante. Con toda seguridad la ida la voy a hacer en ferrocarril y la vuelta en autobús. Así que me acerco a la estación ferroviaria Mapocho. Allí, y antes de subirme al tren, veo a tres chicas, jóvenes, bastante bonitas, sentadas en uno de los bancos. Parecen universitarias o por lo menos colegialas de los últimos grados de la segunda enseñanza. No voy a tener tiempo -- me digo. Pero algo envalentonado por el ritmo que van tomando las cosas aun en el ... menos de un día que llevo en el país, me arriesgo a abordarlas. Sé que es azaroso, meritorio en extremo lo de abrir brecha así por las buenas, a palo seco, en tres colegialas con las que uno se encuentra en una estación ferroviaria, sin más actos previos, ni presentaciones, ni credenciales. Pero me acerqué a ellas, pretextando alguna pregunta boba y ociosa. Se llamaban Jennie, Rosa, y Ana. Iban a Valparaíso y nos subimos juntos al tren. Mi mejor recurso en estas ocasiones era intentar meter baza con alguna cuestión poética de Pablo Neruda, con la evidente azarosidad de que alguien con mente “pinochetista” a ultranza encontrase en la figura del gran poeta [muerto al poco tiempo de advenido el golpe militar, como recordará el lector] un

motivo más que sobrado para no dirigirme la palabra. Las chicas y yo ocupamos un compartimiento o módulo abierto de cuatro plazas. Pero ocurrió que una señora que había subido al tren después que nosotros no tenía asiento ya que aquella línea solía ser muy concurrida, y yo..., rumboso y sobrado de energías la cedí el mío todo el trayecto, que eran más de dos horas. La señora sí había conocido personalmente a Pablo Neruda y también estaba familiarizada con algo de su poesía. Yo invariablemente solía referirme a lo menos comprometido de él, sobre todo a alguna muestra de su *Veinte poemas de amor...* Las chicas me miraban con extrañeza como sin llegar a otorgarme una catalogación que les pudiera servir de hipótesis de trabajo, y por su parte, la señora me pareció portadora de cierta melancolía por las cosas que mi mención del nombre de Neruda parecían regresarle a su memoria...

El paisaje entre Santiago y Valparaíso, visto desde el tren, no es muy atractivo; más bien terroso, impersonal, algo hosco, falta de verde. El tren, regular; parecido al que cogí en Buenos Aires para ir a ver a mi primo. La sinuosidad del recorrido hace que la velocidad media no pase de los 60 kms./h., parecida a la española. Las tres amigas (o hermanas, que también pudo ser, aunque no lo recuerdo) se despiden de mí al llegar a Valparaíso. Acaso las sorprendí en demasía, como para tomarme en serio. Pero de una realidad sí que quedé yo bien traspasado en evidencia, y era que cualquier mujer chilena le concedía el beneficio de la duda a también cualquiera que como yo viniera desde tan lejos como España y no mostrara más actitud que la impulsada por las naturales y legítimas tendencias que forman la motricidad espiritual, la voluntad de un hombre en su saludable juicio. Estoy seguro de que con aquellas tres niñas podría haber yo soldado una incumbencia frondosa de contenidos de no

habernos encontrado en una circunstancia de fragilidad tan fluyente como la de un viaje, cada uno de nosotros compelido por la tiranía de horarios y de puntos de destino. Creo que hasta llegué a recitarlas el “Me gustas cuando callas”..., en parte porque es uno de los poemas nerudianos que me sé de memoria de principio a fin. Me despedí asimismo de la señora, la cual me repitió encarecidamente su gratitud por la cesión que le hice de mi asiento en el tren. Y me quedé solo. Contaba con tres o cuatro horas para vagar por allí. Me acerqué a Viña del Mar. Vi el parterre inclinado con el reloj de flores; los coches de caballos en el boulevard de palmeras; la Playa de las Salinas, etc. Viña del Mar, como apéndice de Valparaíso en su parte norte es la salida natural de Santiago en lo que a *glamour* turístico y veraniego se refiere: es como si dijéramos lo que Santander y Valencia, como dos modalidades de puerto natural, son para Madrid. En Valparaíso le dije a un taxista que me diese una vuelta panorámica por la ciudad, como a mí me gustaba hacerlo, sin bajarme del coche; y que me explicara cosas. Desde Cerro Alegre la perspectiva de curva de cimitarra que forman la bahía y la ensenada es realmente notable. Valparaíso es la primera salida hacia el mar de los productos chilenos. Ciudad relativamente pequeña en términos comparativos blasonaba del tráfico comercial portuario más importante del país. Los cuellos alargados de las grúas -- “grullas” asimismo, que no otra cosa significa el término inglés “crane” -- prestaban el aspecto activo al panorama. Como dije, la vuelta había decidido hacerla en autobús y hasta emprenderla me sobraban dos horas. Le dije al taxista que me recomendara una buena marisquería, no por lo cara, sino por la relación calidad/precio. Quería hacer una comida tardía, o una merienda-cena temprana y decidí probar el artículo por el que Valparaíso era conocido a nivel culinario

internacional. Seré breve: salí defraudado. Es algo tan simple como la constatación de que cada tipo de aguas propicia la formación, albergue y continuidad de un tipo de marisco cuya carne tiene un sabor distinto en cada caso. Recuerdo que en Valparaíso pedí de los mejores langostinos, y un pedazo del mejor tipo de langosta en existencia: me supieron neutros; no me supieron a casi nada; los adobé con salsa a la vinagreta, y con mahonesa, y ni con lo uno ni con lo otro. Parece que las aguas del Pacífico por su frialdad y por las muchas corrientes que se generan y se desarrollan en sus senos, dan lugar a una carne dura, compacta, y al tiempo menos sabrosa que el marisco venido de las aguas mediterráneas, por ejemplo. Bueno, la prueba quedó hecha y no me quedaron ganas de repetir. Se trataba de experimentar directamente y sin intermediarios.

Ya de regreso en Santiago, me encaminaba desde la estación de autobuses hacia el hotel Foresta, cuando me encuentro con tres mujeres, mejor dicho, con una señora joven en estado visible de gestación, y otras dos chicas; y eso es precisamente a lo que antes me he venido refiriendo; a que sea cual sea la actitud improvisada que una mujer pueda adoptar respecto de un hombre en circunstancias tan volanderas y subitáneas, tan frágiles por provisionales como volatizables por la falta de arraigo de su origen; sea cual sea la reacción, me pareció que nunca podría ser considerada desatenta, ni lesiva, ni de mal gusto hacia el hombre. En la ocasión que nos ocupa y en el haz de segundos que mediaron desde que me vieron, nos aproximamos todos mutuamente y me rebasaron quizás uno o dos metros hasta ponerse a mis espaldas..., en ese tramo espacio-temporal tan exiguo me pareció oír las decir con esa perfecta seriedad de intención de fondo que soportan las cosas en

broma..., me pareció oírlas decir algo como que... “qué bien estaría que aquel caballero nos invitara a un bocadillo”...

-- “¿Han dicho Vds?” -- me volví yo. Pasamos los cuatro a una especie de confitería-bocadillería de allí al lado. Se trataba de unos encantos de mujeres. Elena, la embarazada, era vecina y amiga de las otras dos chicas: Anamaría e Isabel. Ninguna guardaba parentesco con ninguna de las otras. Habían salido a dar una vuelta, y vivían no lejos de allí. ¡Qué preciosidad de encuentro y qué golpe de fortuna tan espectacular! Las invité a lo que quisieron tomar que, ya puestas y a instancias mías, se animaron a comer algo más formal y más de mantel y plato. Las tres me gustaban. La que se hallaba en estado de buena esperanza, o sea, Elena, era una chica joven preciosa, agraciada en sus rasgos. Quedaba fuera de mis conjeturas y proyectos amatorios, en primer lugar por su estado, y porque ella con toda naturalidad me dijo que se llevaba bien con su marido. Pero nada más comenzar a estar con ellas, a hablar con ellas, percibí que una profunda pleamar de empatía me estaba adviniendo. Elena resultó ser mi mejor aliada, y ya que la particularidad de su circunstancia, tanto fisiológica como espiritual no hacían aconsejable ni siquiera explorar nuestras posibilidades de encuentro íntimo, sí fue ella la que mejor se encargó de que su entusiasmo por mí, la confianza que le prestó mi persona se transmitiera por duplicado a sus compañeras...

Esa misma noche, la de Viernes Santo, me acuesto en mi hotel con Anamaría, mediante la consabida modalidad de que la chica se queda toda la noche, sin que la Dirección del Foresta ponga el menor reparo ni arguya la menor objeción. Por la mañana la invito a tomar conmigo el desayuno, y me doy cuenta ya más de cerca, más en plan de distendida observación, de que Anamaría es una buena niña, de no más de veinte años. A través

de ella voy coligiendo que la gente ha aceptado que la Junta Militar haya puesto orden en la nación. Yo no llamaría pobreza a lo que golpea a Chile en estos momentos, ni mucho menos. Lo llamaría sobriedad. Anamaría me cuenta cosas desde su óptica no contaminada por ideario político alguno, sino por tener que vivir al día y con ciertas estrecheces. Pronunciada por ella oí por primera vez la graciosa expresión “al tiro”, es decir, ahora, al momento, enseguida, con diligencia, con celeridad: Estábamos incorporados dentro de la cama, dio un salto y me dijo: “Me voy a limpiar al tiro”, y al captar yo erróneamente *el por al* pensé que el término *tiro* correspondía a cualquier parte del cuerpo en idiolecto chileno. Cuando después de un exordio justificativo la regalé una cantidad en el entendimiento y la promesa suya de que lo emplearía en algo de necesidad, es decir, en algo que ella habría tenido que adquirir de todos modos, Anamaría no daba crédito a su conciencia. Ella me confesó estarme agradecida en extremo por la invitación del día anterior y me aseguró que se había venido conmigo porque la encantaba mi conversación y todas las cosas que yo podía contarla sobre España, y sobre Europa..., y aun hasta de Argentina y de Brasil. Así que cuando la insistí para que aceptara mi regalo la chica lloraba de emoción y de reconocimiento.

Los del hotel Foresta parecen estar satisfechos conmigo. Llevo dos noches y en cada una de ellas he albergado a una chavala distinta. Noto que me miran y me saludan con una clave cómplice como de estar en el secreto. ¿Y qué otro secreto sino el de que me gustan las tías y que a través de ellas entiendo que es como mejor se asoma uno a la idiosincrasia de un país? Ya voy haciendo acopio de palabras inequívocas, pertenecientes al acervo más consuetudinario chileno. La gente “ubica” no sólo en el sentido posicional de espacio, sino en el sentido de entender,

captar: “No lo ubico”=No lo centro; no lo entiendo. Al taxista de Valparaíso le oí emplear la palabra *mina*, término asimismo netamente argentino, refiriéndose a una chica. Por cierto que durante el desayuno a que invité a Anamaría en el comedor del piso segundo y último del hotel Foresta, muy luminoso y muy acogedor, una de las camareras era francamente atractiva, sostenida por dos preciosas bielas y portando una cara con rasgos de cierta adusta altivez. Tuvo que ocurrir que se le olvidara alguna cosa de nuestro pedido, y que yo, probablemente por el placer de oírla hablar, dado su hermetismo, le tuve que decir algo al señor camarero, encargado y jefe. El diálogo que se desarrolló entre nosotros lo tengo consignado en mi cuaderno y lo transcribo al pie de la letra:

“Camarero.- Claro, se le ha olvidado porque anda enamorada.

Nosotros [Yo, mientras Anamaría escuchaba y miraba].- ¿Es verdad lo que dice este señor, que está Vd. enamorada?

Ella.- Ya pasó”. Aquellos giros captados en toda la riqueza simple de su espontaneidad hacían las delicias de mi alma.

Estamos ya a 25 de marzo de 1978, sábado. Le había prometido a Patricia pasarme por la casa o piso donde ella alternaba, y aquel día lo encontraba yo tan adecuado como otro cualquiera. Recuerdo que me fui al centro de Santiago. Pasear lo percibí como lenitivo. El ambiente es del tipo que gusta; del que accede espontáneo al caminante sin rumbo fijo como yo. Iba pensando en muchas cosas. Pensaba en que con toda probabilidad yo haría algún que otro viaje ulterior a Chile; hice idea de visitar la isla de Pascua, donde me dicen que toda la población forma como una gran familia y que con el extranjero hacen cama redonda. Seguramente se trata de tonterías abultadas. En otro orden de cosas he llegado a una generosa conclusión que dirime todos los melindres y todas las ambigüedades al respecto:

y es que no consiento que una chica que se acuesta conmigo no reciba algo a cambio. Lo primero es que toda contraprestación ha de acarrear una naturaleza económica. Lo segundo es que me es indiferente que la chica me lo pida o no para que yo sienta la correcta justicia de compensarla por su tiempo, por su fluido, por el hecho de estar referida a mí y con ocasión mía. Había consumido buena parte del mediodía y decidí ya ir directamente al piso de Patricia, por tener una idea de cómo podía ser un sitio así en Chile. La dueña del piso, o por lo menos del negocio, era una señora instruida con la que hablé nada menos que del poeta norteamericano Longfellow. No recuerdo los canales que condujeron a tan sorprendente encuentro literario, pero tal fue el caso. Me alegré de que Patricia no estuviera entonces en el piso, porque yo quería probar a alguien distinto. La dueña, de todas maneras, por la propia Patricia tenía magníficas referencias mías. Pasé con Vicky, una preciosa chavala, morena, con pelo de color vino de Burdeos. Sin embargo, tenía más de profesional que lo que Patricia me había mostrado dos días antes. Vicky era muy bonita, algo viciosilla, espigada y con un estupendo chasis. Di por cumplimentado el trámite que en realidad sólo perseguía dejar un saludo para Patricia con la gente de su casa. Probablemente regresara yo al hotel a descansar y a comer algo. Recuerdo que una vez allí recibo un telefonazo. ¿Quién puede ser -- pensé -- a menos que sea de Recepción? Se trataba de Anamaria, mi amiga del día anterior. Me dio una gran alegría que el proyecto de amistad tan volanderamente estructurado en aquel encuentro de improvisación no hubiera caído en tierra baldía. Pero su llamada contenía..., bueno, era para consultarme si yo tenía inconveniente en que Isabel, la segunda de las amigas [recordemos que la que queda es Elena, la embarazada], que si a mí me importaría que Isabel fuera al hotel, a verme, a estar

conmigo. Confieso que yo, por pecar de ingenuo y por pretender ser respetuoso al máximo, a punto estuve de resultar cruel. La pregunté que... a qué se debía aquel deseo, o algo parecido, indagación de toda suerte estúpida en aquel momento, tal vez porque yo esperaba el socorrido y fácil halago de oírle a Anamaría dedicarme un piropo o una pequeña vanagloria a mi personalidad, cosas todas ellas que, de ser ciertas, se justificarían por sí solas y se habían ya justificado en el curso de nuestro estar juntos. No había que hacer ningún esfuerzo para percatarse de que Anamaría después de acompañarme la noche anterior había hablado excelencias de mi personalidad y de mi comportamiento; que Anamaría había quedado impactada de mi generosidad que en aquellas circunstancias de estrecheces para el chileno de a pie, como era su caso, representaba una ayuda significativa; y que siendo como eran buenas amigas, querían repartirse el pastel de mi compañía; y que esto lo habían dispuesto, así, con la mayor de las avenencias y con la más coincidente de las armonías. No, no debí hacer ninguna pregunta estúpida a Anamaría sobre las supuestas razones. ¿Por qué no iba a desear Isabel mi compañía si ello sería fuente de beneficios para ella, igual que lo había sido para su amiga? Con todo, con una leve violencia, como superando la indiscreción de mi pregunta, como reconviniéndome por la inutilidad de mi indagación, Anamaría me contestó que “a Isabel le encantaría recibir el mismo *regalo* que yo le había hecho a ella”. Anamaría empleaba idéntico término con el que yo esa misma mañana, antes de despedirnos, la había cumplimentado, tras las aclaraciones de rigor de que no lo tomara como pago de... lo impagable, pues impagable era como yo veía su intimidad. Y si por mi parte aquello que le decía era cierto, de una elementalísima certeza y verdad, que ha formado parte de mi

código de creencias, tuve la fortuna de que Anamaría lo admitiera de buen grado. Y si en razón de lo espiritual no me había objetado nada; y al mismo tiempo mi regalo la estaba haciendo un servicio canjeable por algo concreto, resulta que estar conmigo sólo contenía instancias deseables. Bueno, para qué seguir. Le dije a Anamaría que, por mí, estupendo; que sería delicioso recibir a Isabel, y que desde ese momento quedaba yo en el hotel esperándola. Esta consecuencia de pequeños factores que arranca del día anterior, de mi encuentro casual con las tres amigas, daría el mayor y más querido de los contenidos a aquella primera visita mía a Chile en marzo de 1978.

Isabel se presentó vestida, muy modestamente pero con elegancia, de azul. Estoy seguro de que se puso la ropa más apreciada por ella, de entre todo lo que constituyera su ajuar entero. ¿Me adelantaré glotonamente al ritmo del relato, declarando desde ahora que me enamoré de aquella criatura? ¿Llamaré la atención del lector en el sentido de que repare en el hecho de que la Isabel del título de esta viñeta es... *esta* Isabel? Aquella chavala me resultó un amor, un pozo de encariñamiento, una portentosa referencia ya a partir de entonces, y para siempre que yo pensara en Chile. Isabel llevaba puesto un vestido azul, muy sencillo, muy como de saldo de grandes almacenes. El día anterior vestía aún más sencillamente si cabe, pero en color marrón. No me cabe duda de que para aquella ocasión de verme había empleado lo más selecto de su ropa interior. Llevaba un sujetador calado, de color negro, que hacía juego con su slip. La encontré preciosa en su modestia, en su recato, en su feminidad. Era delgadita, más delgada que Anamaría, pero más alta; igual de dulce, más si cabe. Cuando nos abrazábamos, su calidez se mostraba en todo el esplendor de sus efectos, porque quedaba yo como injertado en una complacencia térmica que se me antojaba

novedosa, desconocida hasta entonces. Yo amé a aquella chica, creo que no he dejado de amarla desde entonces. Sí, siempre recordaré su cuerpo finito que se enroscaba a todos los meridianos del mío, como una banda amoldable a mis caricias. En el trance de la grapa que unimismaba nuestros alientos, me apretaba y hacía de su ofertorio algo buscado con tanta devoción como ahínco. No era muy habladora. Después de solazarnos en mi habitación subimos a la cafetería del segundo piso. Descubrí que a Isabel le encantaba el “pisco sour”, algo que yo compararía, salvadas las diferencias, con el “mojito de ron” cubano. Entonces sí que recuerdo que la dediqué algunos de los poemas que llevo siempre en la cabeza y que en aquel rato los esgrimí a sabiendas de que su mensaje impactaba de lleno en la conciencia de Isabel. Antes de marcharse me preguntó si me podía volver a ver al día siguiente. Yo la dije que... encantado!; que deseaba con toda mi alma volver a verla, estar con ella, amalgamar mis raptos de transcendencia con la temperatura de su feminidad.

Al quedarme solo en mi habitación advino a mi alma la gratitud dolorosa y única del viaje. Tumbado en mi cama, la radio por azar difundía la canción esa de... “Mi corazón por bandolera”..., interpretada por Salvatore Adamo, y oyendo dicha melodía sentí la convocatoria de la soledad más suficiente y más frondosa de todo lo que hasta entonces hubiera yo considerado como vivencia. A más de diez mil kilómetros de mi residencia habitual, me sorprendí invadido de una pujante dejadez, de una ilusión de tránsito, de una melancolía mezclada con entusiasmo. No pensaba en nadie en especial, ¿para qué? El hondón de mi separación de Isabel había tirado de mí hacia una fosa de concentrada comunión conmigo mismo. Sentí vértigo, vahídos de mareo y puse todo mi empeño en regresar a... la superficie de

las cosas, de lo que fuere con lo que tendría que habérmelas. Lo que quedaba de sábado no podía proporcionarme más -- pensé. Bajé a Recepción, salí un rato a la calle, mejor dicho, a la Avda. Subercaseaux, a la puerta del hotel. Era ya de noche. En ese momento se despedía de los de Recepción una de las camareras a la que en otra ocasión había yo saludado. Se trataba de una chica más bien menuda, morenita y dulce, y se llamaba Corina. Me dijo que por restricciones del transporte aquella noche de Sábado Santo (o de Resurrección, como en cada caso quieran llamarlo) se veía precisada a tomar un taxi hasta su casa. Yo tenía ganas de charlar con alguien distendidamente, intentar apartarme la marejada de melancolía que me había advenido el rato anteriormente descrito, y así, la pregunté que si la podía acompañar; que lo haría con mucho gusto, y que la invitaba. No dijo nada, se sonrió, y nos subimos al taxi que en ese instante había llegado. Era un buen trecho el que teníamos que hacer. El taxista, buen conversador también, se percató de que viajar conmigo sólo podía reportarle ventajas. Me fijé en que Corina era... casi, casi bonita, porque atractiva y empática lo era sin lugar a dudas. Yo me atreví, así, muy de pasada a preguntarla, mejor, a dejar caer algún comentario cuya respuesta por parte de ellos, quiero decir, tanto del taxista como de Corina, tuviera que incluir necesariamente cierta opinión fundamentada, si no juicio de valor. Así, me dijeron que la queja más general respecto al régimen de Allende es que había que hacer colas para comprar cualquier cosa simple que siempre estuvo y que ahora seguía estando al alcance de todos. Me di cuenta una vez más del agrado expansivo que generaba la mujer chilena, encarnado en las dos, tres... o cuatro con las que yo había tenido ocasión de cambiar impresiones, y sí, me daba cuenta de que aquel muestreo era mínimo, irrisoriamente menguado como para alzarlo a

módulo portador de validez para todo un país. Pero al mismo tiempo no dejaba de ser una sospechosa casualidad el hecho de que criaturas tan distantes y tan distintas entre sí, en lo que a formas de vida se refiere, en lo que a menesteres se refiere..., como las tres chicas de la estación; Patricia, y sobre todo, Anamaría, Elena, Isabel..., sí, no dejaba de comportar una tremenda coincidencia el hecho de que todas ellas me hubieran mostrado un fondo de sorprendida gratitud, un crédito confiado respecto de la instrumentación de mis intenciones... Y ahora Corina apuntalaba la regla. La complicidad emocional entre ella y yo subía de grados. Era algo carente de mediciones pero que empapaba el ámbito. Yo no daba credibilidad a mi conciencia. Tan sólo hacía un cuarto de hora que Corina y yo habíamos tomado asiento en el taxi y pasadas aquellas rondas de conversación, ya se había producido un tema de incumbencia mutua, un argumento compartido, de interés recíproco, alentado por sí fuera poco por el avispa taxista que, en las intervenciones con las que el hombre cortésmente se permitía contribuir a la conversación, se había decantado por formar alianza conmigo, en el sentido que fuere y que sólo mi alma estaba dispuesta a entender. Corina mostraba una pupita, como un arañazo gracioso e invitante en la comisura izquierda de su boca. Al llegar a su casa, es decir, a la de su madre, nos dice al taxista y a mí que su marido está en Punta Arenas !! “¿Y lo dice Vd. Ahora?” -- me pareció que la preguntamos o que quisimos preguntarla al unísono el taxista y yo. Adorable mujer esta Corina. Estoy seguro de que nos hubiéramos quedado juntos de haber mediado por parte mía instancias de más persuasivo requerimiento. Pero no podía ser: hubiera sido tensar demasiado el bramante de la estética, provocar una desazón en el alma de aquella mujercita tan aseada de domesticidad, tan amablemente

recordable. Corina me evidenció que con las mujeres chilenas en cualquier momento puede surgir la eclosión de una nupcia, de una identidad de anhelos, de una curiosidad compartida. No, no podía ser: hubiera acarreado un desgarró acaso demasiado violento para tan dulce criatura no haber llegado a casa de su madre cuando ésta la esperaba; no hallarse en el lugar en que la llamada de su marido hubiera hecho sonar el teléfono. Lo dejamos así. Puse mis labios en la mejilla de Corina y regresé con el taxi al hotel Foresta.

Domingo 26 de marzo 1978. Los ratos que pasaba en mi habitación los empleaba en recoger notas que vertía en un cuaderno maniobrero con rayas, de calidad paupérrima, pastas azuladas que se iban descolorando, de 15 x 21 cms., marca Tempagka, y que me había traído de Rusia acaso como muestra de que cosas así costaban el equivalente de tres o cuatro pesetas si uno había adquirido rublos en el mercado libre. No, no sé por qué, pero el caso es que el grueso de mis apuntes para el viaje que comenzó en Brasil y que después de mis visitas a Argentina, Chile, Bolivia, Perú..., terminaría en el vuelo que hice desde Caracas a Madrid, ya de vuelta a casa..., la casi totalidad de mis notas, digo, las iba trasladando a un lugar tan poco ostentoso como un cuaderno que me había costado menos de un duro. Sí, pasaba los ratos escribiendo, pensando, escribiendo y escuchando la radio. Tengo apuntado literalmente: “Nunca he oído tanta música ligera española como en las dos tumbadas de siesta de Santiago de Chile: Julio Iglesias, Camilín, Nino Bravo, José Vélez, Perales, Raphael”. Bueno. Pues eso digo y eso transcribo ahora al pie de la letra.

No es éste el momento de enredarse con cuestiones pormenorizadas sobre coloquialismos y expresiones idiolécticas de los chilenos. El castellano que se habla en las distintas

Españas es uno de los más portentosos motivos para el entusiasmo que yo dediqué desde un principio a estas tierras. De todos y de cada uno de ellos, y en la latitud que les corresponda dentro de los escritos míos, se ha dado ya cuenta [hasta la fecha, por lo que se refiere a Argentina únicamente] y se seguirá dando. Chile no era excepción. Además de lo que cada cual pueda adquirir por lectura directa de literatura chilena, ahora y a efectos de estas Memorias mías, me refiero a esos términos, pocos acaso, pero incesantes en el uso de los hablantes; o en el supuesto de que trato aquí, de esas voces que bien por estar proscritas, o bien por llevar consigo un significado absolutamente distante del asignado en la lengua castellana de España..., por eso y por las razones que en cada circunstancia fuere de aplicación, a mí se me aparecían como realidades reseñables. Es muy difícil para un español peninsular prescindir de la voz *pico* en un país como Chile, tan hermanado y tan determinado por una de las cadenas de ellos, de picos, quiero decir, tan ostensibles como Los Andes. Todo el mundo sabe que dicho término traslada en “chileno” el sentido de órgano sexual masculino con toda su crudeza. Pero como justa contraprestación, en Chile y en Perú, pero sobre todo en Chile, lo que nosotros llamamos apuestas futbolísticas o quinielas, allí recibe la denominación de “Polla-gol”, realidad que no debiera infundir reproches de ningún hablante castellano, puesto que la acepción tergiversada y volcada hacia lo sexual que aquí en España recibe es absolutamente gratuita y nacida de quién sabe el cruce o avatar lingüístico que sea. Por lo tanto, son en este caso los chilenos los que con toda propiedad pueden asignar a las quinielas el nombre de polla, de grulla, ... de gallina o de lo que mejor les venga en gana. Legal. Lo que ocurre es que no es menos cierto que las cosas son como en cada caso son, por haber

estado siendo así y porque nadie las ha modificado en esa su forma y su constitución de ser. Y ocurre que un castellano puro como yo no es posible que deje de sonreírse cuando oye decir a un locutor por radio textualmente: “Quince millones de polla chilena le acaban de corresponder a Vd., señora”.

Constantemente se escucha el término “huaso, huasito”, por campesino, hombre de extracción más bien humilde, que vive en el campo; “dije” equivale a simpático, agradable, sociable, etc. Asimismo, y parecido a lo que instrumentan los catalanes, los nombres de pila de las mujeres, cuando en su ausencia se refiere alguien a ellas, suelen emplearse precedidos por el artículo: “La”... fulanita; “la”... menganita, cosa que suena extraña a alguien educado en Castilla, ya que precisamente dicho uso se nos ponía de ejemplo de zafiedad y falta de refinamiento expresivos.

A la hora de comer me fui al centro y en un restaurante-pizzería que hacía esquina entre la Avda. Providencia y la de Pedro Valdivia, me tomé una lasagna riquísima y un postre de melón y durazno [lo que en castellano de España llamamos melocotón] sabrosísimo igualmente. Continué mi vuelta por el centro y antes de regresar al hotel me pasé por la casa de niñas, de una de ellas, quiero decir, que me indicara Patricia, justamente la que mereciera la visita del Kennedy aquél de que se tratará. Me gustó: era una casa de putas tradicional, carente de lujos pero con comodidades, y dotada de habitaciones espaciosas. Me follé a Sandra, una morenita encantadora, a través de la cual envié recuerdos a Patricia pues según me dijo Sandra, se conocían. Una cosa elocuente y positiva de las hetairas chilenas, y supongo que de todas, de las que están en pisos o casas y de las que lo hagan por libre, es que cobran al final de la función, y en todo momento dan ejemplo de

compostura y de saber estar. Ya sé que estos menesteres están lastrados por una carga de contingencialidad pasajera y olvidadiza; que son remedios de urgencia, de usar y tirar para situaciones de repuesto... Sí, lo sé; y que toda pretensión de injertar ambigüedad y medias tintas en lo que está claro, es pura bobería, una instancia desiderativa fantasmagórica con flecos de imbecilidad senil. Las putas son... eso, putas. Pero siendo lo que son, una medicina, de uno depende tomarse la tal medicina como mejor crea conveniente. Si el punto fatídico que marca toda la diferencia es que al cabo de la fiesta se reciba dinero contante y sonante, dinero concreto mediante el cual el contrato de servicios se ha llevado a término, si tal es el factor inequívoco que dirime toda pretensión de confundir y de proyectar sombras donde no hay más que claridad..., no es menos cierto que a nadie le puede disgustar que las mercenarias sean educadas, que conserven como mejor puedan los quilates de su feminidad; cuantos más, mejor; que no empleen expresiones soeces, y que esgriman ese protocolo de buen gusto como entiendo que es, por ejemplo, no hablar en absoluto de dinero y recibirlo en todo caso cuando haya concluido la sesión de compañía. Pues eso era precisamente lo que encarnaban las jóvenes chilenas: compostura, simpatía, comprensión..., sin dejar de ser putas. Una vez más, siempre una vez más, se entretenía mi conciencia repasando lo paradójico de la vida. Yo, como casi todos los hombres, no sentía empacho en confesar haberme topado con multitud de putas que se comportaban como decentes; y con multitud de “decentes” que se comportaban como putas. Y aquellos que decían haber encontrado a una decente que se comportaba como tal [no hablo de excepciones, porque ya se sabe que apuntalan y reafirman la regla], la evidencia me demostraba que mentían. Ellos sabrían por qué. Yo tan sólo lo imaginaba, y es que el sentido absurdo

que el españolito tiene del ridículo le insta a pretender negar la evidencia, con la estúpida ilusión de creer que de esa forma se salva él... y se hunde todo lo demás. Al españolito le engañan como a un chino: le venden el mejor coche supuestamente del mundo, que resulta ser un cacharro: averías, gastos, desfases, etc. Que no pierda nadie el tiempo preguntándole cómo le va el coche. Antes de reconocer que lo han engañado, o que se ha engañado él solo -- ¿engañarle a él; engañarse él? -- defenderá a ultranza que su coche le funciona a las mil maravillas. Y empleo el ejemplo del coche porque ninguno como él ilustra mi aserto.

Regreso al hotel y en la tumbada que constituye mi siesta sigo escuchando con la radio bajita buena parte del cancionero de moda español. Tengo en mi cuaderno de apuntes: “Este mismo domingo me vuelvo a acostar con Isabel que va a mi habitación a las 19:15”. Y así fue. Llegó a mí vestida con el mismo atuendo del día anterior: azul. Su ropa interior era negra. Para qué hablar de más: Preciosa mujer; preciosas sus entregas, su dulzura exacta. Como sabía que la gustaba, después de nuestra sesión de intimidad subimos a la cafetería-bar del hotel y la invité a un “pisco-sour”, de Martini doble que --acabé probándolo yo -- estaba francamente rico.

En este momento debo participar al lector un blanco absoluto, y es que no recuerdo cuándo ni a través de qué servicios había yo gestionado el vuelo para La Paz (Bolivia) el día siguiente, lunes 27 de marzo, a eso de las 14:30 pm. Dudo que lo trajera ya abrochado desde Buenos Aires, pero no lo descarto. Probablemente lo confirmara el sábado por la mañana allí en Santiago. No es importante a efectos del argumento del relato. Sólo tengo que mencionarlo porque Isabel me aseguró que Anamaría y ella se pasarían por el hotel antes de que yo saliera para el aeropuerto, con el fin de despedirse de mí. ¿Qué

iba a decir yo? Pues que aunque la cordialidad que tanto ella como Anamaría habían desplegado conmigo era más que suficiente para hacerme sentir gratificado y dichoso, si tal era su voluntad de despedirme..., pues que, bueno; que se lo agradecía doblemente. Y así quedamos.

Es curioso que sólo hacia el final absoluto de la estancia de cuatro días que en esta primera ocasión dediqué a Chile fue cuando se produjo el contacto del que germinaría el desarrollo más trabado y más duradero de mi relación con este país. Me quedaba en la recámara un único cartucho que había estado remiso de usar, como dudoso de que fuera el momento; albergando la vacilación de que en aquella cala que yo había efectuado por libre, a mi manera, “a lo maverick”, pudiera no encajar la familia de Eduardo. Me parecía que ello constituiría mezclar lo asentado institucionalmente con lo independiente individual. Pero el caso es que pudo más la curiosidad, siempre la curiosidad, que ninguna otra instancia. Y ese mismo domingo por la noche, después de que se marchara Isabel y antes de retirarme a mi cuarto, llamé al número que en Granada me había dado Eduardo Martín Letelier el día de nuestro examen de Licenciatura en Derecho. Esos momentos en que el teléfono, mediante los pitidos que fueren, mediante las percusiones que fueren, o ruiditos, o tímbrazos, desempeña su cometido..., están preñados de esperanzada perplejidad, de una impaciencia desasida de todo atisbo de razón, o de proyecto, o hasta siquiera de lógica. No, no es fácil así de sopetón y por teléfono hacer de emisario de uno mismo; hacer de presentador y de cosa presentada... En fin, lo mejor que pude, dije quien era, dije que era amigo de Eduardo. Era presumible que al pronunciar este nombre y dejar caer algún que otro detalle más sobre las actividades que compartíamos en España, en Andalucía, y que

habíamos compartido en Granada, quienquiera que fuese quien atendiera al otro cabo del teléfono se sintiera más que cumplimentado por las credenciales tan de primer orden que yo esgrimía... Bueno, fue muy poco en realidad lo que tuve que aducir, porque nada más comenzar el hilo de mi presentación, la voz de mujer que había respondido al teléfono expeditó al máximo, quiero decir, dio como por sabido todo lo que yo pudiera aportar como certificaciones de mi personalidad..., y del hecho de hallarme en Santiago de Chile. Al enterarse de que al día siguiente volaba a Bolivia..., la voz de mujer, ya no recuerdo si en aquel punto del tramo de nuestra conversación, me dijo que se trataba de [uno u otro nombre]... pero que en cualquier caso era hermana de Eduardo, pues bien, aquella voz de mujer pasó el teléfono a una segunda voz de mujer, al parecer con mayor capacidad de decisión que la primera... ¿El amigo español de Lalo? Claro! Me conocían de oídas. ¿Que me marchaba ya mañana? [momentos de consulta... previo ruego de que no me retire del teléfono]..., que, ¿en qué hotel estoy? ¿En el Foresta? ¿Y que a qué hora sale mi vuelo? Venga, que a eso de las 12:30 me van a recoger y me llevan al aeropuerto. Que... encantadas, y hasta el día siguiente! Yo no cabía en mí de asombro y de satisfacción por el buen curso que había tomado aquella postrera gestión de cortesía con la familia Martín Letelier, que había yo dejado para el... último momento. Me alegré de que por cuestión de pocos minutos... acaso no coincidieran Isabel y Anamaría con quienes formaran la representación de la familia de Eduardo. No es que me importara, claro, pero lo encontraba poco airoso y un mucho inoportuno. Así que con todas aquellas expectativas de finalísima hornada me retiré a intentar descansar.

Lunes 27 de marzo 1978. Típico estado de ánimo de quien se va de un sitio con el que se estaba ambientando y se prepara para llegar a otro desconocido. Mucha tensión y mucho agolpamiento de emociones; concernimiento por dar un remate digno al estado de cosas que nos ha acompañado hasta ese momento. Ahora mi pequeña zozobra..., bueno, pequeña o grande, según se mire es la improbable virtualidad de que mis amistades se concentren simultáneamente y el especial protocolo iniciático de cada instancia quede deslucido. Si Anamaría e Isabel llegan a su hora, aun concediendo una holgura de hasta quince minutos de retraso, evitamos la coincidencia con... quienquiera que venga de la familia de Eduardo. Y por suerte, Anamaría e Isabel se presentan puntuales, recatadas las dos, como estando en el secreto, cordialísimas. A mí me habían caído las dos fenomenalmente bien, pero no podía esquivar que la proclividad del corazón mío, el sesgo que las centrifugacidades de mi alma habían tomado apuntasen con palmaria evidencia hacia Isabel. Y era bello saberse amado, elogiado, reconocido..., lo que cada cual quiera, por dos chicas que a su vez eran amigas y que armonizaban dentro de aquellos supuestos tan bien avenidos de amistad la referencia íntima que cada una había celebrado conmigo. Isabel en nombre de las dos me hace entrega de una cajita paralelepípeda pequeña, de madera, con tapa corrediza en su parte superior, conteniendo un juego de fichas de “dominó”, con leyendas amorosas y expresiones de cariño escritas por ella misma en todos los lados. No puedo abstenerme de reproducirlas aquí: “En una noche de otoño te conocí, y en una noche de otoño te perdí. Tu amiga de siempre Isabel.- Con cariño de Isabel.- ¿Pensarás en mí? ¿Pensaré en ti? ¡Sí!.- Sé feliz en tu vida. Con cariño de alguien que nunca te olvidará. Isabel Undurraga. 27-Marzo 1978. Santiago - Chile”. Inolvidable gesto

e inolvidable criatura. Las dos, Anamaría y ella, como mujeres chilenas típicas que eran, ilustran con esta epifanía aún más si cabe el sentido que mi captación sociológica configuraba respecto de las premisas sobre las que ya especulé, a saber: que la mujer chilena, teniendo a sus espaldas el costrón empinado de Los Andes como barrera formidable entre ella y el resto del inmenso territorio del cono suramericano, ejercita una preciosa nostalgia de mirar hacia el mar; algo parecido a lo que les ocurre a los portugueses, según Unamuno. [Todas mis amigas chilenas quieren que yo las escriba, sabedoras de que la esperanza de novedad tan sólo puede venirles de fuera, de lo lejos, como el “feliz caballero” de la “Sonatina” de Rubén]

Las estreché a las dos a la tabla de mi pecho. Con Anamaría rocé mis mejillas; con Isabel, los labios. Me quedé de nuevo solo. Regreso desde unos cincuenta metros del hotel por su parte trasera, hasta donde habíamos llegado andando mis amigas y yo. Entro en Recepción y me dirijo al baño, a adecuar mi compostura para lo que se me avecinaba, intentando recomponerme de aquel agolpamiento lírico. Salgo y...

-- Sr. Ramos, dos señoras le esperan en la sala -- oigo que me dice el recepcionista. Exquisito ajuste de tiempo. Ni por ordenador se hubiera calculado mejor. Por un... pelo no nos hemos encontrado. Pero feliz y saludablemente nadie ha interferido con nadie...

Lo que presencio ahora es una dimensión absolutamente distinta de todo el diseño femenino con el que me he venido relacionando en Chile durante estos mis cuatro días de estancia. Veo a dos mujeres... ¿chicas? bueno, veo a dos hermosísimas hembras que conforme me voy acercando a ellas van dando suelta a una sonrisa cada vez más expansiva, más conciliadora. La sala de máquinas de mi cerebro se pone a tope... ¿Quiénes

son? -- me pregunto. Tienen que ser las hermanas de Eduardo..., sí, él me había hablado de “sus hermanas”, ahora lo recuerdo bien. Tendrían entre treinta y ..., no, probablemente sólo alrededor de treinta años, bien vestidas, y guapas, lo que se dice, eso, guapas, bien tratadas, bien cuidadas, si se quiere y sin entenderlo ni como rasgo minusvalorador ni como reproche *progre*, con aire de “señoritas” que siempre hubieran dispuesto de servicio, de criadas o colaboradoras domésticas o lo que cada cual y en cada caso entienda por la noción a que me refiero... ¡Vaya par de mujeres! -- parece que se dijo mi conciencia al verme en presencia de aquel dúo de regias hembras. Sí, se trataba de dos de las tres hermanas de Eduardo, Chabela (<Isabel) y Lui (<Lucía), casada la primera y con tres niños; y soltera por anulación de su único matrimonio, y sin descendencia, la segunda. Las dos hermanas conformaban una realidad sobresaliente de salud y reciedumbre estéticas. Hice lo que pude. Confieso que aquella mostración me cogió desprevenido. Pero bueno, ya digo que hice lo que pude. Nos presentamos todos dando por sabido que todos también estábamos en antecedentes de nuestras recíprocas identidades. Faltaban dos horas hasta la salida oficial de mi vuelo; así que dedicamos unos minutos allí, en el hotel Foresta, a recorrer los primeros y más imprescindibles tramos de nuestra mutua justificación de encontrarnos. Les supliqué dos, tres instantes para recoger mi equipaje y para despedirme de los empleados del hotel, que volvieron a dedicarme una sonrisa de complicidad temática, algo que traduje más o menos ya como... “hasta el mismo momento de su partida este tío está metido en faldas”. Las dos bellísimas y fragantes hermanas me invitan a subir al coche, un Toyota conducido por Chabela, y continuamos nuestra charla, rumbo al aeropuerto. Es un verdadero disparate de cosas

las que quiero decirles a las dos: Hablamos de su hermano Lalo (Eduardo); de España, de Chile, de todo. Sí, todo junto pero no revuelto, podríamos decir aquí con propiedad. Les cuento que vengo de Argentina y de Brasil, como escalas previas. Comentamos sobre los argentinos a quienes yo había conocido, y de su creencia de que Chile tenía bien ganada su notoriedad de pueblo agresor y beligerero. Yo deseaba mostrarme ecuánimemente enterado de todo aquello cuya mención me sirviera como credencial de mi interés por Chile; de mis conocimientos sobre el país que hasta dentro de un par de horas me estaría oficiando de anfitrión; y así les hice saber mi incumbencia por la crisis del Canal de Beagle, con Argentina, que ya comenzaba a enconarse; y puesto que volaba a La Paz, también les hice saber la transcendencia geopolítica que había tenido en su momento, ya hacía un siglo, la guerra entre Chile, Perú y Bolivia; y cómo este último país pugnaba por recobrar una salida al mar por el así llamado “pasillo de Arica”. Me decían las hermanas de Eduardo que Chile no podía costearse una propaganda a su favor para contrarrestar la torcida imagen que de él se tenía en el exterior, con motivo del golpe militar de Pinochet, y de la muerte de Allende; que por eso el actual gobierno favorecía la entrada de turistas para que viésemos y experimentásemos personalmente. En la media hora que más o menos duró nuestro recorrido hasta el aeropuerto de Pudahuel, y en la otra media hora que consentí que Lui y Chabela me acompañaran antes de proceder yo a la zona exclusiva de viajeros, seguimos charlando de todo lo imaginable. Hasta hubo tiempo de que me ilustraran con una frase tipificada en que los términos más obvios modificaban su sentido visual con respecto del español de... España. Así se venía a decir: “Vamos a juntar

una *vaca* (dinero) para comprar una *burra* (coche) y salir con las *cabras* (chavalas)”...

Pero se van cumpliendo los trámites del viaje y tengo que separarme. Lui y Chabela... o Chabela y Lui, para el caso, han sido un esplendoroso punto final de mi estancia en Santiago, que ha desbordado mis previsiones más optimistas. Me voy cargado de una fenomenal dulcedumbre, de un enjambre de planes, de futuro inmediato, cuyos caminos, apenas entrevistados..., cuyos procedimientos balbucientemente diseñados convergerán tercamente en una prodigiosa y exuberante realidad: Lucía Martín Letelier, “Lui” a partir de ahora.

Cargadoras de fardos: Frontera Zapana-Desaguadero entre Bolivia y Perú, marzo 1978

Aquel magnífico viaje que me estaba ocupando dos tercios completos del mes de marzo de 1978, y que me había lanzado desde Dakar (Senegal) a Brasil; de allí a Argentina; luego a Chile, y que en Santiago había experimentado su *highlight* con el encuentro de las bellísimas Lui y Chabela, hermanas de mi compañero en Granada, Eduardo Martín Letelier..., aquel recorrido espectacular y novedoso, digo, al despedirme de Chile comenzaba su repliegue de velas. Había que regresar a España, pero no sin antes acercarme a Bolivia y a Perú, para ya definitivamente enfilear la vuelta vía Caracas. Estamos a lunes 27 de marzo. En el aeropuerto de Pudahuel (Santiago de Chile) me embarco en un avión de la Lloyd Boliviana, una de las compañías pioneras y próceres de Suramérica, sobre todo según el sentimiento nacionalista y patriótico de los bolivianos. Ahora pendo de lo que me depare La Paz en lo tocante a altitud y a las supuestas irregularidades que pueda sufrir mi organismo. Las opiniones son para todos los gustos: desde que no pasa nada hasta que se marea uno nada más bajar del avión. El jet de la Lloyd es un Boeing 727 que se comporta con suficiente normalidad. Los pilotos de estas regiones están familiarizados con el grado de excepcionalidad que comporta volar por encima y a través de los puertos y de las hendiduras de Los Andes. Me pasmaba y me avergonzaba del cortísimo conocimiento que disponía yo sobre Bolivia; bueno, quiero decir, siempre en proporción al que pudiera desplegar respecto de otros países suramericanos; prácticamente, si se me apura, hasta de sus propios vecinos. Pancho, el chaval boliviano que también asistía al Goethe Institut en Radolfzell (Alemania) a

últimos de 1971, no me había supuesto una plataforma de intereses ni de inquietudes intercambiables con los míos más allá de la solidaridad anecdótica de nuestro residir en Radolfzell, y del viaje que hicimos en mi coche al cantón de Ticcino, al sur de Suiza, donde otros dos amiguitos, también del Goethe, tenían a sus respectivas familias. Medio año más tarde, ya en el verano de 1972, en Passau (Alemania) con motivo de mi siguiente curso de alemán asimismo con el Goethe, había coincidido con Emy, la bolivianita, aunque raras veces nuestras esporádicas conversaciones versaran sobre asuntos de su país y que a través de la competencia de mi compañera pudieran interesarme. Fue sólo años más tarde, esta vez en Berlín, verano 1978, y durante el curso de repaso de alemán que también me regalé con el Institut, es decir, pocos meses después de este viaje por Suramérica que ahora estoy relatando, cuando conocí a un muchacho boliviano, más formado, de mucho mayor peso intelectual que Pancho y Emy. Supongo que mi reciente visita a su país le habría significado un interlocutor válido, probablemente para sorpresa suya. En efecto, una de las realidades sobre Bolivia que sí que habían tenido cabida en mi incumbencia histórica, era la conocida como Segunda Guerra del Pacífico, o la que en alianza más o menos de circunstancias con Perú, había sostenido contra Chile, para perder todo su litoral marítimo. Las ciudades del Océano Pacífico, las dos en territorio chileno, más cercanas ahora a Bolivia desde sus puntos fronterizos de Charaña y Sajama, eran Chacalluta, por tren; y Arica, por carretera, respectivamente. Ambas comunicaciones discurren por el así y antonomásticamente llamado “pasillo de Arica”. Unos kilómetros arriba la ciudad peruana de Tacna remachaba y recordaba el cerrojazo hacia el mar de que había sido víctima Bolivia. Durante todos estos más de cien años

transcurridos Bolivia había seguido moviendo los hilos de la diplomacia internacional sin, al parecer, conseguir progreso alguno. Yo recordaba haber leído textos del peruano Manuel González Prada en una Antología de Enrique Anderson Imbert y Eugenio Florit, que mi colega Donald Yates gustosamente me había prestado allí en nuestro despacho de la MSU, a partir de la tan pretérita fecha de 1961. Aquella prosa incendiaria y vehementísima de González Prada me había calado; sobre todo porque era la reacción de un perdedor, de alguien que desde el bando de su propio país, Perú, exteriorizaba una como a modo de catarsis nacional, de auto-inculpación y de auto-enardecimiento ante la tragedia que había supuesto la derrota a manos de Chile. No recuerdo bien los detalles de geo-política pero son fácilmente asumibles con sólo mirar a un mapa. Las pérdidas territoriales de Perú, más o menos significativas, no comportaban en ningún caso una modificación ni traumática ni esencial de las características de su territorio nacional. Lo de Bolivia, sí. Lo de Bolivia había supuesto una amputación en la parte más viva, más neurálgica de su territorio; aquélla que hacía posible que su país tuviera costa. Ahora la pérdida de ese pedazo, el empujón tierra adentro que le había propinado Chile había dejado a Bolivia sin más comunicación o apertura hacia el mar que la proporcionada por los ríos tributarios de la cuenca amazónica (Beni; Mamoré..., ambos afluentes del Madeira), es decir, a costa de recorrer una buena parte del mazo territorial de Brasil, que es tanto como decir de toda América del Sur. De esa realidad geo-política sobre estos países andinos sí tenía yo información prácticamente desde siempre, en razón de mis afinidades literarias y librescas en general. Mi segundo amigo boliviano, el de Berlín, recuerdo que se refería a Chile como a uno de los Estados más beligeros de toda la América hispana, y le tildaba de agresor, asesino y cosas

así. Yo, por supuesto, le escuchaba sin permitirme pasar juicio alguno de valor sobre el particular. Simplemente tomaba nota y llegaba a la conclusión de que muchas cosas habían tenido que ocurrir para haber llegado a... donde se había llegado.

La parte de esta empanada que por la secuencia temporal correspondería en aquel momento a la atención de mi conciencia, no dejaba de recrear y rellenarme todas las estancias de mi pensamiento; si bien, y con régimen de inmediatez mi concernimiento tenía suficiente con especular sobre la realidad de descender del avión y encontrarme justamente a cuatro mil metros de altitud sobre el nivel del mar. Para alguien aprensivo y vulnerable como yo la cosa tenía toda la entidad imaginable. Despegar de Santiago de Chile, a menos de 1,000. metros de altitud, y aterrizar a más de 4,000. no era cualquier cosa... Esto de las altitudes se conforma con especial coherencia al principio de la inmunización adquirida. Sin ir más lejos, desde los 700 metros sobre el nivel del mar en que se encuentra Granada capital hasta los 3,400. del emplazamiento del pico Veleta en Sierra Nevada, el viajero motorizado puede experimentar el progresivo acople por el que su organismo va pasando, y el juego de recursos que automáticamente se van poniendo en marcha con el fin de contrarrestar esos más de 2,500. metros de diferencia en altitud con los que uno se enfrenta. Nada hay mejor que ascender en coche. A los dos mil es probable que los oídos negocien algún pequeño chasquido, como el golpecito de un tapón que percute dentro de la cabeza. A los tres mil es muy posible que a uno le parezca encaramarse por la parte superior o casquete de un sombrero, cuya parte ancha lo constituyeran las nubes que se van quedando abajo, con una plataforma o pradera blanquecina. Al llegar a los tres mil cuatrocientos metros, el cuerpo, sabio y natural, en esos aproximadamente cuarenta y cinco o cincuenta

minutos que dura la subida, ha tenido tiempo de hacer acopio de defensas, tan gradualmente asumidas, tan congruamente dosificadas, que ninguna de las tres o cuatro veces que he llegado en coche a la cima absoluta del Veleta, he experimentado mareo, náuseas o cualquier otro tipo de desarreglo esperable. Pero, una vez más, lo de subirse a un avión en 700 metros y bajarse en 4,000. era otra cosa.

Confieso que buena parte del vuelo tuvo a mi conciencia ocupada en conjeturar lo que podría o no podría ocurrir. Conforme la llegada a La Paz se iba haciendo cada vez más inevitable, más inminente, y por ese componente pueril dentro de la condición humana de pretender obtener protección y alivio con cargo a la solidaridad de los demás, recuerdo que en una pasada que dio el segundo de a bordo por el avión, le pregunté con cierta ansiedad que... que... qué le parecía a él todo eso del asunto del mareo y de la altitud. El hombre -- ¿y qué otra cosa podría haberme dicho? -- me tranquilizó y me encareció que no me preocupara. Me dijo algo como... “¿No ve Vd. lo bien que está Vd. ahora dentro del avión? Pues hágase a la idea de que cuando baje a tierra sigue Vd. protegido por las mismas condiciones de presurización que aquí dentro”...

Aterrizamos en el aeropuerto internacional de El Alto. Se abren las puertas del avión y comenzamos a desalojarlo. No éramos muchos los pasajeros; ni había ni siquiera autobuses para llegar a la terminal, porque todo era de tamaño manejable; mucho menos pensar en alguna manga o túnel elevado, uno de esos “air bridge”. Bajo del avión y quiero interpretar en el ademán y la actitud de todos los demás un algo así como: “¿Lo ve Vd. como no pasa nada? Ya se lo habíamos dicho”. Echo a andar hacia la terminal, con pinta de edificio más bien modesto. Esto es Bolivia y estamos en 1978. Al trasponer la puerta que

separa la estancia propiamente dicha del asfalto del exterior... percibo el advenimiento de una bocanada de dejación, de desasimiento, todo como muy atemperadamente, sin violencias súbitas ni traumatizantes, ... La ví venir, lo entendí, y sin perder más tiempo solté lo que llevaba en las manos y me tumbé en el suelo todo lo largo que era...

Cuando desperté tenía una mascarilla de oxígeno que sujetaba una chica joven, sonriente, empleada de la Lloyd, mientras que a mi lado, dos hombres, empleados del aeropuerto, y pertenecientes a “primeros auxilios”, me atendían. Me habían colocado en una camilla y a ésta la habían puesto sobre una hilera de asientos de la sala de espera... “Se apunó el caballero” -- oí decir a la joven con cara de india. Lo comprendí todo de golpe, en mi despertar del desvanecimiento. Mi recuperación fue inmejorable. Como mi pérdida de la conciencia ocurrió antes de que hubiese accedido al control de llegada de pasajeros; o sea, antes de mi identificación por medio de la entrega del pasaporte a las autoridades en cuestión, con todo comedimiento me preguntaron... si podía enseñarles dicho documento... y alguna cosa relativa a mi alojamiento. ¿Lo traía reservado desde Santiago? Creo que no. Allí mismo, y en la típica colecta de información y de prestaciones con que se solidariza el público con el desvalido, como era mi caso, allí mismo la azafata de tierra que hacía de enfermera, me aconsejó el hotel Sucre. Muy bien. Pues el hotel Sucre. También procedí a cambiar dinero, cosa que impactó sobremanera a mi todavía cuidadora, pues aunque me habían retirado la mascarilla de oxígeno al ver que me recuperaba; que mi pulso adquiría su ritmo de siempre, etc., la azafata, digo, quedó complacida de mi orden y concierto cuando al entregar un billete, creo que de \$ USA 100.- para cambio, procedí a apuntar su número de serie en un listado de la

divisa que iba yo cambiando y gastando... “Eso sí que es organización” -- me dijo la guapa aunque achaparradita joven. Me despedí de aquella gente del aeropuerto que tan generosamente se habían comportado conmigo, y me metí en el taxi. Como quedó dicho, el aeropuerto de El Alto está a unos 4,000. metros de altitud, y hasta llegar a La Paz hay que bajar un poco, como rodeando las circunvoluciones de un embudo, porque eso es lo que parece La Paz desde el altiplano. Es impactante el descenso. El bruñido de un sol mortecino prestaba un colorido inédito a las casas que se agarraban a las lomas, a las faldas de las colinas. Los indios luciendo sus proverbiales sombreros, como orinales del revés, sólo que sin asa. Las mujeres me doy cuenta de que llevan zapatillas planas, con lacitos, lo que pudiéramos llamar “manoletinas”. Otras van descalzas. La “movilidad” de mi transporte, o sea, el taxi me dejó en el hotel Sucre, en el mismo centro de La Paz, en la Avda. 16 de julio. Bien porque se lo dijera yo, bien porque el taxista había sido informado por las autoridades sanitarias que me habían atendido en el aeropuerto, el caso es que los de Recepción se hacen cargo de mi condición “especial” y me recomiendan que no me pegue caminatas cuesta arriba; que me lo tome con tranquilidad y que “no me canse”. Bueno. Bajo ningún supuesto pensaba yo incurrir en trabajos forzados. Vagamente aunque con puntualidad inequívoca vino a mi conciencia lo poco procedente que sería procurarme compañía femenina con quien celebrar un ‘cuerpo a cuerpo’ en boliviano. Pero ni aun mi más optimista sentido de las cosas encontró objeción alguna al principio de abstinencia que La Paz iba a significarme. Contraté para tan sólo dos fechas, prometiéndome que al día siguiente, martes 28, dedicaría todo mi tiempo a ambientarme y a merodear por donde hiciera falta. Esa misma noche, antes de retirarme a mi

habitación, cosa que el sentido común me estaba pidiendo de todas las maneras, me di una pequeña y cautelosa vuelta por los alrededores del hotel. Casi a la entrada conocí a un argentino que estaba hablando con dos chavalas, Alberto R. Osuna, de Rosario, y de profesión ‘Contador público nacional y Gerente comercial’ como rezaba la tarjeta que me entregó, con membrete de Metalúrgica Rada S.R.L. Si traigo estos detalles a mis escritos, con evidente peligro de caer en lo desproporcionado respecto de detalles tan poco relevantes, el caso es que lo encuentro obligado porque no puedo olvidar el aspecto de “don Juan” de aquel chico: rubio, alto, bien parecido, simpático como él solo. Le conté que me había mareado y que abrigaba serias dudas sobre, bueno, sobre la conveniencia de someter al corazón a un bombeo demasiado violento en caso de encontrarme con “hembra placentera”. El argentino me participó que a él le habían asaltado los mismos recelos, pero que los había desechado y que había estado “cogiendo” con una de las empleadas del hotel. Aquella versión, que contenía todos los rasgos de un relato de guaperas incontinente, la verdad es que en boca del tal Alberto me amenizó sobremanera y me subió el ánimo. Estos argentinos -- pensaba yo -- ni aun en ambientes tan poco atractivos para ciertos menesteres como indudablemente era entonces La Paz..., ni aun en ambientes así dejan de ser castigadores y presuntuosos. Celebré conocer a aquel muchacho, y la prueba es que al cabo de más de veinte años que estoy escribiendo esto, guardo con amigable respeto la tarjeta con la que él cumplimentó nuestro intercambio de protocolo. Informé a Recepción que me retiraba ya hasta el día siguiente, y recuerdo que hicieron que me acompañara un ‘botones’ que me dio a beber un “matesito de coca”, la mejor medicina contra el “apunamiento”; todo ello, claro, con los saludos de la Dirección del hotel. Tengo registrado

en mi cuaderno de notas: “La cama de mi hotel Sucre tiene unas sábanas suavisimas: es de lo más cómodo”. Comprobé que el té de coca-mate, o comoquiera que técnicamente haya que llamarlo, operaba como arma de dos filos, porque sin dejar de ser indicado para el mal de altura, a mí me desveló la primera noche de estancia en La Paz, impidiéndome descansar cumplidamente, o por lo menos como yo creo que hubiera querido, con el consiguiente quebranto.

Martes 28 de marzo 1978. Comienzo a funcionar a mi aire. Por medio de la Dirección del hotel gestiono con un taxi el servicio de un día entero, de momento. Me presentan a don Antonio Hervás, dueño de un coche de esos grandazos, modelo americano y todavía en estado aceptable. Le comento la posibilidad de que se venga con nosotros alguien, de guía, preferiblemente chica, versada en la historia de cualquiera de las particularidades que puedan surgir sobre la marcha. Tras las oportunas prospecciones, aparece la Sta. Mercedes, algo feílla, con pocas trazas de indigenismo por lo que respecta a rasgos de indio aymarái; o sea, casi completamente europea pero, como digo, poco atractiva. Lo primero que me pregunta es que si conozco a Mario Vargas Llosa. ¿El escritor? Sí, claro. Le digo que de nombre, ¿quién no lo conoce?, aunque por desgracia mi nivel de lectura de los autores que constituyen el así llamado “boom” hispanoamericano deja mucho que desear; que el tremendismo costumbrista que se encierra y que se elogia en la mayoría de las publicaciones al uso, no me convence. Me entero por don Antonio de que Mercedes, que se apellida Llosa, es prima o pariente en grado más o menos equiparable de proximidad, del escritor peruano. ¡Pues qué bien! ¡Acabáramos! -- pienso. A ver si ello se traduce en algún aspecto de competencias de aplicación a las incumbencias mías. Trazamos

un esbozo de plan para la jornada. Por la mañana nos vamos a dedicar, lo primero, a arreglar todo lo relativo a mi pretendida visita de Cuzco y del Machu-Picchu; y de allí, el vuelo de regreso a Madrid, ya sin más dilaciones. Tanto don Antonio como Mercedes me consta que ponen su mejor voluntad. Me llevan a la mejor Agencia de viajes, donde barajamos las posibles alternativas. Lo del viaje a Cuzco ha de realizarse desde Puno, también ya dentro de Perú, y la manera más conveniente es en el tren que tarda 12 horas en dicho recorrido. Todo ello [estamos a martes] para el jueves, ya que el miércoles habría por fuerza que pernoctar en Puno para subirse en el tren por la mañana temprano del día siguiente. Conjugo ventajosamente la obtención del billete aéreo mediante la tarifa oficial, sin descuento alguno, pero también con derecho a modificar el horario y hasta la fecha en caso de necesidad. No las tengo todas conmigo. Hay tramos del viaje que no se pueden asegurar de antemano. El billete de Cuzco a Madrid me lo dan como reservado para el viernes 31 de marzo. Lo de mi desplazamiento hasta Puno y la obtención allí del billete de tren hasta Cuzco para el jueves, decidimos hacerlo por tierra y en mi caso, contratando al señor taxista Hervás que en las dos horas escasas que llevamos de rodaje me está dando una buena impresión. Tenemos ya el resto del día por delante y... ¿a dónde ir? Les digo que si me pueden llevar al Titicaca, a dar una vuelta por allí; a ver lo que nos vaya surgiendo por el camino. Así lo hacemos. A través del cruce con Chipamaya y de Batallas nos acercamos a Huarina. Allí conocemos a Paulino Esteban, miembro destacado de una familia dedicada de por vida a la construcción de balsas de totora, réplicas y antecedentes de las Kon-Tiki y otras con las que modernos aventureros siguen con sus especulaciones respecto de la posible travesía del océano Pacífico a cargo de

comunidades polinésicas a la costa suramericana, y al contrario. Paulino me regala, con su autógrafo, una foto en la que aparece de pie, tocado con el gorrito típico de orejeras, sosteniendo en sus brazos y como acunándolo, un modelo de juguete de balsa, allí, en una especie de dique o astillero. Nos dimos con él una vueltecita por el Titicaca. Nos contaba don Antonio, el taxista, corroborado por Paulino, que Bolivia disponía de “marina de guerra”, representada por una barcaza o cañonera que prestaba sus servicios de patrulla en la parte del lago de dominio boliviano. Aproveché la concurrencia de Paulino, Mercedes y don Antonio, por el orden que se quiera, para sonsacar la mayor cantidad de información con probabilidades de veracidad, ya que, mediante el matiz y el contraste de tres opiniones, pensé que dispondría de más y mejores elementos de juicio para forjarme mi propia opinión. Hablamos de detalles pintorescos y de cosas de más calado. Me contaban que no sé qué Presidente de la República había concebido iluminar toda la cima del Illimani, de 6,462 metros, allí, a unos 45 kms. ligeramente al sureste de La Paz, aunque dicho capricho se llevara por delante buena parte del presupuesto nacional. Me decían también que Bolivia tiene el 60% de indios de un total de población de unos seis millones de habitantes. Yo, al tiempo que barruntaba lo que parecía un lugar común en los libros de geografía y en los repertorios de macroeconomía y geo-política, a saber: que Bolivia era un país muy pobre y atrasado, y que tendrían que pasar muchos años antes de que pudiera codearse con las civilizaciones más avanzadas, simultáneamente les comentaba yo a mis acompañantes que el pretendido paraíso comunista y redentor que el barbudo del “Ché” Guevara pretendió inocular allí, fracasó por completo. A mí aquello siempre me había parecido y me seguía pareciendo el mejor antídoto de sentido común y de instinto de supervivencia

contra todos los visionarios profetas de vía estrecha. Y el catecismo del castrismo, que se las prometía muy felices, pensando que iba a prender entre aquellas pobres gentes bolivianas, que andaban muchas de ellas descalzas, que hablaban aymará y quechua junto con el castellano..., aquella chapuza marxistoide de cuatro listillos que querían vender una burra que no era suya y quedarse con el dinero..., aquel proyecto de exportación del credo de los barbudos tocados de Kalasnikov, tuvo su justa correspondencia en la ráfaga de tiros que se llevó con los pies por delante al “comandante de la divina presencia”. Mis interlocutores no quisieron entrar en temas así, pero bien claro me dejaron entender que los bolivianos habían preferido seguir siendo pobres pero haciendo lo que habían venido haciendo toda su vida, que no convertirse en más pobres todavía, esclavizados y haciéndoles el caldo gordo a los avispados de turno. Confieso que el ejemplo de Bolivia es uno de los que más me han ilustrado en cuestión de filosofía sociológica y de convivencia.

Al regresar a La Paz me quedé a solas con Mercedes, después de haber concertado la hora de salida hacia Puno para el día siguiente con don Antonio. Fue a través de éste como gratifiqué los servicios de Mercedes. Y lo hice con creces. La verdad es que la chica vendió su presencia y poco más; porque el tipo de excursión al aire libre, al Titicaca, que hicimos, no requería de mayores explicaciones que las que mi vista y mi percepción pudieran proporcionarme. Mercedes hizo más que nada... bulto; pero yo me las compuse para que ella sintiera que sus servicios habían merecido la generosa compensación de los \$ USA que la dí a través de Antonio. Fue un acto de liberalidad por parte mía; para que se acordase de mí. Ahora que nos habíamos quedado solos, paseando a pie, la dije que me llevara a

un centro de comunicación. Desde allí puse un telegrama a Cristina, la venezolana-francesa, por si de pura chiripa entraba en sus posibilidades dejarse caer por el aeropuerto de Maiquetía en Caracas durante mi tránsito; y que de todas formas yo iba a estar otras quince horas más en La Paz, por si podía acusarme recibo de mi mensaje y confirmarme lo que fuere. Mercedes, a todo esto, y para sus más bien menguadas posibilidades económicas y ambientales, se hallaba deslumbrada por el “poderío” financiero y de “movilidad” que yo desplegaba: había alquilado un taxi y los servicios de una guía turística supuestamente especializada, para una jornada entera, sin escatimar gastos. Ahora enviaba un telegrama express, entrega inmediata, sin reparar en tarifas; al día siguiente acometería en taxi el viaje hasta Puno. La pobre Mercedes estaba impactada por los manejos de un simple español, de la Madre Patria, que se desenvolvía tan opulentamente. Ella no tenía por qué percatarse en toda su plenitud real del hecho de que aquéllas iban a ser mis tres últimas jornadas en Suramérica; y que todavía contaba con algunos cientos de dólares para gastar sin más miramientos. Me importaba poco llegar al aeropuerto de Barajas sin más dinero que las pesetas suficientes para tomar el par de autobuses que me trasladaran a Alcalá de Henares, si es que no me fuera posible contactar a mi amigo taxista “Tendilla” para que me fuese a recoger. Con todo, y como postrer regalo de mi liberalidad a Mercedes, la sugerí que se viniera conmigo al hotel a... eso, a estar juntos, a acompañarnos. Su temperamento pacato, su estrechez de mente... la impidieron acceder a mi invitación. No se lo recliné. Fue mi regalo final, además de los \$ que, en su capacidad de empleada turística, recibió de mí por no hacer prácticamente nada. Poder contar a sus amistades o a sí misma que un caballero español la había hecho proposiciones de

intimidad, y que ella las había declinado, lo sentía yo como la más cara de mis munificencias. Me despedí de ella y me fui al hotel.

29 de marzo, miércoles. Don Antonio Hervás aparece a la hora señalada. Trae su coche limpio, oliendo a ambientador silvestre. Bien. Se trata de enfilarse hacia la frontera de Zapana (Bolivia) / Desaguadero (Perú). Dejamos atrás La Paz. Me voy definitivamente sin follar de Bolivia, por miedo a las repercusiones cardiacas de los cuatro mil metros de altitud. Tengo anotado en mi cuaderno: “El viaje por tierra, en taxi, de Bolivia a Perú es épico: Sin asfalto los caminos”. Aquella anotación sin duda que tuvo que hacerse en clave de síntesis, a modo de resumen compacto. Porque lo que sí recuerdo es que el viaje en coche desde La Paz (Bolivia) a Puno (Perú), de unos 350 kms. requirió en total nueve horas. Por supuesto que todo aquel tiempo no se empleó en rodar, sino que vino desglosado en diversos menesteres. De momento, la frontera referida es el típico apaño de compadreo acomodaticio permitido por los dos países vecinos, con unas horas de operación y otras horas de cierre, más o menos estipuladas y establecidas por el funcionario de turno. Mi taxista conocía algo sobre el particular porque, como sabedor de que íbamos a llegar a una hora de no funcionamiento de la frontera, durante el camino me pareció que conducía con toda la parsimonia del mundo. Al pasar por Tiahuanaco el hombre se detuvo dando por hecho que a mí me gustaría visitar unas ruinas... incaicas, o qué sé yo! Por no desairarle me acerqué al sitio de las excavaciones: Era un enorme cuadrilátero, como los cimientos de un edificio, en el que aparecían figuras, y otros motivos de salvaguarda arqueológica. Ya digo que no quise desairarle al bueno de don Antonio Hervás,

asegurándole que no me importaban las ruinas, de tantas como había visto en mi vida.

Al llegar a la frontera ocurrió lo que ya habíamos previsto, y que el taxista, de manera bien intencionada me había escamoteado, a saber: que el funcionario del lado de Perú estaba comiendo o echándose la siesta, y que había que esperar a que el camaranchón que servía de sede de los servicios de frontera y aduana se abriera. Claro que por mi parte no había problema. Hubiera podido adentrarme andando, sin más trámite, en territorio peruano. Pero a los bolivianos se les exigía un control identificativo, y todavía más llevando un vehículo. Así que disponíamos de una hora y pico hasta acercarnos por la barraca donde le visaran el paso a mi taxista. Aquella espera constituyó una de las lecciones en vivo y en directo de sociología más memorables de mi vida. Don Antonio había colocado su taxi, no sé si por puro azar o con toda intención, pero supongo que no, que fue una pura chiripa el que el coche quedase enfrente, mirando justamente hacia el punto donde por medio de unos bidones y un palo atravesado, se producía el paso de frontera de los de a pie, aprovechando una especie de vaguada entre dos cerretes que hacían del sitio un embudo estratégico fácilmente controlable. Allí una vez más se me puso de manifiesto que el que quiera encontrar tiranos respecto de los pobres, no tiene sino que ir a buscarlos de entre los mismos pobres. Por eso de las condiciones económicas que se van forjando, y con las que los nacionales de un país tienen que vivir y habérselas en el momento histórico dado de que se trate, es el caso que los bolivianos entraban a Perú, compraban género, y regresaban a Bolivia donde la reventa de lo comprado en Perú les permitía... vivir, o acaso y por lo menos malvivir. Era impresionante ver a las mujerucas éstas del bombín negro con forma de orinal; de las

cuatro o cinco capas de enaguas o ropajes interiores; zapatillas planas o... pies descalzos... era impresionante verlas cargadas con fardos de un volumen por lo menos igual al de su propio cuerpo, a veces mayor. Parecían estas esforzadas criaturas formar parte de un bulto al que le hubieran crecido piernas... ¿De qué productos se trataba? Parece que de todo un poco: cosas de confección; artículos de limpieza, calzado, etc. Ahora bien, lo más pintoresco del caso para alguien cual yo, era contemplar cómo unos “aduaneros” con cara de perro, vestidos de uniforme como de ordenanza de noche, o todo lo más como de limpiador de cristales de una empresa de Ayuntamiento de pueblo, les “exaccionaban” a los pobres mercaderes transeúntes lo que, según me parecía ver, les daba la real gana. El diseño era más o menos siempre igual: Llegaba el importador del producto peruano al paso fronterizo; se sucedía una conversación entre él (o ella), -porque ya hemos dicho que normalmente eran mujeres las que desempeñaban este menester acemilero- y el peruanito, con cara de perro indio; y el cuadro se cerraba mediante la rebusca y entrega de la cantidad que fuere al dueño y señor del puesto. Yo no discuto que ello fuera un uso establecido, y probablemente el menos malo de los posibles; pero digo que para mí constituyó todo un cuadro de costumbrismo socio-político. Aquella frontera y aquellos cobros, a ojo, a los importadores bolivianos, a cargo de los facinerosos funcionarios peruanos, “por el puente (sic) y punto fronterizo de Desaguadero” [así lo tengo consignado en mis apuntes de viaje] fue una de las realidades que más me ilustraron. Ni recibos ni nada de nada, sino solamente la voluntad de los canes de presa que haciéndose acompañar su pose autoritaria de una varita a modo de batuta, acaso desarrollaran la más beneficiosa de las actividades, pero acaso también protagonizaran el pisoteo de derechos humanos

más rotundo, más vejante, más ultrajante y más vilipendioso del planeta.

Yo, cada vez más engolosinado con la observación de aquel tremendo show, sin querer... o queriendo, me fui acercando con el fin de no perder detalle. Ahora ya me interesaba todo: las caras, las expresiones que pudiera captar, etc., aunque el esquema tendía a repetirse: Gesto de displicente prepotencia por parte de los amos y señores de la “aduana” de salida de Perú; y caras redonditas, enrojecidas, de las mujeres bolivianas que apenas traslucían su contrariedad o su impotencia, de tan consagrado como parecía ser el sistema. Uno de los “negreros”, al constatar mi curiosidad constante entre ellos y los “contrabandistas”, me invitó a retirarme y a esperar sentado dentro del coche. Llegó don Antonio y me informó de que el funcionario que visaba los documentos ya se había reintegrado a su puesto, y hasta allí nos dirigimos. Ya dije que este tipo de oficinas de control fronterizo de parajes como el que nos ocupa estaban al cuidado de algún que otro piojoso que, mientras duraba su trago, su siesta, su comida, o lo que fuera, dejaba desatendida la garita y uno tenía que esperarse sin más. Se trataba, en efecto, de un barracón donde sin más protocolo nos pusieron un sello, a mí en el pasaporte, y a don Antonio en una especie de tarjeta de tránsito.

Y así continuamos el camino, adentrándonos en territorio peruano. Yo siempre tuve la impresión de que los bolivianos ni han olvidado ni pueden olvidar la amputación de su territorio que les supuso la Segunda Guerra del Pacífico del siglo pasado. Ahora bien, aunque tanto Bolivia como Perú lucharon teóricamente al menos en el mismo bando y en contra de Chile, lo cierto es que la victoria de este último país sobre los otros dos no perjudicó gravemente a Perú en ninguna de sus facetas o

características geo-políticas. Perú sigue disponiendo prácticamente de su inmensa cornisa al Pacífico, con -- según dicen -- algunos de los más impresionantemente ricos caladeros de pescado del mundo. En la península de Paracas algún que otro programa convencional de TV en clave de documental nos ha mostrado las gigantescas instalaciones allí montadas para proceso de los productos marítimos. Como digo, no perdieron nada irremediablemente esencial. Pero el caso de Bolivia fue, como sabemos, dramática y cualitativamente irreparable, ya que el empujón hacia arriba que pegó Chile en todo aquel territorio es como si hubiera metido el hombro a lo bestia en el vértice suroccidental de Bolivia y lo hubieran subido hacia el Titicaca, convirtiendo a Charaña, ya tierra adentro, en la ciudad más próxima al Pacífico, pero nunca a menos de 200 kms. Tal era la magnitud del zarpazo que los chilenos habían propinado a sus adversarios. Las pérdidas de Perú, más que de territorio, que lo fueron, podían considerarse de prestigio nacional, ya que todo se reducía a que en vez de formar frontera por el sur únicamente con Bolivia a lo largo de la línea del río Loa, ahora y sólo que mucho más al norte, también la formaba con Chile a lo largo del célebre “pasillo de Arica”. Así, las pérdidas territoriales de Perú, aunque nunca desdeñables, se habían reducido al colgajo a modo de preservativo bañado por el océano en toda su parte occidental, entre el citado río Loa y su actual frontera con Chile. El criterio boliviano venía a compendiarse en el resentimiento de que, si los chilenos era seguro que nunca devolverían lo ganado, los peruanos -- sus otrora aliados bélicos -- sí que podían arreglarles el problema, permitiéndoles a su vez, y dentro de su territorio, trazar otro pasillo que arrancando desde Charaña discurriese por debajo de Tacna. Sin embargo, Perú no parece conceder actualmente mucho crédito a su antigua aliada Bolivia, y de ahí

que los peruanos, en palabras de don Antonio Hervás, y sobre todo después de contarle yo mis impresiones sobre el paso de mercancías por el puesto fronterizo de Desaguadero..., los peruanos, digo, eran todos unos “fregaos”, término acrimónico que repitió en varias ocasiones y en diferentes contextos, y siempre con sentido peyorativo y contumelioso.

Pero seguimos avanzando por aquellos caminos de tierra hacia Puno. Y llegamos, ¡tan sólo después de nueve horas desde que salimos de La Paz! Considerando los aproximadamente 350 kms. de distancia y las paradas realizadas, la media horaria de la marcha del vehículo no sobrepasó los 60 kms./h. Ya en Puno comenzó el chalaneo respecto de mi traslado a Cuzco al día siguiente. No sé quién o a través de quién se me sugiere el servicio de otro taxi. Me cobraban 10,000. Soles [1\$ USA = 130, al mejor cambio oficial]; o sea, unos 75.- \$. Pero pretendían nada menos que cobrármelos por adelantado, es decir, aquella misma noche anterior a la salida de la mañana siguiente; y por si fuera poco daba la casualidad de que el coche destinado virtualmente a transportarme tenía el parabrisas roto de una pedrada. Imagínese el lector la tremenda dosis de confianza que inspira un diseño como el que estoy esbozando. Unida esta realidad a la no menos perentoria de que en Perú me parecía que todos los hombres tienen pinta agitanada: pelo como grasiento o brillantado; patillas largas y lacias, sin cuidar; cromosoma de indio facineroso... digo que unido todo con todo, me impulsaron a declinar enérgicamente la propuesta del taxi o coche privado. Nos quedaba la más convencional y mejor: la del tren de vía estrecha. En ésta -- como me está pareciendo que funcionan buena parte de las cosas en Perú -- prima la corrupción del soborno, del sobrepago y de la gratificación. Mediante la correspondiente propina a la oficina expedidora de billetes, o a

un revendedor “oficial”, don Antonio, mi taxista, me ayuda a conseguir un billete privilegiado para el vagón buffet. De otra manera, sin propina quiero decir, uno se tendría que haber ido a otro de categoría inferior. Bueno. El tema de los transportes parece que queda abrochado hasta Madrid. Ahora lo que falta es salir ileso del portentoso viaje de tres semanas justas por Suramérica porque -- si bien materia de otras viñetas de estas Memorias mías -- Perú resultaba ser la ballesta que me lanzaba a casa después de haber saltado -- ya lo dije -- desde Senegal (donde estuve dos días) a Río; de allí a Buenos Aires; de allí a Santiago de Chile; de allí a La Paz... El resto lo ha ido comprobando el lector. De aquella noche del miércoles 29 de marzo en Puno no conservo el más mínimo registro. Tuve por necesidad que pernoctar en algún sitio, y lo que no recuerdo es si me despedí de don Antonio Hervás entonces, o también pernoctó él en Puno para acompañarme hasta el tren a la mañana siguiente, y regresar ya de día y sin más contratiempos a La Paz. Me inclino por esto segundo, sí. Quiero creer que el bueno y leal de mi taxista boliviano consumió sus funciones de transportista y me dispensó “movilidad” hasta el mismísimo tren para Cuzco.

Jueves 30 de marzo 1978. Me despido del Sr. Hervás y me subo al tren. El vagón de “super lujo”, clase extra, con buffet a que me hace acreedor mi billete es como un clase segunda español de los de los años cuarenta. Me dicen que la clase inferior tiene los asientos continuados, sin mesa, sin servicio de buffet, sin prácticamente nada. El vagón de clase superior en que me acomodo está casi en su totalidad ocupado por una excursión de italianos del Sur de Sicilia; el pasajero que se sienta enfrente de mí es un peruano joven, finito, con los típicos rasgos de gitano dado de brillantina algo dulcificados. En algo debe exteriorizarse el hecho de viajar en el compartimiento de “super-

clase”. Me subo al tren con una media hora de antelación, para asegurarme en lo posible de que mi asiento me pertenece. Entre mi vecino y yo se puede abatir un tablerito que arranca desde debajo de la ventana, y sirve de mesa. El viaje, de menos de 400. kms. me informan que dura medio día entero, es decir, doce horas cabales. Antes de que arrancara el tren, allí en el andén de la estación de Puno me fijo en que se pasea un guardia, un muchacho uniformado de verde, con ropa de confección basta: botas negras y limpias, luciendo un pistolón al cinto; el tío parecía un general con mando en plaza. Se me antojaba que estos prójimos habían heredado, en versión corregida y magnificada, la pasión del españolito por los uniformes, sobre todo en las épocas de carencia, como por ejemplo nuestra post-guerra en la que, por un irremediable parentesco con la preeminencia de los militares de profesión que, nos gustara o no, habían ganado la contienda..., por una inajenable relación entre cualquier tipo de uniforme y la clase social que ostentaba (o detentaba, acaso !) el mando..., por todo ello, digo, al españolito de las épocas de depresión tan imponente le parecía cualquier vestimenta que no fuera la de un ciudadano civil [Y si no, que se lo preguntasen a algunos de nuestros amigos “cadetes” de la Academia Militar, que en pleno verano, con los cuarenta grados justicieros al sol de Castilla, salían encorsetados y hieráticos en el blindaje de su recién ganado atavío kaki, dispensando magnánimamente sus miradas entre el bello sexo, sabedores de que de ellos era la gloria, y de que a ellos pertenecía el reconocimiento]. Al ver al peruano este, policía, vigilante, militar... todo en uno, pasearse con la mirada como indiferente a las cosas terrenales, por ocuparse en trascendencias de más alto vuelo, sí, al ver a este indio moreno, a este “morocho” pavonear su marcialidad a lo largo del andén de la estación de ferrocarril de Puno, pensé que

esto de los uniformes era algo muy serio en estas civilizaciones de bananerismo autoritario.

Nada más comenzar el viaje me percaté de que el tren era la forma más conveniente, con mucho, de trasladarse hasta Cuzco. Todo lo demás, todo aquel rollo macabeo del transporte privado despedía un tufo a estafa y a un... “si te he visto no me acuerdo”... Sí, decididamente, el tren es lo mejor. La velocidad viene a ser de entre 35 a 40 kms. a la hora. La puna, páramo o soroche es toda la planicie mesetaria de tierras altas próxima a Los Andes, el llamado altiplano, y contiene sin duda una belleza adusta, continuada. Un tipo de matojo ralo, sobrio, como en colonias, a modo de copetes desperdigados parece la única vegetación que se aviene con el despeinado del viento. Se divisan ejemplares de la fauna característica de estos parajes: llamitas, o tal vez vicuñas, acaso alpacas, quizá guanacos. Por más que me esfuerzo no logro traer a mis entendederas principio o dato de conocimiento que me permita distinguir entre uno y otro tipo de animalito. Lo sigo intentando y... no lo consigo. Ya en España, y en el momento en que estoy redactando esta viñeta, sí puedo echar mano de alguna fuente de información. La llama -- aproximadamente un tercio del tamaño del camello -- es la más corpulenta de las cuatro especies, y con un peso de unos 120 kgs. Tiene casi las mismas medidas de alta que de larga, aun cuando su cuello, parecido en su trazado al del cisne, la da a veces una altura engañosa, como engañosa es también la apariencia de docilidad que le prestan sus mansos ojos, negros y suaves. Aun cuando su pelo puede ser de varios colores, las diversas tonalidades de marrón son las predominantes, existiendo algunas llamas blancas que los indios de tiempos pretéritos adoraban como dioses. La llama puede viajar hasta 30 kms. diarios con sólo un alto para pastar, ya que se niega a comer de

noche. Saciado su apetito, continúa la marcha con un gracioso balanceo del cuello completamente independiente del movimiento de sus patas. Por término medio la llama puede llevar hasta 40 kilos de peso, y es gracioso constatar que si el animal se cree sobrecargado se deja caer en el suelo y nada lo hace mover hasta que no le quitan el peso que le han puesto de más. La vicuña es la especie más pequeña de toda la familia, tanto en estatura como en fuerza y corpulencia. Con cabeza muy grande para su cuerpo, de unos cuarenta kilos de peso y mirada vacía en sus ojos mortecinos, la vicuña parece el miembro menos agraciado del clan. Pero lo que la falta en belleza y gracia de movimientos lo compensa con la finura y valor de su pelo: De color uniformemente marrón rojizo, la piel de este animal es la más suave y sedosa del mundo, así como la más valiosa...

Mientras miraba a través de la ventanilla del tren, claro es que no disponía de este repertorio informativo de doctrina erudita, que ahora acabo de verter a este escrito mediante una breve consulta bibliográfica. Pero el resultado era parecido al que muchos años atrás, en 1964, cuando al atravesar el país de Islandia desde Siglufjordur hasta Reykjavik, podía divisar normalmente en grupos o manadas, conjuntos de poneys o caballitos que a mí me parecían de juguete, y que de momento generaban en mi conciencia la pregunta de si tendrían dueño..., allí en medio de lo que a mí se me antojaba como un vastísimo y espectacular páramo; o si, por ejemplo, cualquier ciudadano que, pasando por allí, se diese maña a capturar a alguno, podría sin más considerarse dueño de él, como “res nullius” típica que accediera a su captor sin violencia de principios. Me voy enterando de que el viaje hasta Cuzco recorre el trazado de un ángulo levemente obtuso cuyo vértice se produce en La Raya, a 4,319. metros de altitud exactamente, y entre las localidades de

Santa Rosa, al sur, y Sicuani, por arriba. Hasta allí todo el recorrido se realiza en progresivo y suave ascenso, prácticamente imperceptible. A partir de ahí, y hasta Cuzco, se va bajando. Efectué una pequeña comprobación: la ciudad de Puno a orillas del Titicaca se halla a 3,870 metros, unos cuantos más tan sólo que el lago (3,856.); y Cuzco se encuentra a 3,467... No es mucha la diferencia de ninguna manera, pero aún así se trata de 850 metros entre máxima y mínima. Probablemente fuese La Raya, y si no en Sicuani, donde además de la parada correspondiente me bajé a cambiar algunos dólares. Aquí ya, aprovechándose de la indefensión del turista, lo pagaban a 120 soles, con una ganancia de diez soles por dólar respecto de la tarifa oficial anterior atestiguada en Puno...

Pero detalles aparte, el caso es que llegamos a Cuzco, según nosotros, y Cusco según la grafía nacional peruana. Pido información sobre algún buen hotel y me mencionan el cinco estrellas Libertador / Marriott. ¡Pues, venga: al Libertador! Cuzco es una ciudad cien por cien representativa cargada de prosapia y contenido emblemático indiscutible. En tales casos lo mejor es huir de la cargazón consabida de la erudición al uso, conseguible en cualquier guía para turistas, y dejarse llevar. Que los demás se encarguen de las inevitables instancias de trasladarnos a los sitios fijados, y que uno se preocupe de mirar; de no poner filtros ni fronteras a la absorción de imágenes, impresiones, vivencias. El hotel es efectivamente imponente, de estilo colonial, precioso, como queriendo conservar la atmósfera de esa conjunción entre lo más irrenunciablemente pretérito y el confort que se espera de un establecimiento de gran lujo. Tomo posesión de mi alojamiento, un pedazo de suite por todo lo alto, y me lanzo a la calle a ver cosas. Recuerdo con cierta imprecisión, pero inequívocamente como un todo válido, que la

situación del hotel, calle San Agustín 400, se halla contigua a una plaza de sobreportales, que le prestaba a uno la impresión de encontrarse en Almagro o en cualquiera de esas localidades españolas con plazas de dichas características, con las vigas y columnas de madera ennegrecida, plenas de robustez y de valimiento histórico. Por la calle era absolutamente inviable andar unos cientos de metros sin que a uno le salieran al paso elocuentes y profusos restos de la arqueología incaica: caras, cabezotas, pedruscos, cacharrería, trozos de columnas... con los gestos de aquellos personajes incaicos tan hieráticos como poco atractivos. Recuerdo que entré en aquella plaza -- ¿acaso la Plaza de Armas? -- y que en una fonda, sí, quiero creer que más que restaurante era fonda o casa de comidas con aire colonial..., me tomé una sopa y un postre. Luego, otra vez paseando, y por ese prurito de que nada de lo humano me fuese ajeno, como reza el aforismo clásico, hallándome en una perfecta euritmia, en un total acomodo con la altitud, y sin ninguna percepción de desarreglo o anormalidad en mis constantes..., me acerqué a un taxi en el que se encontraban dos hombres jóvenes y les pregunté si por allí había alguna casa de putas... “Claro” -- me dijeron -- véngase con nosotros”... Confieso que pasé miedo. Fue la típica acumulación de pequeñas sospechas, de sutiles desconfianzas y de nacientes reparos, todo en menguadas dosis, pero acumulativas, provenientes del chalaneo que había presenciado en la frontera de Desaguadero; del supuesto taxista de Puno que me quería cobrar por adelantado; de la sisa de los diez soles por dólar en el cambio que efectué durante el viaje en tren, etc., etc... lo que me hizo sentirme gradualmente inseguro y suspicaz a medida que el taxi se alejaba de Cuzco, tiraba por una carretera ya en plena lobreguez y ponía más y más distancia por medio. Algo debieron de notar mis “chóferes”..., porque sin yo

preguntarles nada, en un momento dado me dijeron, así, para tranquilizarme, que el lugar se hallaba cerca y que estábamos llegando ya. Otro dato más para la historia de mi curiosidad: Lo que yo inferí por casa de putas y por lo mismo que pregunté, se trataba de una colonia de barracones, como casetas de Feria, pintados de colores chillones, terriblemente inhóspitos para la estética y la sensibilidad. Penoso, lastimoso. Pero yo había hecho un viaje hasta allí, estaba vivo, lleno de inquietud, y tenía un taxi a mi lado, a mi disposición, a mi entero servicio. Me horripiló el panorama. Así como de pasada, como marchándome ya, alcancé a desestimar los ofrecimientos de una mujer con pinta de india, pelo negro y largo, algo desharrapada, que a la puerta de su garito pretendía enaltecer con su presencia lo atractivo de su negocio. Me metí en el taxi y les pedí que me devolvieran al Libertador.

A partir de mi regreso al Hotel, y tratándose como se trataba de mi última noche en Suramérica, no pude dejar de percibir que un poco de disfuncionalidad y atropello se había convocado respecto de lo que me quedara por hacer. En progresión geométrica de velocidad y de lucidez las cosas comenzaron a presentármese en su justa realidad, en la contención de sus límites cabales, tal como eran. Una lástima que en aquel momento, quiero decir en aquella época, yo no conociera la formidable y manejable enciclopedia del viajero -- en un solo volumen compacto, por otra parte -- *Pan Am's World Guide*. En el mismo 1978 había aparecido la segunda edición [la primera databa de 1976], y aun suponiendo que ello hubiera sucedido a comienzos de año, yo en cualquier caso desconocía las dos. Ahora, en el instante en que esto escribo tengo delante de mí y al lado mío las ediciones de 1978 (segunda) y de 1982 (cuarta). La formidable diferencia que hubiera supuesto disponer

de dicha información entonces en Cuzco se me hace ahora más patente, más mortificadamente palmaria. Pero era el final de mi viaje; un viaje que en buena parte había ido yo confeccionando sobre la marcha, diseñando sus puntos de salida o de despedida anterior. Bolivia y Perú fueron sugerencias surgidas en Chile; y para más desafuero ahora comenzaba a comprobar que los servicios de la agencia turística de La Paz carecían de rigor y de garantía. Aquella pobre gente, tal vez temerosos de que un cliente como yo pudiera acudir a otros competidores, me parecía que se habían esforzado en prepararme todo el billete combinado hasta Madrid con una total carencia de conocimiento de las fechas y de lo que se suponía que yo quería hacer en ese tiempo. Comienzo a enterarme ya con plena fehcencia de que la excursión a Machu Picchu requiere un día, una jornada entera de doce horas, descontando la virtualidad, claro, de hacer noche allá arriba, lo cual nos llevaría a la jornada de 24 horas. Mi falta de información sobre cómo llegar a Machu Picchu es total, elemental, de origen. Pero lo que más me ofusca, lo que más me desconcierta es la comprobación de que los servicios del Hotel Libertador/Marriott no están a la altura de las circunstancias. Se me evidencia la fractura que existe entre un establecimiento de cinco estrellas y el calibre muchísimo menos estelar de sus regidores. Y el caso es que percibo buena voluntad por parte de los empleados de Recepción.... pero no dan más de sí. Es como poner al volante de un coche sofisticadísimo a alguien acostumbrado a conducir un vehículo tradicional de cuatro marchas. Como mi vuelo a Lima-Caracas-Madrid del día siguiente sale en la primera hora de la tarde, me hago la idea de que dispongo de toda la mañana, y si se hace arrancar a ésta desde temprano, quiere decirse que cuento con cuatro o cinco horas de operatividad. La noche del 30 de marzo, la que estoy

relatando ahora, me significó un gran quebranto en mis esquemas porque fueron varias las cosas y las especulaciones que se contrapusieron y que chocaron entre sí dentro del diseño entero de mi conciencia. Estaba claro que en ese final de viaje sólo podía yo tener opción a terminar todo ileso, que no era poco. Cualquier otra pretensión añadida se me tornaba instancia fantasmagórica, quimérica, inasible. Como en una cadena natural e inescapable los despistes se iban sucediendo: Recuerdo que al tomar posesión de mi suite en el Hotel, el camarero que me acompañó, a mi requerimiento, me informa, así, con el aire más propio y complaciente del mundo, que puedo contar con él para procurarme una chavala. A fin de cuentas un establecimiento de cinco estrellas se esperaba que acogiese en su proyecto este tipo tan consuetudinario de servicios. Pues bien, el recepcionista del turno de noche emitió un rotundo mentís a semejante posibilidad y deploró con gesto agrio que alguien de entre los empleados del Libertador hubiese dado pie a que un cliente especulara con semejante clase de prestaciones. Supondrá el lector que lo único reseñable en un detalle tan trivial es justamente lo que nada tiene que ver con la existencia o no de chica de alquiler; sino la descoordinación de criterios informativos.

Como digo, esa noche del día 30 me metí en la cama, a ver si la quietud del andamiaje de mi cuerpo propiciaba un claro para mis ideas. Sí recuerdo que a eso de las 06:00 am. ya del día 31 de marzo, en la cama, me creí con elementos de juicio para proponerme mis posibilidades postreras de ascender al Machu Picchu. No puedo precisar si ya la noche anterior se me había hecho evidente la inviabilidad de hacer la excursión fuera de los esquemas de las doce horas mínimas que ya cité. Probablemente la información veraz y definitiva la adquirí en aquellas primeras horas de la mañana del día 31 de marzo, mientras me hallaba

acostado. Tengo la percepción de que el cambio de turno de personal en la Recepción y en la centralita telefónica del Hotel pudo dar lugar a versiones inéditas respecto de unas cuantas horas antes. No, a Machu Picchu no se puede ir sino por el método excepcional del helicóptero... ¿Llegué a preguntar el precio? Es igual: llevaba todavía encima una cantidad importante de dinero, más que suficiente para pagarme el pasaje de ida y vuelta. Un helicóptero para mí solo, sonaba bien. Dicha opción -- me dicen -- es operativa en cualquier momento hasta las 09:00 am., y ahora son tan sólo las 06:30. Imagínese el lector la remansada evidencia que entonces me impregnaba respecto de la falta de conocimiento de aquellos desgraciados de bolivianos de la agencia turística, que no acertaron, acaso ni se lo pensaron, ni se lo plantearon, que no se les ocurrió advertirme de lo que tendría que haberles sido obvio, todo este trajín relativo a uno de los motivos turísticos más sobresalientes de toda Suramérica, a menos de 1,000. kms. de distancia de La Paz. O no supieron; o no quisieron..., o ambas cosas. Es inconcebible que no me advirtieran, ante mi declaración de querer visitar un enclave tan representativo..., es poco digerible asumir que no se percataran de que se habían quedado cortos en una fecha de la que yo perfectamente hubiera podido hacerme cargo, tanto por tiempo como por dinero. Bueno. Los bolivianos achacan su depauperación a chilenos y peruanos; pero acaso sean ellos sus peores enemigos. De todo ello se estaba ocupando mi cabeza... Ahora, en la edición de *Pan Am's World Guide* 1982 se puede leer: "You can travel by helicopter from Cuzco to Machu Picchu, roundtrip about US \$ 175.- for the 35 minute ride each way" (pg. 941). La edición de 1978 no incorpora aún dicha información; e ignoro si lo hace la de 1980. En todo caso podrá comprobar el lector que dichos servicios reflejan el altísimo standing turístico

que desplegaba, al menos en teoría, el Hotel Libertador/Marriott cuando yo me hospedé allí. A eso de las 08:00 am., y sin haber mediado por mi parte aviso alguno ni comunicación con los empleados de Recepción del hotel, me telefonan y me dicen que debido al mal tiempo los vuelos en helicóptero se han suspendido por el momento. Sigo en la cama, y a eso de las 08:45 am. recibo otra llamada de Recepción comunicándome que tengo un helicóptero a mi disposición y a la espera...

En cosa de instantes los temores larvados en mis anteriores reflexiones parecen como convocarse. No me fio, no, de estos peruanos..., y subir en helicóptero con mal tiempo..., y el riesgo de pegarse uno un golpetazo y juntar la mierda del culo con la masa encefálica... no me seduce. Han sido muchos “poquitos” los que han formado el bulto compacto e ingenuo de mis desconfianzas. Decido soltarme de una vez por todas de esta red de indecisiones en acechanza y... digo que no; que definitivamente no quiero ir a Machu Picchu; que renuncio; que... gracias por todo el flujo de gestiones que mi caso haya generado... pero que decididamente, definitivamente, no voy. Resuelto el problema mortificante. Tampoco le falta originalidad al hecho de haber estado a... al pie de Machu Picchu y no haber llegado arriba. Lo recrearé con más nitidez en mi imaginación. ¿Quién no ha visto en película hasta la extenuación del detalle la ciudad-fortaleza de los incas? ¿Quién no ha leído, en cualquiera de las innumerables guías de viaje para el turista, la descripción de semejante sitio? Años más tarde, encontrándome en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, ni siquiera pude sustraerme a cruzarme con una página entera de *El Siglo* (jueves 2 de agosto 1990) en que, por todos, decía parte de la leyenda que acompañaba lateralmente a una reproducción de más de 50 cms. de alta por 25 de ancha, y muy artística: “Hay que estar

dispuesto a salir temprano del Hotel [de Cuzco], ya habiendo ingerido una humeante infusión de coca, y soportar el traqueteo del aventurero viaje en tren, los empujones de la muchedumbre y la tediosa espera del microbús que conduce a los visitantes a las ruinas”. Eso parece ser que sería lo que me perdí o, tal vez, me encontré! En todo caso yo había cortado amarras con los posibilismos y con las inculpaciones y decidí quedarme en la cama hasta la hora tope para bajar al desayuno, y empezar a recoger mi sucinto equipaje para la marcha. Cuando me levanté y asomé todo mi cuerpo por las afueras del hotel, comprobé que el tiempo era inmejorable. Otro despiste más de esta gente, para qué seguir. Sin lugar a dudas estos prójimos quieren estar a la altura turística que el nombre Cuzco, Machu Picchu... reclama, todo ello encapsulado bajo la vitola del Hotel Libertador/Marriott, pero no dan la talla. No se lo recrimino; sólo lo apunto. No dan la talla.

Comienzo la cuenta atrás. Desayuno, arreglo, como digo, mis pocos bártulos, y me llevo la intrascendente -- si bien, elocuente -- sorpresa de que el hotel, en contra de lo advertido la noche anterior, me cobra un sobreprecio correspondiente a habitación doble. En mi cuaderno de notas registro: “Además, los indios sarnosos esos me cobraron”... No creo que fuera para tanto pero de cualquier forma ilustra mi estado de ánimo. Antes de marcharme firmé en el libro gordo del hotel, patentizando mi disgusto por el mal servicio existente. También tengo anotado: “Me quedé corto, por emplear términos demasiado decorosos y corteses cuando lo que debí hacer es redactar la nota además en inglés, de forma que lo pudieran conocer mucha más cantidad de gente”. Con la perspectiva de los años, ahora, no estoy seguro de haber hecho lo correcto. De todas maneras, hecho quedó. Fue una forma ampulosa, de alto rango, de hacer uso de lo que en

versión más de andar por casa llamaríamos “libro de reclamaciones”...

Quiero recordar que el taxi tiró a lo largo de la Avda. del Sol, para continuar por la de Garcilaso de la Vega. El avión de Aero Perú que me lleva en una hora a Lima tiene arañado el cristal de las ventanillas; se ve que ha sufrido su baqueteo. Creo que se trata de otro Boeing 727 maniobrero que se siente en casa volando por todos aquellos parajes. Llegamos al aeropuerto de Lima, y allí se produce, quiero decir, recibo el ¿último? golpazo que las circunstancias y el ambiente peruano generan, o al menos propician. Al acercarme al mostrador de vuelos internacionales para procesar mi pasaje a Madrid, vía Caracas, me dicen que mi billete está falto del endosamiento de los impuestos de salida, ya que el vuelo propiamente internacional arranca de Perú, y lo que hubieran hecho o dejado de hacer los de Bolivia a ellos no les incumbe; a los peruanos, por supuesto. Tuve la impresión de que al menos era la postrer ocasión que me quedaba para constatar la inoperancia y desinformación de los bolivianos en las materias de referencia, y el hijoputismo de los peruanos. Estoy seguro de que cuando me reclamaron lo que me reclamaron, su proceder sería técnicamente impecable. Pero no creo que nadie con un punto siquiera de imaginación pudiese descartar la reacción de alguien normal, como yo, como cualquiera, cuando todo lo relacionado con la gestión de pasajes y de traslados había experimentado resultados tan negativos. Y así, sin violencia alguna de principios, sentí que era objeto del típico “atracó legal” y [digo literalmente en mis apuntes] “me tuve que cagar en todos los muertos de aquella caterva de piojosos hijo-putas, hasta formar corrillo de gente y hacerle temer a aquel argentino [otro pasajero que también hacía cola]... por mi misma vida. La cosa es que me cobraron \$ USA 45.- alegando que mi billete de

avión *arrancaba* de territorio peruano, como ya expliqué antes; y aunque la agencia de La Paz que me vendió el billete ya me cobró \$ USA 37.- en concepto de expedición, de despacho o lo que fuera, los indios peruanos decían que era de ley sujetarme a tal impuesto”. El texto de mis apuntes me permite globalmente, como un todo, recordar aquel berrenchín que a mí se me antojaba parte de la confabulación que las altas esferas urdían en mi contra en Perú. Ni los cuarenta y cinco dólares constituían nada irreparablemente gravoso para el más que suficiente dinero que aún llevaba encima; ni podía yo obviamente ignorar que tal medida de los aeropuertos peruanos se ajustara a derecho. Pero eran tales y tantas las circunstancias que en un par de días me habían mostrado ásperamente su cara desagradable en Perú..., que en mi alma había crecido con fuerte arraigo la flor de la susceptibilidad.

Embarqué ya, sin más penosidades, para mi vuelo de unas cuatro horas largas a Caracas. Cuando el avión salió de territorio peruano me puse a pensar en que..., bueno, de toda aquella pasada y reciente hecatombe concerniente al país de los incas, era de justicia salvar a las mujeres, con independencia de sus nacionalidades y menesteres, pero en todo caso afectadas al hecho de cruzarme con ellas en Perú: a Rosita, guía del grupo italiano que compartiera conmigo el coche-buffet de Puno a Cuzco; a una amiga suya, italiana casada con italiano y residente en Perú desde hacía 17 años: fina, guapa, rotunda en su feminidad y en su tacto, con la que coincidí en la llegada al aeropuerto de Lima, y a la que ayudé a llevar los bultos hasta que su marido la recibió; a la chica, también matrimoniada, recepcionista del Hotel Libertador de Cuzco, que vestía ponchoruana, y que me dio las gracias encendidamente varias veces ante las palabras de cortesía y halago que su presencia despertó en

mí; a la telefonista del hotel en la mañana de mi partida de Cuzco, y que con voz dulce me conectó con la información sobre el helicóptero y sobre la imposibilidad de que me plancharan los pantalones a las 06:30 am; y por el tono de comprensión que emitió o fingió emitir al conocer mi desencanto respecto del hecho de que, si en cualquier caso se realizase mi visita en helicóptero a Machu Picchu, ésta habría de llevarse a cabo sin los pantalones planchados; lo cual no era ni mucho menos una muestra pequeña de empatía por su parte.

La escala en Caracas fue de pena. La sala de espera para viajeros en tránsito -- mejor sería decir transbordo -- no tiene refrigeración y se suda tinta. En estas circunstancias hubiera sido imposible encontrarme con Cristina. Pero de todas formas se me hizo evidente que no podía estar operativa, bien porque ni siquiera recibiese mi telegrama desde La Paz; bien por lo que fuese. Casi con toda seguridad que no se hallaba en Venezuela: supongo que, por lo menos, me hubiera escrito una nota a España acusándome recibo de mi aviso de escala en Caracas. Nunca más supe ya de ella. Supongo que mejor para mí; sólo lo supongo. Aquella primera toma de contacto con el territorio venezolano fue de puta lástima; una guarrada [Las cosas cambiarían en mis otras entradas y salidas al, y desde el, continente suramericano a través del aeropuerto Simón Bolívar de Maiquetía-La Guaira].

El avión que me devolvió a Madrid era un DC-10, la primera vez que yo volaba en dicho tipo de aeronave: grande, con nueve asientos en línea; dos pasillos laterales y dos pantallas de cine. La película que proyectaron: "Rocky I".

La dinámica cambiante de mis peregrinaciones aventureras propició que nunca más volviese a poner los pies en los territorios de Bolivia y de Perú. Acabada de redactar esta

frase, la siento como hostil, como permeada de negativismo. No me molesto, empero, en corregirla ni mucho menos en eliminarla porque la verdad es que guardo de mis experiencias andinas en estos países un conjunto de espiritualidades, de magmas afectivos muy válidos y muy utilizables en cualquier momento, en cualquier singladura de todo el tiempo cósmico futuro en el que me toque irme consumiendo. Mucho después, ya en 1994, y con motivo de un Programa de Estudios sobre Administración y Archivos que el Gobierno español patrocinaba a favor de los países iberoamericanos, tuve la oportunidad de conocer a Sonia Sotomayor Vargas, directora del Archivo Departamental de Puno. Desde allí, fechada el 27 de octubre, me escribe en una preciosa tarjeta -- Puno. 3870 m.s.m. Balsa de los Uros [indios bolivianos] en el lago Titicaca -- “Para el Dr. Tomás: Una imagen de la altiplanicie peruana, donde ya me encuentro laborando nuevamente, con el recuerdo, siempre presente, de las bellas Alcalá y España”. Una agradable y competente señora esta Sonia. Cuatro años todavía más adelante, ya en 1998, en uno de esos ambientes de alterne típicos, alimentados por una cada vez más incontenible invasión de la “madre patria” a cargo del elemento femenino suramericano, coincidí con... la que dijo llamarse, y acaso se llame, Isabel, una preciosidad de chavala boliviana, pelo liso, ojos de lago, esmaltadísimo chasis. En la secuencia de epifanías que mis andanzas me vienen deparando, Isabel me ha supuesto, siempre por ahora, el nexo más fino y reciente con la cuota de complicidad lírica que su país me significara en 1978.

Lucía; Gabriela: Santiago de Chile. Patricia: Isla de Pascua. Niña de Bogotá. Chica suiza en el avión de regreso. Navidad 1978-Año Nuevo 1979

El frondoso e intensísimo viaje de marzo de este mismo 1978 por cinco países (Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, y Perú) me había prestado de entrada una buena panorámica sobre la cual seguir avanzando tanto en profundidad como en extensión. Se había roto el maleficio de atonía y dejadez que hasta entonces, hasta pasados mis cuarenta años hicieran del continente suramericano una parte del ecúmene desconocida y postergada para el espíritu mío. Más de una vez, posteriormente, y en los márgenes consentidos por la eutrapelia había encontrado yo sustancioso especular sobre lo que hubiera acarreado a mi vida el nunca imposible hecho de que yo hubiese descubierto Brasil, digamos, veinte años antes... Pero bueno, dejemos los posibilismos y las figuraciones, porque la realidad, tal y como se había manifestado en el momento... en que se había manifestado, tampoco se quedó corta. Aquella cata del mundo ibérico constituyó el comienzo de una fervorosa degustación de todo el producto, y que se seguiría celebrando durante doce años más, casi consecutivos, gloriosamente insistentes, persuasivamente acaparadores... El impacto de eterno femenino que mi recorrido de marzo de 1978 me había dejado -- me refiero a lo que tuviere de proceso azaroso, de libertad y multiplicidad de opciones, de proyectos con futuro, con visos de continuidad, con una posible riqueza de argumentos, de desarrollos ulteriores -- se encofraba en Lucía Martín Letelier, así como suena. Y no es que las demás criaturas de Chile y de Brasil no hubiesen dejado en mi alma una muesca suficiente de recuerdo y de admonición, no. Pero se trataban de... otra cosa. El jolgorio carioca y la cosecha a

ultranza de toda la carne templada que me propiciaba serían cumplimentados por mí muchas veces más mediante vuelos exclusivos desde Madrid, como correspondía a un destino monográfico por antonomasia. El lirismo de Isabel Undurraga, la chilena finita y entrañable de mi encuentro espontáneo a las afueras del Hotel Foresta no podía ser más que lo que había sido: una preciosa credencial que nunca dejaría de acompañar a la memoria mía. De Argentina, Bolivia y Perú ya dijimos que el botín había radicado en cuestiones de muy distinto signo, valiosísimas asimismo, pero no de un cariz tal que requiriesen mi presencia para mantener vivo el fuego del interés y del anhelo.

Así que Lucía. Nuestro coincidir, como recordará el lector, se había producido en el momento, bueno, un rato antes de salir yo de Chile. Pero se había producido con la suficiente congruencia, con el oportuno entramado de complicidad como para eso..., para que mi alma urdiese con la reglamentaria delectación todo un programa de especulaciones por venir. También recordará el lector el señalado esfuerzo, la preciada nómina de realizaciones que llevé a término aquel portentoso año de 1978 a partir de mi regreso de Suramérica el día 1 de abril y de mi incorporación en Granada a mis funciones académicas: Rematé los cursillos restantes de doctorado en Derecho; cimenté sólidamente toda la heurística de mi Tesis; y ya en verano me trasladé a Berlín para seguir el curso de alemán de ocho semanas en el Goethe, concediéndome desde allí, y como premio a mi laboriosidad, una penúltima visita a Moscú. Ya desde octubre, y echado a andar que hubo el curso académico 1978-1979, continué sobre seguro con el desarrollo afianzado y cada vez más preciso de mi Tesis de Derecho; además, claro, de mis nupcias estables y funcionariales con la Filología inglesa.

Eso en lo tocante a lo académico-intelectual, laboral, o como se quiera entender. En lo irreductiblemente personal me había intercambiado un par de comunicaciones con Lucía, siempre -- o al menos así supongo que yo lo creería -- con esa carga logística de información que le permitiese captar a ella que aun en lo más apretado de mis actividades, en lo más arduo de las atenciones que yo tuviera que dedicar a mi propia salvaguarda, al enaltecimiento de mi trabajo..., que aun en el más intensamente imaginado de los maelstroms..., pensaba en ella como la más irrenunciable connivencia con la que mi exotismo estaba gloriosamente condenado a formar pareja. Conservo una fotografía paisajística que me envió Lucía, y el reverso de la cartulina con el siguiente texto: “Chile - Constitución, julio/78. Estimado Tomás:

Te llamará la atención otra tarjeta y por lo tanto tan “ceremoniosa” como tú dices, pero que estas vistas de mi pueblo natal valen la pena conocerlas, tiene unas rocas maravillosas y muy grandes, esta se llama “Piedra de la Iglesia” y he venido a pasar las vacaciones de invierno de mis sobrinos, nos ha llovido mucho - Cariños - Lui (Si ves a Eduardo, muéstrale esta tarjeta)”. Por lo que aquí queda reseñado, Lucía y yo nos habíamos escrito: ésta era su segunda tarjeta; al parecer, la primera había recibido de mí la distinción calificativa de “ceremoniosa”, que supongo que no sería sino una prospección retórica por parte mía en los grados de profundidad intimista en los que Lucía estuviera dispuesta a adentrarse. Ahora bien, Lucía no tenía por qué, ni siquiera entrever, ni aun sospechar, que en hombres como yo el muelle que impulsa el resorte que a su vez activa al espíritu a viajar..., más que alojarse en alguna seña o cosa concreta, se razona y se autojustifica en su propia condición, en la mera y suficiente realidad de su misma

existencia; en el propio viajar, en la tropía de la conciencia en busca de ulterioridades.

Me decidí al viaje a Chile aquellas Navidades de 1978. Chile es uno de los puntos de habla hispana más alejados de casa; en lo que a mí respecta, de Madrid. Lo más directo posible era volar de un tirón a Caracas y desde allí otro tirón sin escalas a Santiago de Chile. Así lo hice, pero con el pequeño agravante de que en esas fechas de fin de año los movimientos migratorios de masas de gentes que regresan a sus respectivos hogares copan con holgado ‘over booking’ los vuelos prácticamente de todo el planeta. El mío a Caracas, bien, normal. Pero allí, en Maiquetía, tuve que hacer una noche porque el vuelo que más me convenía era uno directo a Santiago de Chile el día siguiente. Acaso no haya olvidado el lector que mi único contacto con Venezuela se había producido en marzo de ese mismo año en una sala de espera sin refrigeración, para los pasajeros en tránsito; en mi caso, proveniente de Perú. Es decir, yo no había pisado nada de Venezuela. Tampoco en esta ocasión con destino a Chile se me presentaban grandes oportunidades de exploración. Pero una noche es algo. Recuerdo que al bajar del avión y discurrir por las dependencias del aeropuerto comencé a sentir ese calor característico del trópico marítimo. Era como un vaho oloroso de humanidad, de vegetación, de fruta mojada, bien madurando, bien descomponiéndose. A la salida de la terminal cogí un taxi, y el chófer era canario, uno de los muchos “guanches” que en su momento emigraron de las “Afortunadas” al territorio que Alonso de Ojeda peinara e incorporara al mundo hispánico. Venezuela, como país que, repito, en su momento fuese receptor de mano de obra, me refiero a cuando las vacas gordas del petróleo y de las grandes empresas públicas de construcción de carreteras, etc., por ejemplo,... Venezuela mantenía vigente, al

menos en teoría y en régimen de reciprocidad con España, la exigencia de visado para todo viajero que se detuviese por más tiempo que el estipulado como técnicamente “de tránsito”, bien en la modalidad de cambio de aviones o de escala con desalojo del pasaje para faenas de limpieza del mismo avión. Yo, por supuesto que no había observado semejante requisito, el de la visa, me refiero. ¿A mí, a un español, ponerme cortapisas cuando lo único humanamente esperable de todos mis posibles proceder es dejarme allí el dinero para que se adornaran con plumas de indio de repuesto, y luego marcharme? No, hombre. No hice ni caso. Como digo, pernocté en un hotel de allí cerca, probablemente de la Avda. del 10 de marzo o de la Avda. Soublette, y a la mañana siguiente, con tiempo suficiente para tomar mi vuelo me presenté en el aeropuerto. Está claro que yo había accedido al espacio exterior del aeropuerto; al país Venezuela, por decirlo de manera plástica, y que ahora *regresaba* de nuevo a su ámbito internacional interior. Hubo un empleado aduanero, policía, interventor o lo que fuera o fuese, que al mirar así con la desgana rutinaria y mecánica mi pasaporte reparó en que no mostraba ningún sello de visado o formulario documental separado que hiciese las veces de visado. “¿Cómo es que ha salido Vd. del aeropuerto?”... es lo que más o menos me vino a decir. No recuerdo lo que le respondí, pero tal debió de ser la afirmación de mi españolidad; la evidencia de que cualquiera que fuese mi cometido allí nunca se trataría de quitarles nada sino de darles; tan rotundo fue mi gesto de desprecio ante la impertinencia de que un indio me importunase a mí, a mí, prócer de la Madre Patria, con cualquier tipo de sandez burocrática... que bueno, selló mi pasaporte y procedí hacia el embarque.

Volaba con VIASA y en un DC-10. Lo que dije anteriormente sobre la afluencia de viajeros en fechas tan señaladas tuvo su más cabal refrendo en la ocupación tan exhaustivamente completa de aquel vuelo. No sólo eso: La gente, además de los cualesquiera equipajes voluminosos que habían facturado y de los que se haría cargo la bodega de la aeronave, la gente, digo, llevaba encima, con ellos una terrorífica profusión de bultos y cacharros. El embarque no se produjo así como así, sino mediante el escaneo, cómputo y recuento por parte de dos miembros de la tripulación y de una azafata, que al ir pasando a bordo cada uno de nosotros configuraban un cálculo, un diseño de la distribución del peso con el fin de compaginar mejor cualesquiera otros tipos de cargamento que afectasen al avión. Quedamos todos acoplados y yo tuve la fortuna de caer en el asiento de junto al pasillo de la fila central de cinco de fondo... El oficial se rió al yo preguntarle si con todo aquel peso el avión podría despegar. Era el típico comentario de soltar lastre, de abrir el tapón de la gaseosidad medrosa de mi conciencia... por medio de la involucración del prójimo más a mano. El avión despegó como era de esperar y las seis horas de vuelo se consumaron sin más trámite. La mayoría de los viajeros volvían a sus hogares a pasar las fiestas de Navidad y de fin de año; chilenos que trabajaban en Venezuela; pero unos y otros, con indiferencia de su nacionalidad, iban cargados de paquetes, de fardos, de embalajes, cajas, en número de tres o cuatro por persona. Uno de los vuelos más apelmazados que yo recuerde...

Llegué al todavía aeropuerto de Pudahuel en Santiago y una vez más se operó la consabida comprobación de que con sólo un precedente, en tan sólo un precedente cabe la casi totalidad de información necesaria para nuestros propósitos. Normalmente, y en lo que se refiere a muchos viajes, en lo

concerniente a muchos destinos no ha existido una segunda vez; y así el regusto final en el paladar de nuestra conciencia ha sido de frustración, de carencia de medios con los que llevar a puerto óptimo nuestras inquietudes. Cogí un taxi y me fui al Hotel Foresta, en la Avda. Subercaseaux. Los de Recepción se acordaban de mí y me dedicaron una sonrisa cómplice, preñada de sobreentendidos y de claves.

También una vez más carezco de detalles. Creo haber explicitado en algún otro lugar que la cimentación de mis Memorias hasta 1980, y por lo que respecta a ciertos pasajes, se resiente de falta de especificaciones, de datos, de notas al pie de la realización o del acto que fuere. Comprendo que lo importante es la captación del bosque y no la clasificación pormenorizada de muchos de sus árboles en él contenidos. Tal es el caso de ahora. Quiero compaginar el hecho indudable de que mi cometido era encontrarme con Lucía, cuanto antes, con el otro hecho no menos elocuente de que mi memoria quiere rescatar con terquedad la realidad de que fue a media mañana cuando me pasé por la empresa de Lucía en la que ella trabajaba de secretaria ejecutiva. Al mismo tiempo, el vuelo que había arrancado de Caracas..., por muy de madrugada que lo hubiera hecho, había tardado alrededor de seis horas; o sea, que mi llegada a Santiago había tenido que producirse necesariamente a eso de las dos de la tarde; añádase a esto los trámites de la administración y mi traslado al hotel. No, no; más bien me inclino a creer que aquella tarde la pasaría descansando y preparando la estrategia del día siguiente.

Porque lo que sí recuerdo, insisto, es que había elegido yo una hora razonablemente maniobrera para que Lucía, en el peor de los casos, pudiera flexibilizar su trabajo entre los dos turnos, de mañana y tarde, y nos fuésemos a comer. Ya dije que desde

marzo hasta entonces entre Lucía y yo había mediado comunicación. Cuánta y de qué intensidad, lo ignoro, y si es que, en todo supuesto, se tratase de algo más de las dos tarjetas por parte suya ya mencionadas, y de las que lamentablemente y según todas las evidencias, sólo parece que me he dado maña en conservar la citada en este texto. Pero la cosa es que yo conocía la dirección exacta de la empresa en la que ella se empleaba. Me puse mi mejor ropa, permitiéndome recordar al lector que en Santiago de Chile era verano. El equipo pesado me había hecho falta tan sólo para llegar al aeropuerto de Barajas y me seguiría haciendo falta para trasladarme de dicho aeropuerto a casa, a mi regreso a España. Me enfundé en mi vestimenta más propia que llevaba al efecto y me encaminé a las señas de Lucía. Se trataba de una mole de edificio, con las oficinas centrales de una empresa sobre minas. Subí, pregunté por ella, me pidieron que esperase unos minutos y a continuación me introdujeron a un despacho grande donde se hallaba Lucía.

Vestía de verde, bien lo recuerdo, y se me apareció en un marco mucho más asequible a la realidad, más conformado por parámetros asumibles, que la vez anterior, primera y única hasta aquel momento, en que ella y su hermana Chabela me llevaron al aeropuerto. Sí, portaba un vestido de una pieza, de color verde, estrechado por un cinturón a la altura correspondiente, y que resaltaba los rotundos atributos que esmaltaban el torso de Lucía. Fue algo “ceremonioso” nuestro saludo... pero salí indemne de aquel primer trance. La verdad es que, estando en Chile, y en mi referencia a Lucía, el desnivel entre mis capacidades, mis posibilidades de todo tipo, como oriundo de la Madre Patria, comparado con las de los otros nacionales visitados, como podría haber sido el caso de Bolivia, Perú, etc., y más adelante lo sería de varios países hispanoparlantes más, este desnivel, digo,

quedaba algo suavizado. Yo seguía desempeñando el cometido de viajero pudiente, “conquistador”, merecedor de trato distinguido y portador de credibilidad, no en una proporción tan abultadamente superior en Chile, repito, pero siempre en cuantificaciones relevantes y visibles. Y la propia Lucía comportaba al mismo tiempo un supuesto de características especiales: Para empezar y de momento era la hermana de un buen amigo mío...

Pero, bueno, quedamos en que iba ataviada de verde, con un traje más bien largo, tradicional, púdico y bonito a la vez, estrechado por un cinturón que enarcaba el torso y prestaba autonomía a las extremidades. Creo que era temprano en términos españoles, pero en Chile a partir de las 12:30 del mediodía empezaba a considerarse franja horaria para comer. Lucía tenía que estar apercebida de mi llegada a su oficina. Entró un minuto a otro departamento y regresó haciéndome saber que disponía hasta las tres de la tarde para acompañarme. Imagino que ya en aquella primera ocasión fuimos a un acogedor restaurante sito en la confluencia de las Avdas. Independencia y Pedro Valdivia. Hacían una succulenta *lasagna* y disponían de buenos vinos espumosos. Aquella sesión conversacional tuvo que ser la continuación lógica del cambio de impresiones tan de circunstancias que celebramos en la tan citada ocasión de que ella y su hermana me despidieran en el aeropuerto el pasado marzo. Supongo que toda la materia informativa y de relleno iría quedando despachada y fijada. “Lui”, pues así me dijo que la llamaban en su familia y que, por supuesto, podía llamarla yo..., Lui decía ser secretaria... ya no podría asegurar si “ejecutiva” o secretaria “de ejecutivo”. Lo cito a fuer de honrado con los datos, no por la nula relevancia que pudiera ejercer en mi criterio. Su padre, don Eduardo, era español, burgalés para más

señas y según todos los indicios, de corte tradicional, chapado a la antigua. Se había establecido en Chile ya antes de la Segunda Guerra mundial y se dedicaba a la industria de la madera. Se casó con una Letelier, lo más chileno que darse puede. De ahí que Lucía [a mí me gustaba decir el nombre con todas las letras; me sonaba más rotundamente lírico] y sus hermanos tuviesen un fifty-fifty de españolidad pura, y de criollismo del Nuevo Mundo.

El escaso periodo del “allendismo” había significado para don Eduardo una toma de contacto con el demonio, con las fuerzas del mal, con el anticristo en política, en economía, y en convivencia. De ahí que tanto él como su yerno, el marido de Chabela, y también de nombre Augusto, fueran acérrimos partidarios, defensores a ultranza del otro Augusto por antonomasia, el autócrata Pinochet. Lucía en esto era bastante sensata: no hablaba de temas que ella desconocía de primera mano; tan sólo recordaba el caos que se produjo de la noche a la mañana cuando la accesión de Allende al poder: Las tiendas dejaron de tener las cosas, quiero decir, las vituallas, los artículos de alimentación de los que estaban repletas unas fechas atrás, y asuntos así. Allende había sido un criminal por sus intentos de cargarse la propiedad privada. Los Martín Letelier eran dueños de una casa solariega, grande, según me dio a entender Lucía, en Constitución, a unos 260 kms. al sur de Santiago. Don Eduardo era propietario de ciertas extensiones de bosques madereros y, como digo, a standards comparativos los Martín Letelier en lo económico podían considerarse pertenecientes al tercio más alto de la población. Lucía, como muchos chilenos, no se daba maña en hacer perceptibles las *eses* de detrás de *enes*; de ahí que pronunciara “*Contitución*”. La cimentación dialéctica de mi estar allí en Chile, de mi haber viajado desde España, se estaba

llevando a cabo; era un requisito inevitable, esperable y hasta cierto punto, querido. Le entregué como regalo una colección de piedras preciosas en bruto, sin tallar, con que los empresarios de la joyería Stern me habían a su vez obsequiado por hospedarme en el Copacabana Palace hotel el pasado marzo; por haberme dejado llevar a sus dependencias de preparación y fabricación de las joyas; y sobre todo, por pensar que a tenor del sitio en el que me alojaba, tendría que ser yo un potentado que hiciese con ellos un gasto significativo. Lucía celebró con verdadera alegría mi regalo y me emplazó para que la acompañara al negocio de un gemólogo conocido de su familia para que cada una de las muestras sin tallar que yo le había entregado las transformara en algo específicamente artístico. Así lo hicimos y así dejó ella hecho el encargo: esta piedra para una sortija; esta otra para un colgante; y estas otras dos para unos pendientes...

¿Me lo contó entonces o ya lo sabía yo de antes? El caso es que Lucía era divorciada de un cortísimo matrimonio con chileno; al parecer se confabularon una serie de malentendidos y de incompatibilidades sobrevenidas que desembocaron en un extrañamiento sin traumas. Tanto real como documentalmente Lucía era soltera cuando yo la conocí; y seguía más soltera aún, si cabe. Usaba un “autito”, como ella decía, VW, de los primeros, claro, tipo escarabajo, pero todavía en estado aceptable. La economía de Chile no permitía grandes dispendios ni ostentaciones, a menos de pertenecer uno a la franja del cinco por ciento superior. Así Lucía me comentó sobre la necesidad que tenía de que le recauchutaran un par de gomas de su vehículo. Supongo que aquel día terminó más o menos de esa manera: con una inmersión profunda en toda la gaseosidad de la dialéctica. Todo el raciocinio, toda la justificación, toda la guarnición que acompañaba al plato fuerte de mi presencia allí,

todo lo que no fuera -- porque no podía ser todavía -- la cosa misma, “the thing itself”..., todo quedó empapado, maduro, expectante. Terminamos la velada, quedamos para el día siguiente y yo me retiré a mi hotel.

Y el día siguiente comenzó con una avalancha de urgencias por mi parte; con esa representación de las procelosidades y trampas que pueden acompañar el desarrollo de un estupendo asunto. En materias vivenciales el punto justo, la sazón indicada, el clima congruo está donde está y no es cuestión ni de apresurarse ni de retrasarse en el proceso. Ya no recuerdo si aquéllos eran días de fin de semana, o si Lucía pidió un permiso especial; o si... -- y esto me parece lo más encomendable -- se trataba de que había un periodo vacacional o semi-vacacional (es decir, con horario tan sólo de mañana) para el personal empleado en la empresa en la que Lucía trabajaba. El caso es que quiero creer que, sabedora de que yo iba a llegar, había esperado hasta verme allí en Santiago para formalizar ya con sus superiores el disfrute de los días libres a que hubiere lugar.

Creo que fue después de comer. Condujo Lucía el coche a una especie como de parque, dentro del espectro de sitios que pudieran encajar en los intereses turísticos de alguien como yo. Y allí nos detuvimos. La cápsula acogedora del VW ofició de cámara pre-nupcial. No sé lo que pudimos decir, ni me interesa. Sólo recuerdo que la preñez argumental de mi estar allí con Lucía se había enseñoreado de todos los resortes de la realidad, relegando a un plano inexistente a todas las demás cuestiones, si es que para mí existían. Se había terminado el tiempo de los preámbulos. Se había llegado ya a la cima de... donde fuera, pero desde la cual, sin duda, todo tendría ya que ser descenso, desenlace, flujo tumultuoso. En un momento dado tomé las

manos de Lucía y las dejé reposar con firmeza sobre todo el paquete frutal de mis ingles. Creo que se llevó un susto, clamorosamente halagador para mi ego; fue como si se hubiera quedado pegada a un cable de alta tensión, incruento pero definitivo. El pantalón de verano que a la sazón llevara yo puesto sólo muy imperfectamente podía amortiguar la alongada rotundidad de mi miembro. “Dureza 10 en la escala de Moss” -- me hice la idea que pasó por la mente de Lucía, aunque jamás hubiera oído hablar de dicho principio. Nos miramos, nos comprendimos, y sin ya mediar palabra puso rumbo al Hotel Foresta.

La portentosa sedación que me supuso mi conocimiento íntimo de Lucía sin duda que disipó tibiezas y escrúpulos entre nuestra comunicación, al tiempo que dejaba más expeditas y más llenas de congruencia mis expectativas de visitar la Isla de Pascua. Lucía se separaba decididamente de todo el tipo de mujer anterior que yo hubiera encontrado en Suramérica, y que con entera probabilidad pudiera encontrar. Lucía configuraba un certamen de larga duración, una carrera de larga distancia. Así, en nuestra relación era de todo punto dable esperar bonanzas y aletargamientos, incumbencias encrespadas y periodos de hibernación del espíritu. Era, repito, lo menos parecido al encuentro subitáneo y fortuito que se difumina por el simple trasladarse de lugar de, siquiera, uno de sus protagonistas. En la persona de Lucía se implicaban familia y amistad, una argamasa resistente al mero hecho de poner tierra por medio. Y por todo ello, y dado que nuestros supuestos parecían organizarse conforme a un diseño de estabilidad, con visos de duración..., entendía yo también que nuestro proyecto tenía necesariamente que consentir el juego de la flexibilidad, del extrañamiento acordado que a su vez provocara la efervescencia novedosa de

volver a encontrarnos. Yo siempre había albergado la curiosidad de visitar la Isla de Pascua. Ahora se me presentaba una ocasión incomparablemente propicia. Se lo planteé a Lucía, y a ella -- que, por supuesto, ni había estado allí, ni demostraba ningún entusiasmo por conocer aquel trocito de territorio chileno --, a Lucía, digo, le pareció bien mi idea. Los dos o tres días de conocimiento intenso que celebrásemos Lucía y yo albergaron el acierto intensísimo de propiciar entre nosotros el juego de la añoranza y del hartazgo de cercanía. Al menos, tal me lo pareció a mí. De manera que mi viaje a la Isla de Pascua se alojaba sin violencia alguna de principios en el esquema emocional que entre Lucía y yo estábamos cultivando. Supongo que iríamos a cualquier agencia de viajes, y que allí concertaría un típico paquete de billete de avión y de estancia. Quiero creer que la opción más conveniente, acaso única, era la que comprendía cuatro noches y tres días enteros, aprovechando de la forma más operativa los vuelos de LAN-Chile a la isla y regreso a Santiago. Leo en un programa oficial: “[De Santiago] parten cada lunes y jueves vuelos de LAN-Chile hacia la isla... El regreso es los martes y viernes”. Como bien recuerdo que fueron cuatro las noches que allí pasé, es inequívocamente cierto que tuve que viajar un lunes. Luego -- y acaso se lo vuelva a recordar al lector -- comprobaría que en tan solo la mitad de ese tiempo bien aprovechado, es decir, en dos días completos, hubiera podido llevar a cabo mi cometido turístico de haber existido un esquema conveniente de vuelos.

Las azafatas de mi avión resultaron ser unas verdaderas preciosidades. Ese rasgo de araucanía europeizado, con la tersura atirantada y cordial de una piel sonriente... todos esos atributos en valoración de urgencia los vi concurriendo en la retorta somática de aquellas bellísimas criaturas. A 109° 26' 15'' de

longitud oeste, y a 27° 09' 30'' de latitud sur se encuentra la Isla de Pascua, o Rapa Nui, en acepción autóctona, y para mejor entendernos, a unos tres mil ochocientos kilómetros de Santiago y casi cinco horas de vuelo convencional en jet. A medio camino se suele sobrevolar el archipiélago Juan Fernández, también territorio chileno, y compuesto por las islas Alejandro Selkirk, Róbinson Crusoe, y Santa Clara. Las concomitancias que dichos parajes despiertan respecto de la clásica obra de Defoe son, por demás, inevitables. El avión iba con aproximadamente un tercio de su capacidad de pasajeros, y bien fuese por la pura casualidad de la designación de asiento, el caso es que en la fila de tres plazas en la que yo me acomodaba iba también una jovencita que me pidió que la ayudase a abrocharse el cinturón para el trámite del despegue...

Se trataba de Patricia, más bien menuda, de rostro agraciado y dócil, pelito algo rizado. Me dijo que era la primera vez que volaba y que se dirigía a Pascua a visitar a una hermana suya, que estaba casada con un cabo carabinero que servía en las fuerzas armadas, destinado durante algunos años en la guarnición de la isla. Patricia me encantó desde el primer momento; me encantó su persona y me cautivó su entereza. Con la mayor naturalidad y después de algunos tanteos con la hebilla del cinturón de seguridad, me había lanzado un S.O.S, pensando probablemente que yo era el más adecuado para resolverle el problema; y porque, en cualquier caso, las azafatas se hallaban ya en sus respectivos lugares, amarradas asimismo para el despegue. A partir de ahí la base compartida de conversación se fue afianzando. Patricia me pareció una de esas niñas con las que uno puede aliarse desde el primer momento, toda ella compuesta de substancia moldeable y moldeante. Yo tenía los compartimientos de mi corazón alquilados; me percataba de la

falta absoluta de operatividad que comportaría un proyecto ulterior de connivencia emocional con Patricia. En un relámpago compactado se me representó de golpe, en síntesis; quiero decir que vi claro que todo el tiempo que a partir de entonces pasara yo en Santiago -- y, ¿dónde si no en Santiago? -- ..., que todo mi tiempo, en una palabra, y toda mi dedicación, toda la adherencia de mi espíritu se hallaban surtas en el espectro de Lucía. De otra forma no dudo que hubiese hecho yo por ver a la tiernísima Isabel Undurraga..., amén de tolerar mi adentrarme en cualesquiera latitudes desconocidas que me pudieren propiciar mis ratos de esparcimiento y curiosidad. No sé si por suerte, tal vez para alivio de estos conatos de dudas mortificantes que el espíritu mío se encargaba de alimentar, el caso es que cuando Patricia me participó que su estancia en la isla duraría hasta después de que yo me hubiese marchado de Chile, aunque apurase al máximo mi tiempo no lectivo de ausencia de la Universidad de Granada..., cuando me dijo eso me desembaracé de un obstáculo que nadie ni nada, excepto mi diletantismo, había erigido...

Pero estamos llegando. Los aterrizajes en islas pequeñas suelen regalarle a uno la pequeña zozobra añadida de hacerle creer que el avión se va a precipitar al mar. Me había ocurrido en Santa María de Azores en mis vuelos a Nueva York; en Las Palmas de Gran Canaria y en Ibiza; en Kota-Kinabalu (territorio malayo de Borneo); me ocurriría en las islas Maldivas donde una islita entera acomoda los tres mil y pico de metros de la pista de aterrizaje y despegue; en la pequeñísima isla Baltra, a modo de goterón o verruga de las Galápagos, separada de Santa Cruz por un canal de menos de quinientos metros; en Tenerife, en su aeropuerto sur..., y me estaba ocurriendo allí, entonces mismo, al caer ya de la tarde en la lengüeta de *tarmac* de Mataverí, en

Hanga Roa, la capitalita de prácticamente casi todos los 2,000.-habitantes que pueblan Pascua. El aeropuerto se emplaza atravesado en el lóbulo suroeste de la isla que tiene forma de triángulo ligeramente isósceles; para entendernos, parecida a una de las partes que resultasen de dividir en sesgo un cuadrángulo; o casi más plásticamente, la solapa trasera triangular de un sobre levemente apaisado, con el pico hacia arriba. No hay más de tres o cuatrocientos metros desde el borde de la tierra y el agua hasta la cabecera de la pista; y respecto a su término, lo mismo. Ya hemos tomado tierra. Creo recordar que había sido Miguel de la Cuadra Salcedo uno de los primeros españoles que visitó Pascua, aprovechando la inauguración, acaso, de los vuelos en jet. También creo que se trataba de 1967, fin de año. Distingo su mostacho, su micrófono en mano, hablando para los telespectadores en España, en un blanco y negro algo defectuoso pero emocionantemente pionero, como captado desde la más ulterior de las Thules. Desde el mismo momento de aterrizar me hice a la idea de que Pascua era un trozo de Oceanía occidentalizado, europeizado; un retal de Oceanía lo más cercano al continente de base; un como estar y no estar en esa quinta parte del mundo, su más caracterizada avanzadilla de lo que entenderíamos por... América en el orden tan didáctico y aún no mejorado de Europa, Asia, África, etc., que aprendimos en nuestras iniciales rondas de geografía de escuela primaria. La propia LAN-Chile llega con sus aviones a Tahiti, a 4,600. kms. al oeste. De ahí las fechas y horarios de servicio aéreo entre Pascua y Chile continental. Ya desde Tahiti, para todo aquel que quiera continuar hacia el oeste, hasta encontrarse con Australia o con la avanzada de países del Asia más oriental, lo puede hacer con Air France como con las líneas tanto USA (vía Hawai) como con las de base en Australia (Quantas), Hong-Kong (Cathay

Pacific) y el resto de naciones desarrolladas de la mencionada cornisa asiática.

A algunos de los viajeros se les recibe con la tradicional guirnalda de flores que se les coloca como un collarín de exóticos motivos. Patricia me presenta a toda su familia que han ido a esperarla: su hermana; su cuñado y las dos niñas de ambos. Son agradabilísimos. Me dicen que viven en tal y cual sitio, y que me pase a verlos, que tendrán mucho gusto en invitarme y en hablar conmigo de España... y hasta de Chile! En eso quedamos. Por mi parte, con los bonos en la mano, me es fácil orientarme. Hay poco de donde elegir. Los dos mil y pico habitantes de la isla se concentran, repito, en la capitalita, Hanga Roa. El hotel de más categoría, por llamarlo de alguna manera, es el Honsa Hanga-Roa también, y hacia allí me encamino. El resto del alojamiento se reparte entre otro hotel, el Hotu Matua, algo más alejado del centro urbano; y una serie de “Residenciales” esparcidas por el espacio que, *grosso modo*, se comprende entre la lengüeta de tar-mac del aeropuerto y las zonas habitadas más septentrionales de Hanga Roa. El ambiente no puede ser más rústico, más... insular. Ya en el avión me informaron de que el acarreo de ciertos elementos en masa, que constituirían el tipo de prestaciones a gran escala que fueren, se realizaba una vez al año mediante la visita de un barco que atracaba en la caleta Hanga Roa. Parece que se trata del transporte de los cualesquiera vehículos pesados para uso militar, y de ingeniería, y cosas así.

Mi hotel está construido como de planchas de madera, cristal, troncos de árbol y esa guisa esperable de arquitectura liviana que caracterizan a los edificios en los que, aun estando en su interior le parece a uno estar en plena calle. Con todo, mi primera noche hice lo que pude. Me encontraba cansado de las cinco horas de viaje y de la tensión que se produce por el hecho

de viajar; me encontraba diminuto, la vez que más agua mediaba entre mí y un trozo de tierra continental. Mi paquete turístico incluía alojamiento y media pensión; así que recuerdo que justifiqué mi cena con un sandwich de algo y un zumo, y me preparé para el día siguiente. Me levanté temprano en la mañana de aquel nuevo día, martes, y gestioné una excursión panorámica y suficiente de toda la isla. Alguien tuvo que ponerme en contacto con José Miguel, un chileno rubiales, de ojos azules conforme a la más pura extracción aria. Se había establecido en Pascua hacía años, había tomado a una nativa -- mitad chilena, mitad polinésica -- por compañera, y se dedicaba... al turismo en todas sus acepciones. Charlamos: El hombre vio en mí a un cliente excepcional. Yo eché cuentas, igual que con el taxista de Roma, que tan magnífico resultado me dio; puse en práctica el aforismo de que “para ganar hay que dar también a ganar”, y aunque el acuerdo del “día entero” que habíamos cerrado siempre quedaría reducido a bastante menos de lo que en Chile y en cualquier parte del mundo se considerase jornada laboral, accedí a pagarle \$ USA 100.- por sus servicios todo el tiempo del día que yo estuviese dispuesto a ver la isla.

Creo que lo expresé antes, pero ahora lo repito: con la mitad justa de tiempo de excursión, es decir, dos días en vez de cuatro, bien aprovechados se puede cubrir con suficiencia y decoro el cometido del turista normalmente curioso e interesado. Pero también dije que los paquetes turísticos comenzaban a partir de las cuatro noches mínimas. A toro pasado las cosas se nos aparecen insultantemente claras. La prodigiosa progresión geométrica, quiero decir, hacia atrás, que se va operando respecto del interés decreciente de las cosas y realidades en ciertos sitios es... eso, prodigiosa, sencillamente increíble. Ciertos tipos de islas son, todas, muy parecidas, muy intercambiables en

lo que de ámbito particular geográfico puedan comportar. Y Pascua, además, por ser pequeña consentía más propiamente una comprobación de dicho aserto. Bueno, a mí me quedaba la baza de Patricia y tal pensamiento supongo que me aliviaría.

Preparamos una comida de picnic, cogimos su furgón semi-todo-terreno y comenzamos la jornada. “Enséñame palmo a palmo toda la isla, José Miguel” -- le dije. Y el hombre, por 100 dólares USA creo que me hubiera llevado en brazos. Y en efecto, recorrimos de punta a rabo Rapa Nui. Desde Hanga Roa en el vértice suroccidental como he dejado dicho, parten dos pistas principales de tierra que parecen encontrarse en la playa de Anakena, en la Punta Rosalía al norte. Una de las pistas bordea buena parte del lado largo o hipotenusa del triángulo; la otra discurre más por el centro. La mayoría de los conjuntos o agrupaciones de monigotes de piedra, “moais”, tienen su nombre. José Miguel iba provisto de una cámara fotográfica para color, de esas Kodak, supongo, manejera y operativa como lo requería la ocasión, y tuvo el acierto de producir en la sesión aquella nada menos que veinte fotos que salvo una, una cualquiera, de la que recuerdo que se encaprichó mi amiga coreana Yun Suk en mi casa de Alcalá de Henares, todas ellas, es decir, diecinueve, conservo y tengo aquí delante en el momento en que esto escribo. Quiero creer que con todo el tiempo del mundo por delante y con la generosísima contraprestación monetaria con que le había distinguido, José Miguel se detuvo donde hiciera falta y me hizo las fotos que también hicieran falta. Podríamos distinguir algunos tipos de entre las instantáneas, las poses, y las localidades; las hechas junto a alguna escultura aislada, como las de Rano Raraku, o Tahai-Ahu, y Kote Riku; las tomadas junto a formaciones en perfecto orden y alineamiento como las de Ahu Akivi; las

sacadas al borde del lago de la boca de algún volcán, como posiblemente fuera el Ahu Tongariki, y con toda seguridad el Rano Kau; las que me tiró un poco al buen tun-tún desde tierra adentro dándose maña a incorporar en la cartulina un buen pedazo de costa; y las que, por último, recogen grietas características formadas por las caries de los petroglifos en distintos lugares de los bordes de la isla. Esto, relatado muy así, de pasada. Los 170 kms. cuadrados de superficie de Rapa Nui conformarían uno perfecto de unos trece kilómetros de lado. Por tratarse de una forma triangular, desde uno cualquiera de los dos vértices de la hipotenusa al otro, servido por la ruta de tierra no habría más de veinte kilómetros en línea recta. Si se tienen en cuenta los recovecos, el tramo de camino que unía los dos ramales largos, y el recorrido de vuelta, calculo que todo el kilometraje de un día no habría alcanzado los 35 ó 40. Sin embargo, es la verdad que José Miguel en todo momento se adentró por lo que podrían considerarse caminos de montaña o “mountain tracks”, incrementando de esta forma nuestro rodaje sensiblemente. Yo llevaba un pantalón corto color ceniza, de tergal, y lleno de bolsillos; camisa “arrow” de manga también corta, y zapatos tipo Gorila de suela de goma. Cuando ahora, algo más de veinte años después, me contemplo en aquellas instantáneas, no alberga mi conciencia ninguna duda de que a la edad de 42, con salud, con dinero, y sobre todo con ganas, se puede remover mucho ámbito. José Miguel se quedó encantado con los cien dólares. Tengo la impresión de que aquello equivalía a lo que normalmente ganara en los cinco días y medio de trabajo de una semana entera. Me dejó bien claro que estaba a mi disposición para lo que gustara. Antes de dirigirse hacia mi hotel pasó por su casa un momento a dar un recado -- y probablemente los \$ USA 100.- también -- a su mujer, la cual me

miró entre intrigada y huidiza, como queriéndome ocultar su gesto de mitad mapuche, mitad araucana, mitad polinésica, pero que en todo caso y en una interpretación libre que yo configuré en aquel momento, me pareció que denotaba admiración por un cliente tan providencial con el que su marido se había encontrado. No quise que José Miguel me acompañara más, y decidí darme un paseo por mi cuenta. De una radio que alguien había dejado a la entrada de una vivienda salía a todo volumen una canción de las que más en boga estaban de Camilo Sesto, que por aquel entonces era popularísimo en Chile. Por un resorte empático, automático, me uní a la melodía...

Para el día siguiente, miércoles, diseñé una visita por la mañana al museo Heyerdahl, el antropólogo noruego que más ha especulado sobre si los nativos isleños del Pacífico llegaron en balsas a las costas de Suramérica, y viceversa, de un lado; y también sobre si las estatuas de piedra fueron construidas en la isla o transportadas desde otros territorios. La mayor de ellas mide 23 metros y pesa 350 toneladas. El noruego nonagenario [desconozco si aún vive en el momento presente, marzo 1999, en que esto escribo] se ha pasado buena parte de la existencia mareando la perdiz con éste o parecido juego de conjeturas. La Isla de Pascua, como digo, mantiene un Museo con un abundante muestrario de reproducciones, utensilios, documentos, y cualquier extremo que tenga que ver con alguno de los aspectos antropológicos que prestan y seguirán prestando singularidad a Rapa Nui.

Esa misma tarde hice una visita de cortesía a la casa de la familia de Patricia. Una lástima no recordar sus nombres. Ya dije que su hermana y cuñado eran padres de dos niñas, monísimas, tirando a rubias, de unos nueve o diez años; una de ellas con gafas, pero ambas con aire y gesto graciosísimo y desinhibido.

Seguro que andando el tiempo se convertirían en dos señoritas representativas del elemento femenino más válido de Chile. El cuñado, un mozo recio y noblote, algo más alto que yo, me contaba que había aceptado el trabajo en ultramar por el aumento de paga que ello llevaba consigo. Le quedaban un par de años de servicio, y luego, con los ahorros se volverían a Chile continental con la pretensión de que las niñas pudieran asistir a un buen colegio, etc. La hermana de Patricia y madre de las chavalillas, era más bien bajita, pero muy bien formada, con rostro redondeado y pelo algo crespo y de color castaño. Formaban una familia de lo más unido y armonizado, y desde un principio percibí que me trataban con especial deferencia y que se habían felicitado de que Patricia y yo hubiésemos coincidido en el vuelo desde Santiago.

La verdad es que todo parecía existir en su versión de miniatura. Observando el plano oficial más completo de Hanga Roa, y las leyendas correspondientes, bajo “Simbología servicios públicos” lo cierto es que, en la proporción que pueda afectarse a una población de unos 2,000.- habitantes, no falta de nada. Hay Gobernación; hay Ayuntamiento (aquí, Municipalidad); Banco del Estado; Juzgado; Servicio Nacional de Turismo; Correos y Telégrafo; Escuela; Mercado; Televisión Nacional; Hospital; Agencia LAN-CHILE; Centro comercial; Policía internacional y un cuerpo de carabineros un poquito por debajo y a la izquierda, es decir, al sureste del emplazamiento del aeropuerto de Mataverí, que toma dicho nombre de ese mismo distrito de Hanga Roa donde precisamente vivía la familia de Patricia, en una especie de pabellón construido por el Gobierno para militares y personal destinado a servicios de defensa de la isla...

Cuando llegué a casa de mis amigos, Patricia estaba escribiendo una carta y colegí que se trataba de alguien especial de la metrópoli. Patricia me había dicho que aquella constituía la primera vez que viajaba y, por supuesto, y aún más si cabe, la primerísima que volaba. Y sin embargo, en el avión la vi tan campante, como si nada. ¡Qué admirable criatura! -- pensé. ¡Cuánta energía y compostura en un templo de cuerpo de dimensiones tan poco ostentosas! Recuerdo un detalle que aun dentro de su diseño perfectamente serio y de cierta transcendencia, no dejó de descargar su nota de ludismo en la conciencia mía... El cuñado de Patricia -- vamos a llamarle ya Ángel desde ahora y de una vez por todas para ahorrarnos circunloquios --..., Ángel resulta que va y me dice que en las atribuciones a él conferidas, y en las correspondientes dependencias, se encontraba un español detenido allí, precisamente en la Isla de Pascua, cuando al tocar con su barco en Hanga Roa, y como escala ya no recuerdo si hacia el este o hacia más adentro del Pacífico..., pues el caso es que le habían descubierto algunos artículos de contrabando y drogas entre la carga, o un tema parecido. Lo que Ángel me sugirió rozaba lo surrealista y lo chistoso, a saber: que hablara yo con aquel muchacho, de español a español, a ver si el hombre necesitaba algo, o quería algo..., o se encontraba en disposición de dar alguna explicación que hasta entonces no hubiera encontrado conveniente dar. Como digo, algo surrealista. En fin, el bueno de Ángel me trajo al “preso” que, por supuesto, andaba por allí tan expedito y tan libre como yo; sólo que no debía abandonar los barracones donde supuestamente se ejercía su control, sin informar a los carabineros. El bueno de Ángel, digo, me sacó allí, al campo, a mi paisano el prisionero, con el fin de que me contara cosas, lo que le viniera en ganas, y de esa manera ver de

ayudarle con los problemas en que hubiere incurrido con las autoridades chilenas. El joven resultó ser un granadino que estaba como drogado, incapaz de articular un tramo medio coherente de discurso. Hice lo que pude: Me cercioré de que, por lo demás, gozaba de toda la autonomía del mundo: nada de esposas (grilletes maniatantes, quiero decir), ni de candados, ni de cerraduras. ¿Dónde iba a irse, además, si en cuanto que diera un paseo relativamente corto se encontraba con el mar? El muchacho, según me contó Ángel, esperaría allí en Pascua hasta que la autoridad civil competente se hiciera cargo de él. Una verdadera pena de chico, y una situación surrealista para mi acervo de vivencias.

La mujer de Ángel me invitó a toda suerte de golosinas que había preparado, y así fue transcurriendo la velada. Recuerdo que aquella tarde llovió algo. En aquel pedacito de tierra sub-tropical el agua pareció darse prisa a mojar para evaporarse también rápidamente; se trataba del típico aguacero templado isleño, súbitamente empapante, fugitivo, como si no hubiese nube alguna que acertara a mantenerse encima de la islita por más de un rato. Tengo dos fotos de aquella tarde, con las viviendas prefabricadas al fondo: En una estoy con Patricia y sus dos sobrinas; en la otra, Patricia, su hermana, y las niñas, formando un grupo encantador, jovial, iluminado por una sonrisa de buenas personas que hermozeaba todos y cada uno de sus poros. Les había contado yo mi excursión del día anterior, y así, y puesto que ya podía blasonar de cierto conocimiento de la isla, y como mi haber entrado en conocimiento de José Miguel me permitía disponer de sus servicios, les dije que... que qué les parecía si al día siguiente, último mío de estancia completa en Pascua, nos íbamos de picnic a alguna parte. Les pareció una idea estupenda, y ya en vena de sugerencias las mujeres

propusieron ir hasta la playa de Anakena a bañarnos y a comer allí. Telefonamos a José Miguel, que se hallaba en casa, y quedamos para el día siguiente. En vista de que dejé bien claro que todos los gastos del transporte y de José Miguel, en general, corrían de mi cuenta, la hermana de Patricia me encareció que no me preocupara por nada de lo demás; que ellas se encargarían de la comida...

Así que nos despedimos y yo salí andando hacia el Hotel Hanga Roa ya que se trataba de un paseo agradable y me apetecía caminar. Dije anteriormente que la vivienda de mis amigos se encontraba algo por debajo del aeropuerto; así que, antes de alcanzar la Avda. Hotu Matua, para seguir eventualmente por la Avda. Pont hasta el hotel, continué campo a través hasta interseccionarme con la pista de aterrizaje y despegue. Fue una de las impresiones más intensas, vívidas y simples al mismo tiempo. Me coloqué en mitad del tar-mac mirando enfrente, hacia los más de dos mil metros en una dirección, y los más de quinientos que me separaban del otro extremo. Un enclave tan particular como aquél; quiero decir, una islita poblada por unos dos mil habitantes poseía una formidable pista para aterrizaje y despegue de aviones, hasta de los más grandes; pero en aquel momento aquella lengüeta de alquitrán compactado me representaba algo más; a mis ojos se me aparecía como el elemento fundamental por excelencia, aquello que hacía que los viajeros pudiéramos haber llegado, y nos volviésemos a ir normalmente. Sin aeropuerto no me era posible concebir la vida en un lugar así; por un juego burlón de contrarios ensayé representarme a Pascua sin aeropuerto, y fue tal la congoja de orfandad y de claustrofobia que me advino que inmediatamente volví a sumergirme en la realidad de mirar a un lado y a otro de aquellos más de tres kilómetros de carretera inmensa. Anduve

hasta donde los aterrizajes, en un espacio aproximado de unos doscientos o trescientos metros, solían comenzar; es decir, donde el avión tocaba el suelo. El ennegrecimiento que el rasponazo de las ruedas iba dejando en esa extensión reducida me hizo jugar mentalmente con cifras y con mediciones. En efecto, era relativamente pequeña la distancia entre el comienzo absoluto de la pista y el borde del mar; probablemente no llegaría ni a los 300 metros. Encontrarme allí solo, paseando solo por un tramo de aquella colosal receptora y lanzadora de aviones, me produjo una impresión hasta entonces desconocida para mi inventario turístico. Hubiera sido fascinante que a esa misma hora llegase algún avión de los grandes..., y allí todos tenían que ser de calibre suficiente como para salvar la mínima distancia entre Pascua y Chile continental; o entre Pascua y Tahiti: en cualquier caso, más de 4,000.- kms. de autonomía, a menos que los también territorios chilenos de la isla Sala y Gómez, tan sólo ligeramente al este de Pascua, y del archipiélago Juan Fernández, mucho más cerca ya de la costa continental, dispusieran de aeropuerto, cosa que en aquel momento no ocurría. Sí, hasta allí y desde allí sólo operaban aviones jet, suficientemente grandes... Quedarme por debajo, tan sólo a unos metros por debajo de algún bicho de esos aterrizando hubiera sido una experiencia. Pero no era día de vuelos, y mi soledad y el silencio de los cielos no se vio perturbado por ninguna aparición de casa volante más o menos grande. Como digo, aquello parecía irreal: Por la dinámica de un recorrido natural yo había accedido libremente a un espacio que en otras circunstancias se consideraría restringido al público. Y aquí, nadie me vigilaba; nadie me había puesto cortapisas. Desde luego, uno de los paseos más originales e inesperados de toda mi vida.

El jueves era ya mi último día completo en la isla. Según planeamos, a la hora fijada me recogió José Miguel con su furgoneta, y el hombre, consciente de que el pago por su servicio de hacía dos días había sido excepcionalmente favorable para él, esta segunda vez... casi, casi estaba dispuesto a venirse con todos nosotros prácticamente por nada. Ajustamos, sin embargo, un precio módico y nos dirigimos a casa de la familia de Patricia. Se hallaban todos preparados en plan picnic. Las niñas exteriorizaban el mayor de los regocijos por verse tan inesperadamente regaladas con un amigo tan de circunstancias como yo, casi extraño, como caído del cielo, y en este caso nunca mejor dicho puesto que fue un gran pájaro metálico el que me había trasladado a aquel pedazo isleño del territorio de Chile, y el que me devolvería al continente de nuevo, justo al día siguiente para ser exactos. Pero entonces, aquella ya media mañana de jueves, pusimos rumbo a la playa de Anakena, por la carretera que desde Hanga Roa cruza por mitad de Pascua en su sentido más alongado. A uno y otro lado del camino íbamos dejando los conos de los volcanes apagados, o cerretes de hasta 500 metros de elevación, todos ellos con los típicos nombres de tan nativa sonoridad como Punapau, Maunga Otu, Maunga Roa, Maunga Pui, hasta el Ahu Te Pito Kura que como un verrugón en la península de Punta Rosalía se interpone entre la caleta de Anakena al oeste y la de Ovahe al este.

Llegamos a la playa y allí sentamos nuestros reales para todo el rato de excursión. Aquella ribera era de las de levísimo gradiente; había que adentrarse cien o más metros para que el agua, como caldo templado y mansurrón, le cubriera a uno por encima de la cintura. La arena, absolutamente excepcional, de inmejorables condiciones. Allí no rompía ninguna ola, sino secuencias rizadas de agua que dejaban suavemente la espumilla

con casi impercetible chasquido [Parecidas características de playa, en lo que se refiere a temperatura del agua, calidad de la arena y moderadísima inclinación las encontraría algunos años más tarde, y sobre todo, en las Islas Maldivas, salvadas las diferencias de situación vivencial]. Cuando Patricia con pudorosa desenvoltura se despojó de su ropa de calle y se quedó en traje de baño me ofreció el precioso microcosmos de su cuerpo. Era menuda pero con una de las proporciones más halagüeñas que jamás hubiera yo contemplado. Se supo desde el primer momento objeto de mi incumbencia referencial, y simplemente se dejó mirar. Llevaba un bikini de color marrón oscuro, nada lujoso ni menguado de hechura. La parte inferior cubría lo justo, hasta con generosidad, aunque el ombligo quedase muy por encima del borde. Y las dos tazas de arriba se ajustaban por la espalda y por detrás del cuello. Patricia disponía de un pecho más bien breve pero magníficamente armonizado con el resto de sus dimensiones.

Las fotos se sucedieron, ya no sé si con la misma cámara de José Miguel o si con alguna otra que hubiese llevado Ángel. En una, sacada necesariamente por José Miguel, estamos los seis: Patricia, siempre al lado mío; la mamá y las niñas, y Ángel, al que la cartulina ha cortado medio cuerpo y ha respetado sin embargo la cabeza entera y la parte izquierda de su torso. Yo intenté ser parco en lo tocante a las fotos que me sacaran solo; me constaba que yo constituía la novedad que, andando el tiempo, más comentarios generaría al repasar el álbum correspondiente. Con todo, dejé que me hicieran una con el agua por las rodillas, en mi bañador Speedo negro con franjas amarillas laterales: Tengo buena parte de la playa a mis espaldas, y a la altura de fondo de mi cuello una olita de no más de medio metro está rompiendo dejando aparecer la raya blanquecina de

espuma por una buena sección de su cresta alargada. Por iniciativa de quien fuere, probablemente de todos nosotros en concierto tácito, dispusimos que se hicieran dos fotos para que me las llevara yo de recuerdo expreso: una, de Patricia con sus dos sobrinas, muy graciosamente cobijadas, inclinándose, a uno y otro costado de su tía, en un pequeño promontorio, con fragmento de la cala y de la tierra firme como paisaje de retaguardia; otra, dedicada palmariamente a mí, de Patricia sola, en el mismo lugar. Es una preciosidad de criatura la que se contiene en esa menudez de 8'5 x 8'5 centímetros de cartulina. Quiero recordar que Patricia, medio en broma, medio en serio, ensayó algunas poses antes de que definitivamente se quedase un poco, armónicamente, sin llegar a estar en jarras, con el brazo derecho flexionado, descansando en la cadera; pierna izquierda adelantada y asimismo doblada ligeramente y en posición de avance. No creo que ella sospechase nunca que más de veinte años después, la tarde de un ocho de marzo de 1999, en mi despacho de la Facultad de Letras de Granada yo estaría comunicándome con ella mediante una instancia literaria, y a través de aquella fotografía que, quiero pensar, ella me dedicó en cuerpo y alma. Patricia era una joya en pequeño, pero de armoniosas medidas; uno de esos encofrados que por deslizarse indemne entre procelosidades interesadas ha venido resistiendo el efecto nihilista, de trituración igualitaria del tiempo. Se sabía entonces, se supo siempre la elegida por mí para dar nombre e identidad a la excursión en la playa de Anakena, en la isla de Pascua, aquel día de diciembre de 1978.

Comimos, invitamos al bueno y algo atontado [por lo menos, aquel día: parecía tener problemas con la mujer] de José Miguel, y consumimos hasta la media tarde, entretenidos cada cual con sus especulaciones. Sí, hubiera sido demasiada

complejidad interferir en primera persona, quiero decir abiertamente, con el mundo emocional de Patricia. Ya he dicho antes que cuando el día anterior la había visto escribir, ella misma me comentó que puesto que iba a quedarse allí una temporada con su hermana y cuñado... pues que sentía ya el efecto de la añoranza de alguien con quien compartiera... lo que fuere en el continente. Pero aun eso no lo hubiera yo considerado obstáculo esencial, no. Estoy seguro de que ante los ojos de todos yo pertenecía a esa clase de españoles pudientes, capaces de tomar una decisión que condujese a buen puerto, y sostenida por una autonomía de medios y por una solvencia espiritual en todos los órdenes. Patricia me atraía, sí... pero más allá de este encuentro fortuito, cualquier escaramuza echaría por tierra todos mis planes respecto de Lucía; introduciría un elemento de tal manera distorsionante de todas mis expectativas que, prácticamente, bien podría hacerme a la idea de que se trataba de un diseño enteramente nuevo. Lucía, además, podía ir a España [como así fue], mientras que Patricia disponía de un rango de autonomía muy menguado, por no decir inexistente. Y en definitiva el problema siempre dejaba para el final de cualesquiera composiciones mentales la misma imponente realidad: Chile se hallaba, se seguiría hallando realmente lejos de España..., de donde yo tomara el primer avión. Sí, acaso, seguramente habría sido demasiada complejidad interferir con el horizonte emocionalmente vivo de Patricia...

En medio de estas divagaciones y mientras salía del agua y entraba de nuevo, solazándome y martirizándome con el pequeño rompecabezas que la figura de Patricia me significaba..., mientras todo esto ocurría, comencé a percibir que mi piel me escocía, sobre todo por los hombros, el codo y los brazos, y que había adquirido un tono de carmesí creciente. Me

había empezado a quemar. Aquel cielo claro traicionero en nada se parecía al azul rotundo y sin vetas de Castilla, o a la inmensidad del ámbito blanco de un día de verano de más de cuarenta grados al sol. El de Pascua, en su efecto cegador estaba de continuo atemperado por cuadrillas de nubes, como rebaños de cendales que sin embargo no impedían que los efectos térmicos de quemazón se operasen en su esperada crudeza. Era ya tarde cuando me cubrí con una camisa de manga corta; me blindé ya con zapatos y con calcetines un rato antes de que regresáramos. Al dirigirme a cambiarme de ropa a una especie de cabaña que había allí, supongo que al efecto, para uso de los excursionistas..., a unos doscientos metros de la línea de playa, antes de traspasar las últimas malezas y hierbajos que me separaban del entarimado de la casucha, discurrió ante mí una enorme rata polinésica de esas cuyo rabo parece que no termina nunca de desaparecer. Pegué un respingo que a buen seguro hubiera alarmado a cualquiera que en ese momento hubiera podido acompañarme: ¡He aquí -- pensé -- una de las sorpresas más desagradables que puede albergar toda realidad aparentemente inocua e idílica como esta isla de Pascua!

Ya de vuelta, creo que fue José Miguel quien me informó de que un catalán, llegado a la isla el jueves de la semana anterior, había tenido un accidente de moto y se hallaba en el hospital de Hanga Roa. Me despedí de mis amigos, los cuales, a pesar de mis ruegos de que no se molestaran, me aseguraron que estarían a la mañana siguiente en el aeropuerto para despedirme. Así quedamos. Me di un buen lavado en el hotel. Me escocía la espalda, sobre todo los hombros, algo del cuello y los brazos. Lo único que allí tenían era una crema aceitosa que, al menos, impidió que me creciera el malestar. Me dirigí al Hospital a ver de quién se trataba aquel nuevo español visitante... Y se trataba

pues de un catalán, efectivamente, Antoni Pujador, de 39 años, piloto de profesión y viajero por tercera o cuarta vez a Pascua. Resulta que había llegado en el vuelo del jueves de la semana anterior, había cogido una moto de recreo, con tan mala fortuna que una caída le había dañado seriamente una pierna. Lo encontré abultadamente vendado y en periodo de observación. La isla sólo disponía de un hospital que, aunque me pareció limpio y cuidado con primor, sin embargo no contaba con equipo para llevar a cabo cirugía mayor. Antoni estaba esperando, de momento, el veredicto sobre si su curación se podía concluir en Hanga Roa, o tendría que ser trasladado a Santiago y eventualmente a España. Cosas de la casualidad, también resulta que era medio novio o que salía con una malagueña de la familia Caffarena, prima de una amiga de Vicky Álamos y conocida mía. Al decirle yo que trabajaba en Granada, y que Málaga estaba en el radio de mis correrías, me pidió que llamase a la tal chica y le contase lo que había ocurrido, en el supuesto de que él no pudiese hacerlo antes por el medio que fuese. Me pareció un poco alocado y algo simple el tal Antoni. Sacaba unas valoraciones de la realidad absolutamente erradas a la luz de la evidencia más incontestable. Bueno -- me dije -- ¡y a mí, qué! Le informé de que me iba al día siguiente; le deseaba suerte, y le prometí que tan pronto como llegase a Granada me pondría en contacto con su novia, la Caffarena [En realidad, no esperé a tanto: Nada más llegar a mi casa en Alcalá de Henares, aproximadamente unos diez días después de lo que estoy relatando, o sea, en todo caso antes de regresar a Granada para comenzar las clases del nuevo año natural 1979, telefoneé a la Caffarena y le pregunté si sabía algo de Antoni. Me dijo que ya se hallaba en España donde le habían intervenido, y que el proceso entero se desarrollaba de forma satisfactoria. No

olvidaré el tono... no de desapego, pero sí de falta de eso que pudiéramos llamar “interés monográfico” que me pareció advertir en las expresiones de la chica; algo parecido a como si Antoni se hubiera arrogado una función de incumbencia que por parte de la malagueña no fuese correspondida. ¡Yo qué sé: Algo así me pareció!] Lo que sí conservo de todos modos y no puedo precisar a través de qué concurso o mediación, si del propio interesado o de mí mismo que me preocupara de agenciármelo..., lo que sí que conseguí y conservo es un reportaje del 2 de febrero de 1987, lunes, en *El País*, “Antoni Pujador y Francesc Amorós: Primeros españoles que participan en una expedición a la isla de Pascua”. Bueno. Sin entrar ni salir en el asunto de si fueron o no los primeros [ya hablamos de la felicitación de Año Viejo que cuatro lustros antes había realizado para T.V.E. Miguel de la Cuadra], el artículo junto con los datos más conocidos del gran público rebosa de lugares comunes. En síntesis se nos informa de que los dos protagonistas se han unido a la advocación general de los estudios e investigaciones de Heyerdahl para seguir mareando la perdiz sobre el tema de los moais y de las balsas de totora: sobre si los unos fueron traídos y llevados o construidos en la isla; y sobre si las otras fueron o habrían podido ser lo suficientemente resistentes para justificar las correspondientes migraciones entre la Polinesia y el continente suramericano.

El viernes llegó y con él el día de mi partida. Los servicios de mi agencia me llevaron al aeropuerto. Allí estaba Patricia y toda su familia, así, exactamente como digo: Toda la familia. Ángel me colgó una guirnalda de conchitas y caracolas, preciosa, que servía de motivo totémico propiamente dicho y de regalo en la acepción menos equívoca del término. Me recordaron que el sentido de aquella costumbre era propiciar el

regreso por lo menos una vez más de todo aquel que hubiera pisado la isla de Pascua. Subí al avión y sin más trámites despegamos, como confundiéndonos más, cada vez más con el mar y quitándonos de debajo aquella menudencia de isla, dejándola atrás, como una excrescencia de tierra en toda la expansión oceánica. El avión me devolvió a la mente el ritmo de actividad que yo precisaba. A ver: eran las 10:00 am. hora local. Llegaríamos a Santiago a eso de las 16:30 pm. Ya lo tenía pensado. Llamaría a Lucía desde el aeropuerto. Una vez juntos, ya veríamos. La estampa de Patricia cobraba más y más entidad literaturizante; se gasificaba ante las hechuras soberanas, portentosamente enteras y en sazón del pedazo de mujer que era Lucía. No había comparación. No había que comparar. La nubilidad primaria, aunque decidida, de Patricia, y en versión meramente virtual e imaginada respecto de mis incumbencias, cedía ante la cercana y tangible realidad de Lucía, un paradigma de hembra receptiva, hecha surco preparado para recibir los aluviones de semilla que de mí pudieran desprenderse. No, no se podía comparar. Eran cosas distintas; no había razón para compararlas; cada cosa en su sitio, cada instancia en su onda, y yo también, a mi manera, procurando no desordenar nada.

En un momento dado percibí que el ámbito de debajo había cobrado un color pardo, marrón. Volábamos ya sobre tierra y descendíamos hacia Pudahuel. Nada más superar las colas de viajeros que se agrupaban para el menester común de recoger su equipaje, me vi en el hall, me acerqué a un teléfono y llamé a Lucía. No estaba. Se puso una sirvienta y así me lo dijo. Pero debía de ser tanta la seguridad que ellos tenían de que yo iba a llamar y de que las cosas habían tomado un rumbo ya imparablemente inequívoco, que la misma sirvienta me aseguró que “la señorita” contaba con eso, con que yo la llamara; así

que..., que no debía preocuparme, porque ella, la sirvienta, me recomendaba que no me moviera del aeropuerto, porque la Señorita Lui iría a recogerme lo antes posible. Me lo dijo con ese tono melifluido pero no por ello menos seguro. No quise hacer más averiguaciones; me di por enterado; la volví a decir que, bueno, que era yo; que había llegado de la isla de Pascua, y que esperaba. Y así fue.

Tardó Lucía alrededor de una hora en llegar, pero yo no tenía nada mejor que hacer que mirar y pensar; merodear algo y reflexionar. Lucía llegó festiva y rotunda, espléndida en su papel de hembra. Cuando, en parte por cortesía de urgencia, en parte porque era la pura verdad..., cuando la dije que la había echado de menos..., que, sin haber considerado un error mi viaje a Pascua, pero que aun así, con justo la mitad del tiempo habría justificado plenamente mi propósito..., cuando apreté sus generosas y compactas redondeces contra la meseta de mi pecho, ella me miró con un mohín de madraza sabedora..., como recriminándome tiernamente con un “¡Ya te lo había dicho!” ¿Nos fuimos al hotel Foresta inmediatamente? No puedo recordarlo. Acaso nuestro mutuo conocimiento, quiero decir de Lucía y mío, de que nuestro ligamen comenzaba a discurrir por los caminos de lo esperable, con arreglo a las pautas de lo estable y reconocido, acaso eso, supongo, prestara a nuestras mostraciones y realizaciones amorosas un toque de moderación conformada y que en mi caso, así, vagamente podría configurarse o formularse mediante un... “Como esto está seguro, no hay razón para apresuramientos”. No, no recuerdo si nos fuimos al hotel Foresta a darnos una sesión de nupcias. Probablemente sí. Sí, estoy casi seguro de que sí, más que nada por poder yo contarle a Lucía lo que había visto y hecho en Pascua, rebajándolo de todo acompañamiento de exotismo

personal o de vivencia añadida, como hubiera podido interpretarse el inocente pasaje de haber conocido a Patricia y a su familia. De cualquier forma nuestros “cuerpo a cuerpo” sentía yo que quedaban a media distancia entre el rapto fulminante con la criatura fugaz que nos desaparece para siempre..., y la compañera institucional con la que no nos atrevemos a experimentar fantasía erótica alguna, ni siquiera en sus aledaños más incruentos y pueriles. Algo de eso me ocurría con Lucía. Ya en tono de confidencia me contó que el primer día, el primero de todos, después de mi llegada de España en aquel viaje, ella se había percatado de que a mí “me faltaba algo” por no haberme decidido a besarla; y que una vez más, cuando en la segunda jornada la llevé la mano a mis señas de identidad, tan encrespadamente apercibidas, tuvo que rendirse a la evidencia y venirse conmigo al hotel. Y todo eso me lo decía con una gracia pudorosa pero pícaro.

Lo que sí que hicimos fue comprarme en una farmacia lo que en aquel momento me recomendaron como crema balsámica y aliviadora de las molestias por quemaduras de sol. Con toda seguridad que, después de estar juntos, nos iríamos a nuestro restaurante preferido, a comer alguna pasta o carne exquisitas, tragar un buen espumoso y regalarnos con un estupendo postre de frutas. Como noticia que se había generado en mi ausencia era que Eduardo llegaba de España al día siguiente, justo al día siguiente, a pasar las fiestas de Año Viejo con su gente chilena. Así terminaría aquel viernes, y así quedaríamos para ir a esperar a Lalo al aeropuerto.

El sábado, al levantarme y proceder a los menesteres del aseo, mientras me hallaba muy probablemente con algo, una toalla, unos pantalones, lo que fuere, que me cubriese de cintura para abajo, una de las camareras llamó a mi habitación, y al

introducirse a mi voz de consentimiento, no pudo dejar de captar el estado de mi espalda, de mis hombros y de mis brazos. Aquella hermosa mujer se llamaba Gabriela..., y en un arranque de empatía, al verme con la crema y adivinar que me la estaba aplicando, se quedó como esperando que yo... No hizo falta: me tomó el frasco de las manos y se puso a esparcirme aquella especie de leche cremosa blanca por mis superficies afectadas. Hasta en una cosa tan simple como lo de dar unas friegas en mis homoplatos pude encontrar un aroma especial en Gabriela, como representante plenipotenciaria entonces de todo el eterno femenino chileno. En el rotundo y articulado párrafo de Lucía es como si se hubiesen introducido ya, en cosa de nada, en cuestión de días, dos sugestivos paréntesis, Patricia y Gabriela, y supongo que la nómina de sorpresas tendía a lo inacabable. Gabriela, allí, en mi cuarto, acariciándome el cuerpo con un tacto providencial de hada, o bruja, madrina, ¡qué más da!, me estaba haciendo comulgar con otra muestra más de la magnífica realidad que se encarnaba en las mujeres chilenas. Me hubiera quedado allí con ella, con Gabriela; estoy seguro de que yo le gustaba, de que me miraba como a un caballero redentor y boyante, y de que en su persona, en la persona de Gabriela hubiera yo diseñado sin detrimento alguno, sin menoscabo de mis quilates, ni rebaje en la visualización de las excelencias perseguidas y contempladas, hubiera yo conseguido, insisto, un cúmulo equiparable de beatitudes líricas. Tal me pareció Gabriela. Tal me sigue pareciendo a través y a lo largo de los años.

Mi “affaire” con Lucía comenzaba a institucionalizarse. Esa misma tarde del sábado, en el aeropuerto, con ocasión de recibir a Lalo, no puedo precisar cuántos de su familia se habían dado cita allí. Recuerdo bien la tremenda sorpresa que se reflejó en la cara de mi amigo y potencial cuñado cuando, pasadas las

primeras rondas de saludos y abrazos con todos los que tenía más cerca, se fue dilatando su fijación en ámbitos cada vez más generales y menos exclusivos, y... no se lo podía creer. Pero el caso es que yo estaba allí. Que Lucía y yo habíamos conectado, lo sabía... hasta por mí, pero su gesto cordialísimo como de incredulidad estupefacta y gratificante al mismo tiempo, ilustraba a las claras que no se había imaginado que mi concernimiento hubiera sido de un calibre tal como para motivarme a viajar hasta Chile. Eduardo, “Lalo”, a partir de aquel momento dio una talla de portentosa civilidad y de altísimo compañerismo. Si por una parte su familia de Chile era la que era, la que estaba allí y a la que tenía que referirse durante su estancia en Chile, yo, por otro lado, no menos sugestivo, era su enlace testimonial, vivo con España; yo era el elemento más decisivamente fedatario de todo lo que España pudiera significar para Lalo; yo era el mejor nexo para sus dos mundos; y la conciliación y anuencia que Lalo, en su papel de hermano de Lucía, pudiera propiciarme en Chile, él sabía de sobra que todo ello estaba congruamente cohonestado a la recíproca con el papel de referente válido que yo desempeñara en España. En suma, un concierto de realidades sin estridencias.

Una vez que cumplí con mi caballerosa testimonialidad de viajar a Chile para que no hubiera dudas sobre el brindis que había hecho a Lucía en mi visita anterior; además de la literatura epistolar que hubiera yo hecho discurrir en aquellos ocho meses; una vez que a efectos personales e irrenunciables de mi vocación de exotismo había echado un vistazo a la isla de Pascua, ... la verdad es que mi segunda peregrinación a Chile había cumplido plenamente su objetivo. Se había consolidado mi cabeza de playa emocional con Lucía, y ahora de lo que ya se trataba era de que las cosas siguieran su curso con arreglo a su propia naturaleza

también conforme a los condicionamientos de la alteridad. Algunas realidades sí tengo recogidas. Un día Lalo, Lucía y yo nos pasamos por la Embajada española con el fin de saludar al Señor Embajador que no era otro sino don Luis Aznar, el mismo que en su calidad de primer cargo dentro de la representación diplomática de Sofía (Bulgaria) en 1972 [creo que por entonces sin rango pleno de Embajada aún] nos había ayudado tan decididamente. Don Luis tuvo a bien recibarnos y entre nosotros cuatro dimos testimonio de esos juegos del azar generoso que en el caso que nos ocupa hacía de mí, al menos, un aprendiz de chamán agradecido, un mensajero de los dioses de la solidaridad y del recuerdo. Le comenté que tuve el gusto de hablar con él por teléfono en Sofía, hacía más de seis años; que nos envió a don Juan Nieto, el cual nos resolvió estupendamente nuestro problema; le dije también que en marzo de aquel presente año de 1978 había hecho un viaje a Río de Janeiro, y que me había encontrado de nuevo con don Juan Nieto; que al participarle yo mis perspectivas de viajar a Chile, él me había informado de que “Vd. se encontraba ahora aquí como Embajador” y me había pedido que le transmitiera sus saludos afectuosos y sus respetos profesionales. Don Luis quedó muy complacido de comprobar cómo aun en las circunvoluciones del azar más proteico ciertas corrientes de coherencia empática mantienen su curso y llegan a buen puerto. La cosa no carecía de entidad: Tras el pintoresquismo de aquel septiembre de 1972, mi enterarme de que Juan Nieto estaba en Río y vernos allí; luego, mi ulterior enterarme de que don Luis Aznar estaba en Santiago de Chile... y encontrarnos ahora. En todo este proceso había operado un trenzado de voluntad libre, sin compromisos ni intereses, y de ahí el beneplácito de todos nosotros que por no deber nada a nadie tampoco temíamos incurrir en desacato o desproporción.

¿Me llevó Lucía a su casa -- o sea, a la casa de sus padres -- de Constitución? No lo descarto, pero más bien no lo creo. Los cimientos estaban echados, y el levantamiento del edificio pertenecía a una etapa posterior, ya con todas las consecuencias. Y la temporada para llevar a cabo la construcción de lo que constituyera el monumento al negocio emocional entre Lucía y yo, eso, habría que dejarlo para el verano... español, e invierno en Chile. Lo que sí que celebramos entonces fue una invitación que la familia de Lucía me hicieron en toda regla, en la casa grandaza del número 55 de la calle Campos de Deportes. Creo que se trató de la cena de Año Viejo. Entonces conocí al resto de los Martín Letelier: don Eduardo, el burgalés; y doña Teresa, la típica señora chilena, de esmeradísimos modales. También conocí a la hermana mayor, Teresa asimismo, una esplendorosa mujer, de belleza morena, y madre de un chaval, Juanito Ramón, y de una niña [se me voló el nombre]. Teresa por lo visto sufría de depresiones; se había separado de su marido hacía muchos años y ahora vivía en la casa familiar paterna algo así como en régimen valetudinario vigilado. Su porte en cualquier caso era espléndido. Se había vestido de negro para la ocasión y sus rasgos de tez como araucana resaltaban con serena rotundidad. Nos sentaron a uno en frente del otro en la gran mesa rectangular por lo menos para acomodar a diez personas con sobrada holgura, y no pude quitarla ojo durante todo el tiempo. Fue después de aquella cena de “entrada y aceptación en sociedad” respecto de la familia de Lucía, cuando ésta, que por cierto se me quejó de que “no le había lanzado yo pelota”, me contó lo de que su hermana mayor sufría de un estado permanente de lo que en lenguaje profano entenderíamos como flojedad mental.